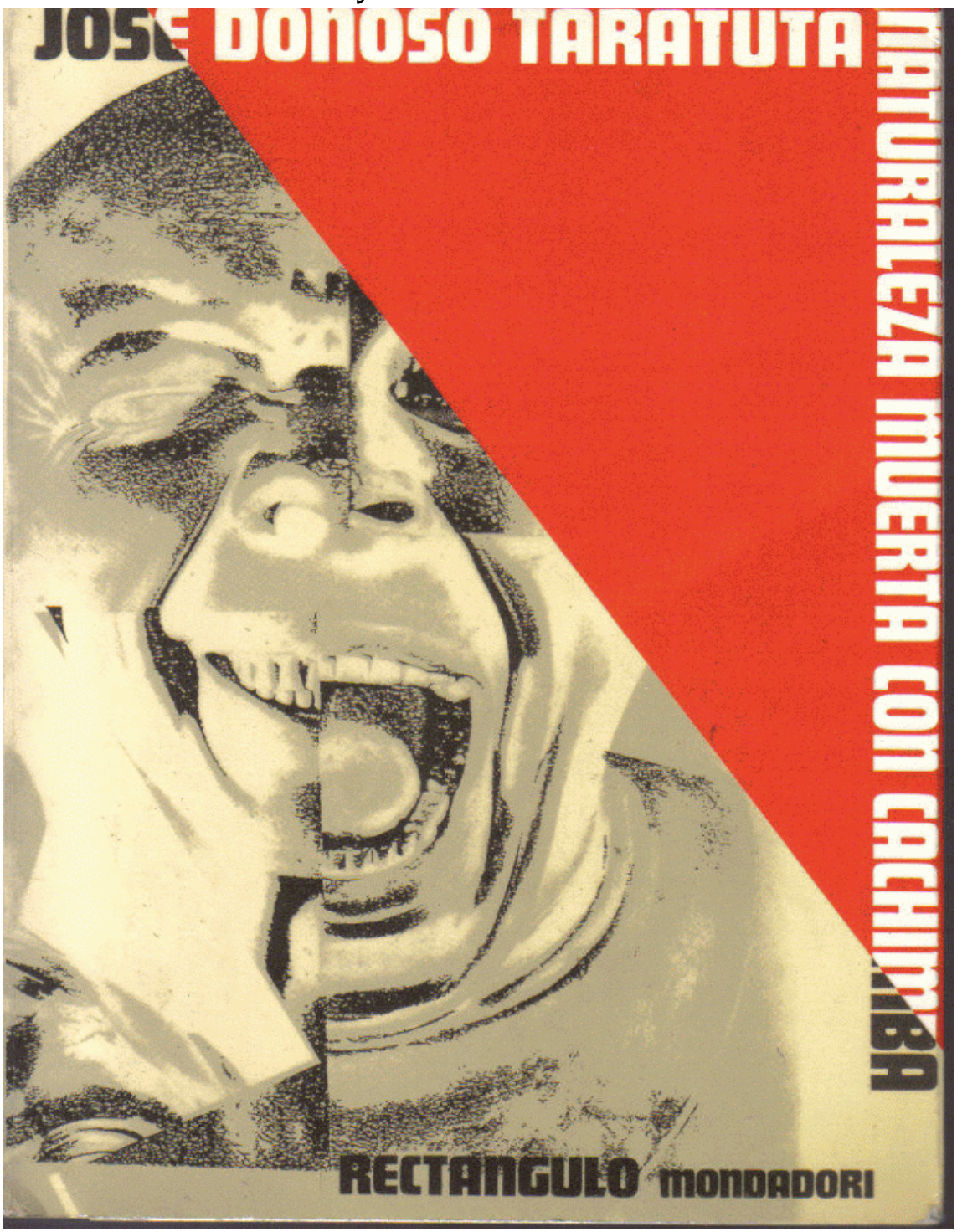
Taratuta, Naturaleza muerta con cachimba

José Donoso



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para JOSEFINA DELGADO

Librodot

I

Dos CIRCUNSTANCIAS ME impulsan a escribir esta historia. La primera se produjo al regreso de mi viaje por la Unión Soviética, obsesionado con la sonrisa de gato oriental de Lenin: de dimensiones caseras o monumentales, desde estandartes, santuarios, frescos, carteles, banderines, placas recordatorias y volantes, me persiguió de lerevan a Leningrado al son del ronroneo informativo de mi intérprete, que no agregaba grandes luces a mi conocimiento de la hagiografía leniniana. Pero como sus jaculatorias tuvieron por lo menos la virtud de convencerme de mi ignorancia respecto a Lenin y Krupskaya, lo primero que hice a la vuelta fue escribirle a un buen amigo moscovita, allegado al régimen pero no ciego, pidiéndole que me recomendara un estudio que hiciera digerible a esta pareja.

—Lee la biografía de Gerard Walter —me contestó—. La edición en español es de Grijalbo. Es lo más completo y al mismo tiempo lo más equilibrado.

La leí con mucho placer aunque con inesperados frutos. Inesperados porque, si bien contiene mucha información necesaria para un lego interesado en ir más allá de las notorias simplificaciones de partido, encandiló mi perversa pasión de novelista, más atento a lo bizarro, a lo particular, a minucias fragmentadas e inservibles que a aquello que es central. Confieso que no fueron las grandes marejadas de la historia ni el desfile de personajes señeros los que atraparon mi fantasía, sino hechos triviales, personajes secundarios, a veces no más que una alusión al pasar, una sombra, una nota a pie de página relacionada sólo tenuemente con los acontecimientos fundamentales. Es el caso del párrafo con que se inicia el capítulo uno de la tercera parte. El autor, después de explicar los hechos sangrientos de 1905 y la rebelión del acorazado Potemkin, despacha en unas cuantas líneas —como lo hacen casi todos los historiadores, por lo demás— el asunto del legado Schmidt. Walter lo presenta así:

'...el sobrino del multimillonario Morozov, Nicolás Schmidt, uno de los fabricantes de muebles más importantes de Moscú, profesaba por la revolución sentimientos tan ardientes como los de su tío. Durante las jornadas de 1905 sus talleres sirvieron de cuartel para los insurgentes y lo encarcelaron. Pero su frágil complexión no le permitió soportar el régimen penitenciario y murió allí, haciendo saber a quien correspondiera que legaba su fortuna a los bolcheviques. Sus dos hermanas, que entraron legalmente en posesión de la herencia, debían, por lo tanto, entregar cada una su parte al centro bolchevique. La mayor estaba casada con un abogado, miembro del partido social-demócrata, pero perteneciente a otra tendencia. Se negó a dar la autorización necesaria a su mujer. Fue citado ante un tribunal de honor y obligado a pagar a los bolcheviques la mitad de la suma que había cobrado su mujer, o sea 85.000 rublos. En cuanto a la menor, la situación se presentaba más delicada. Esta muchacha era amante de un bolchevique activo, muy considerado en los círculos dirigentes de la organización, Víctor Lodzinski, ALIAS Taratuta. Como la muchacha era menor de edad no podía disponer de sus bienes. Era necesario que se casara. Desgraciadamente, su amante, que llevaba una existencia clandestina, no poseía los documentos civiles necesarios. Buscaron, pues, un militante que tenía sus papeles en regla y lo casaron formulariamente con la señorita Schmidt, quién al convertirse en la señora de Ignatiev pudo cumplir al pie de la letra la última voluntad de su hermano. Así entraron en la caja de los bolcheviques cerca de 200.000 rublos, cantidad muy suficiente para garantizar la marcha de la nueva publicación».

Como tantas cosas relacionadas con el legado Schmidt, este párrafo está lleno de datos que parecen contradecir los que aportaban otros tratadistas. ¿De dónde sacó Walter la autoridad para afirmar que era Lodzinski el apellido de este personaje, y no Taratuta, ni Moskovsky, como aseguran otros, ni Kammerer, que fue el apellido que adoptó al retirarse finalmente a San Remo? Krupskaya, en sus MEMORIAS, afirma que Nicolás Schmidt murió en la prisión zarista víctima de las torturas de sus carceleros. Pero Walter favorece la hipótesis de la mala salud del joven industrial, probablemente tísico como varios miembros de su familia. Otro cronista habla de suicidio. Aseguran, también, que la herencia de Nicolás Schmidt se dividió en tres partes. ¿Cuál es la verdad?

Mi olfato de novelista percibió al leer el párrafo de Walter, que esta historia —la fortuna fabulosa, el terrorista de nombre espectacular, Lenin y la prosaica Krupskaya buscando un marido «de tout repos» para la ingenua Elizaveta que a la manera de las farsas de Labiche ya tenía amante—, era la maqueta de un folletín portentoso que yo apenas alcanzaba a entrever.

Esto se hizo clarísimo cuando di el primer paso para enriquecer mi interés. Me encontré con ambigüedades, contradicciones y oscuridades insalvables. Le escribí a mi corresponsal en Moscú rogándole que me enviara a vuelta de correo toda la información que encontrara sobre el legado Schmidt, citándole para orientarlo, capítulo y versículo de la biografía de Lenin que él mismo me había recomendado. Quedé estupefacto con su respuesta: no sólo jamás había oído hablar del legado Schmidt, y para qué decir de Taratuta, sino que no encontró el párrafo de mi cita en su edición del Walter. El tono de su respuesta me pareció un poquito amoscado: quizás se tratara de un error mío, decía... además no era cosa de exigirle a los impresores soviéticos que jamás se equivocaran..., en todo caso, como era evidente que el asunto del legado Schmidt carecía de toda relevancia histórica, con seguridad el editor eliminó ese trozo a fin de alivianar el texto para el consumo popular. Esto alertó en mí al impenitente hilador de intrigas que hay en todo novelista: quise investigar más pero sólo pude tocar la epidermis oficial de los escasos textos que obtuve. A pesar de todo, escribí para la Agencia Efe un artículo que llamé LENIN: NOTA A PIE DE PÁGINA. Fue reproducido en docenas de periódicos de España y América Latina. A algunos fieles les disgustó la ligereza con que traté sus iconos y lo comentaron desfavorablemente. Pero muchos lectores lo celebraron.

Quedé descontento con mi versión del asunto del legado Schmidt, como si me hubiera aventurado a un ámbito extrañísimo cuya totalidad desconocía y que, por quedar bajo la tutela de guardianes con derecho a arrancar páginas y eliminar párrafos, nunca *llegaría, a* conocer. ¿Cómo obtener más información si no sabía ruso, y había agotado los pocos textos asequibles en mi país? *En* algunos viajes a Europa y a Norteamérica, solía demorarme en las librerías de segunda mano y en las bibliotecas de las universidades, rastreando alguna mención de estos acontecimientos. Poco logré aclarar, no sólo por la escasez de material, sino porque las versiones eran siempre imprecisas, manipuladas con el propósito de incriminar o defender o encubrir a alguien, o de propiciar o condenar una idea. En fin, me dije, seguro que más tarde, en alguna parte, tropezaría con datos esclarecedores del legado Schmidt, que parecía evaporarse como un fantasma en cuanto cerraba mi mano para atraparlo.

No lo dije en mi artículo para la Agencia Efe porque entonces no lo sabía, que Taratuta, además de su profesión de terrorista y de su nombre espectacular, poseía una melena y una barba colorada que lo debían hacer blanco fácil para las balas de la policía, que siempre logró evitar. Taratuta era de altura mediana y de maneras desenvueltas. Bajo su chambergo, su mirada era fulminante, verde-amarilla como el ajenjo que bebía. El humo de su pipa la nublaba un poco en el fondo de los cafés de la Avenue d'Orleans, donde sus admiradores se reunían para oírle contar lo del robo a un banco de Tiflis en que participó con Kamo y con Stalin, y las historias de otras «expropiaciones», como entonces se llamaba a esta modalidad de reunir fondos para sublevar al proletariado.

—¡Que el Zar pague la revolución! —concluía Taratuta entre aplausos.

Los personajes, la acción, el espacio de esta historia parecían ofrecerse para que cualquier pluma los recogiera. Pero al intentar hacerlo, a mí me resultó casi imposible, no por la pobreza de los datos, cosa fácil de remediar con un poco de fantasía, sino porque Taratuta era un personaje esencialmente cultural, pertenecía más a la literatura que a la vida por estar tan adornado con atributos novelescos que ni su especioso fervor revolucionario, ni su discutible fidelidad al partido lograban recuperármelo para el mundo de los seres reales: porfiadamente permanecía personaje, no persona.

¿Cómo moverse entre esta gente y manejar estos seres con su aire de haber nacido calzados y barbados y con sus papeles ya asignados, de la mente de otro escritor? Me parece que lo novelesco en la vida real rara vez resulta novelable: para crear un mundo estético el autor suele partir de datos más bien modestos, el rasgo familiar de una persona conocida, la

Librodot

ventana semi-entornada de un dormitorio revuelto, una palabra con resonancias infantiles, la expresión que delató la falsedad de un padre, de un sacerdote, de una mujer, y es el ojo del artista el que elige, compone y descompone para construir la otra verdad, la del engaño.

Librodot

II

LA SEGUNDA CIRCUNSTANCIA que después de un tiempo me llevó a involucrarme en la historia del legado Schmidt fue recibir una carta firmada por cierto Horacio Carlos Taratuta Roserman, con remitente en ESTUDIO PARAPSICOLÓGICO TAHOCA, calle de la Escalinata 26, sobreático, Madrid (España). La carta casi se me cayó de las manos al leer el apellido del firmante:

—¡Taratuta! ¿Puede ser?

No. Por cierto que no podía ser. Mi Taratuta *sé* llamaba Aron-Shmuel Rafalovich Taratuta (según la mayor parte de las fuentes, Viktor Taratuta, pero no se sabe cuál de estos nombres fue el supuesto y cuál el verdadero). ¡De vivir ahora tendría cien años! ¡Claro que ese apellido único...!

Mi respetuoso corresponsal, con la ortografía titubeante de un hombre para quien la letra escrita no es su forma habitual de relacionarse, declaraba que hacía un tiempo cierta amiga le había señalado mi artículo, LENIN: NOTA A PIE DE PÁGINA, publicado en el madrileño Diario ABC. Tanto a él como a su amiga les sorprendió que en ese artículo yo nombrara a una persona verdadera que llevara su apellido, Taratuta, que hasta entonces siempre había creído una especie de sigla, un apodo absurdo transformado en patronímico..., no sabía qué creía. En todo caso siempre supuso que era una designación usada a falta de un apellido auténtico, serio. Horacio Carlos me aseguraba que al leer mi artículo había pensado escribirme. No lo hizo figurándose que un novelista sería un señor muy ocupado, de modo que prefirió no acaparar mi tiempo con sus problemas. Pero no había escrito sobre todo —y lo subrayó— porque en ese momento las vibraciones eran francamente negativas. El presente desarrollo de su vida, en cambio, y las ondas en general positivas de ahora, le hacían aconsejable hacerlo: estaba pensando casarse. Me di cuenta que esto de las «vibraciones» y «ondas» era contagio de los clichés del ESTUDIO PARAPSICOLÓGICO TAHOCA. Como yo estaba empalagado con los jóvenes que regresaban de ciertos libros sobre ocultismo con la verdad absoluta en sus manos, pensé que yo ya no tenía energía ni tiempo para hacer míos los nuevos modismos. Decidí no contestarle.

Pero leyendo con más atención la avasalladora misiva, me conmovieron tantas cosas en ella que a la segunda página decidí lo contrario de lo que había decidido al leer los párrafos iniciales: no sólo le contestaría, sino que en mi próximo viaje a España para arreglar mis asuntos editoriales lo buscaría en Madrid, en la muy castiza calle de la Escalinata.

Descubrí en esta lectura que, bajo la fatigada monserga orientalista, confeccionada con refritos de Gurdieff y Mme. Blavatsky, se escondía un ser conmovedoramente puro, empeñado en consolidar su identidad. Mi artículo lo había decidido a dirigirme una consulta que podría calificarse de genealógica, porque estaba relacionada con su apellido, Taratuta, tan raro, decía, que en realidad era fácil comprender a sus compañeros de escuela —por eso había frecuentado tan poco las aulas— que lo hicieran el hazmerreír del curso: grito de guerra de los pigmeos, nombre de un animal sobreviviente de una especie en vías de extinción... ¡qué sé yo!..., cualquier cosa menos un apellido como Dios manda. Los judíos negaban que fuera judío, los rusos que fuera ruso, los españoles, español, los turcos, turco. Él mismo se había atrevido a afirmar, recién llegado a la escuela —porque creyó habérselo oído una vez a su padre y se aferró a esta nebulosa información—, que igual que tantos de sus compañeros él también era judío, un «rusito» como los llamaban en los arrabales de Buenos Aires donde nació. No le creyeron. ¡Nadie con ese apellido ridículo podía ser judío..., ni turco ni nada! Y lo asaltaron veinte chiquillos multinacionales, lo tendieron sobre el pupitre donde lo atacaron con sus cinturones de cuero, lo despojaron de sus pantalones, y la clase entera, con golpes y gritos y manipuleos de su pobre sexo, pudo comprobar que no estaba circuncidado y por lo tanto no pertenecía al pueblo elegido. ¡Era un mentiroso! Tiraron sus pantalones al canal, empolvaron su cara con tiza blanca del pizarrón, y derramaron un frasco de tinta roja sobre su sexo. Lo despacharon chorreando sangre apócrifa de una circuncisión apócrifa, al patio de los

grandes, que cayeron en manada sobre él.

Era como si Horacio Carlos se atropellara en su ansia por contármelo todo en su carta llena de tachaduras, mensajes en el margen, y contradicciones. Pero los malos tratos, continuaba la carta, no eran su principal preocupación. No sólo tenía ahora veintitrés años y sabía defenderse, sino que, sobre todo, era un buen trabajador, listo, rápido, siempre de buenas, de modo que en todas partes terminaban por apreciarlo.

Lo que había sucedido, explicaba, fue que al leer mi artículo se le ocurrió pensar por primera vez en su vida que su apellido no era una monstruosidad inventada con el único propósito de hostigarlo, sino que existía afuera de él. ¡Quizás habían vivido, o todavía vivieran en alguna parte, personas que lo llevaran!

¿De dónde procedía el apellido? ¿Podía pensar que en alguna parte del mundo tenía parientes con ese nombre? ¿Existió ese personaje del que yo hablaba en mi artículo o era pura invención de novelista? Su abuelo, al que jamás pudo conocer, emigró de una región no especificada de Europa a una región igualmente no especificada de América, y terminó en Buenos Aires, ya sin mujer que devanara las nostalgias de orígenes y migraciones, pero cargando un hijo adolescente: su padre. Más tarde, también sin mujer, y además sin trabajo que uniera sus lealtades a un quehacer y a un lugar, el tarambana de su padre arrastró al pequeño Horacio Carlos de barrio en barrio, sin llegar a identificarse más que, transitoriamente, con una plaza, con un club deportivo, con un bar de esquina, hasta desaparecer tras algo que se cerró de manera definitiva durante la Guerra Sucia. ¡Lo malo era que él, Horacio Carlos, se quedó sin saber de qué lado de la pelea estuvo el viejo! De saberlo hubiera tenido un fundamento para su lealtad o su encono. Pero claro, en ese tiempo él era demasiado chico. Tan chico como para que la opción de quedarse rodando de casa en casa, donde fuera acogido durante un tiempo por la madre de algún amigo ocasional con que jugaba al fútbol en los descampados, no le pareciera despreciable. Estudiaba poco porque no le gustaban los libros. Pero trabajaba, eso sí, vendiendo bebidas en los estadios, lavando autos, en lo que viniera, porque para trabajar sí que había sido siempre bueno. Ver su apellido escrito en mi artículo fue para él un deslumbramiento, porque verificó por primera vez que era real. Así nació su extravagante esperanza de que yo no sólo le contestara su carta sino que lo pusiera en contacto con otros que también se llamaran Taratuta.

Me enternecieron las perplejidades genealógicas de mi joven corresponsal. No sólo por su tono respetuoso, sino sobre todo porque parecía que su soledad no redundaba en autocompasión sino en un lícito orgullo de saberse capaz de sobrevivir. Lo que Horacio Carlos me proponía no dejaba de ser interesante: que le suministrara una piedra fundacional para inventar a partir de ella, la fábula de sus orígenes. Lo que en buenas cuentas no es tan distinto a lo que sabemos hacer los novelistas.

Le contesté una carta cordial postergando la entrega del talismán de mi conocimiento, discutible por las razones que di a conocer en el artículo que él leyó, pero en todo caso mayor que el suyo, por lo menos de un Taratuta, que muy enfáticamente existió, le aseguré para tranquilizarlo: nació en Yelisavetgrad, en Ucrania, en 1881. Dentro de dos meses yo viajaría a Madrid y entonces, por cierto, íbamos a tener muchas cosas interesantes de qué hablar.

Al mes me llegó mi carta devuelta con PERSONA DESCONOCIDA EN ESTA DIRECCIÓN escrito en el sobre. Se había esfumado mi oportunidad para ponerme en contacto vivo con las sílabas mágicas del apellido Taratuta, que parecía acercarme al legado Schmidt mediante qué sé yo qué circunloquios. Al viajar a España eché la carta devuelta en mi portadocumentos..., por si acaso..., yo no sabía muy bien por si acaso qué...

Librodot

III

EN LO ALTO y al fondo de la calle de la Escalinata existe una bollería artesanal que perfuma toda la manzana cuando el mallorquín hornea las que seguramente son las mejores ensaimadas de Madrid. Cuando viví en aquel vecindario hace cerca de un cuarto de siglo, sobre todo en invierno antes de ponerme a trabajar, yo hacía rápidas excursiones matinales a comprar esas pastas tiernas para nuestro desayuno porque a mi mujer le encantaban. Cuando vuelvo a Madrid me las arreglo para pasar por esa calle con el propósito de probar una ensaimada perfecta.

Las que me trajeron con el desayuno del hotel la primera mañana después de mi llegada tenían un sabor traposo, y me defraudaron. ¿Qué cosa más natural, entonces, que dirigirme a mi vieja querencia a probar unas ensaimadas que mi recuerdo catalogaba de incomparables?

El sol caía a plomo dentro de la calle de la Escalinata, que encerraba todo el bochorno. Para huir de la canícula y refrescar el gaznate con un chato antes de exponerme al palique del mallorquín, busqué sombra dentro de una de las tascas que existen al pie de la escalinata que le da su nombre al lugar. El recinto, atestado de trabajadores vociferantes, con camisas oliscas de cuerpo y fritanga, no era el sitio más a propósito para recuperar el resuello, pero como ya estaba allí me senté donde pude. Un mozo larguirucho y quebradizo, con su espalda empapada por el sudor, atendía las exigencias de los parroquianos bailando entre las mesas con su bandeja de latón prodigiosamente en alto, cargada de tapas, vasos y ceniceros. Admiré la impavidez con que acudía a los broncos gritos que lo requerían, mezclados con el barullo de las discusiones acerca de carajillos y chorizos, y con el gangoseo de la tele que en el mesón tenía distraído al dueño mientras despachaba los pedidos.

Intenté atrapar la atención del mozo para que me sirviera enseguida porque tenía sed, con un ineficaz ¡pssstt...!, y chasqueé los dedos llamando ¡mozo!, cuando pasó cerca de mi mesa. Pero su impenetrable rostro de mimo bajo su cresta de pelo estaba atento a otros clientes y no me hacía caso. A punto de ponerme de pie y retirarme porque el sofoco de adentro era peor que el de afuera, y además no valía la pena esperar tanto rato para que me sirvieran un vaso de vino, vi que el mozo llevaba un pedido a la mesa situada bajo el postigo abierto a la calle, por donde se metía una cuña de sol. El mozo se quebró para depositar la bandeja, y el sol, al tocar su copete, lo inflamó como una antorcha que crepitara con endiablada combustión. El muchacho volvió a incorporarse y la sombra extinguió el rojo de su pelo. Alguien lo llamó desde la mesa junto a la mía. Desglosé del alboroto su nombre repetido por varias voces:

—¡Taratuta!

—¡Taratuta, que es para hoy...!

—¡Taratuta, que te olvidas de mis percebes...!

Incrédulo, tragué saliva seca para detener mi corazón que se me quería escapar. ¡Taratuta! Taratuta corría de un extremo a otro de la tasca para complacer a los clientes. ¿Era él? ¿Por qué no iba a ser él si tenía el pelo colorado, como el otro Taratuta, y esta era la calle de la Escalinata, dirección desde donde me devolvieron su carta? Algunos clientes de la tasca, aburridos de llamarlo en vano, comenzaron a tabletear en sus mesas, llevando chistosamente el ritmo:

—TA RA TU TA TA TU TA... TA RA TU TA TA TU TA...

Parado en medio de las mesas con la bandeja levantada sobre su cabeza, desconcertado como si oyera esas sílabas por primera vez y no supiera su significado, sus ojos recorrían el recinto como buscando por dónde huir a esconderse mientras duraba la tonta cantinela acompañada por un tableteo, tan ensordecedor que parecía que participaba toda la parroquia.

—TA RA TU TA TA TU TA... TA RA TU TA TA TU TA...

Al verlo escapar hacia un sitio más benigno, un malintencionado estiró una pierna para que tropezara. Pese a que chocó con una pilastra de fierro al dar el trastabillón, sorteó la zancadilla sin poder evitar que el tintineo de copas se transformara en una catástrofe de

Librodot

vidrios quebrados. Me conmovió el pavor que vi escrito en su desangrada cara de clown. Encaré al pesado de la zancadilla con la acusación de que lo que acababa de hacer era un abuso prepotente. Replicó que no me metiera, al fin y al cabo yo y el imbécil del mozo no éramos más que sudacas. Le contesté que a mí nadie me insultaba, y menos él, que era un bruto. Ya nos íbamos a las manos ante el fascinado desbarajuste de los bebedores que se levantaban de sus sillas, cuando el patrón acudió a imponer orden antes que dieran fin con todos sus vasos. Amainó el tableteo ante el vozarrón de la autoridad y se apagó la cantinela. Unos cuantos partieron indignados, quién sabe por qué. Por el rabillo del ojo alcancé a ver que en el rincón del desastre Taratuta hacía penitencia barriendo los despojos sin alzar la vista de los vidrios rotos, cáscaras de gambas y servilletas sucias que cubrían el suelo, escuchando con la cabeza gacha las furibundas admoniciones del patrón.

Mientras devoraba mi pan con chorizo y bebía mi chato —el patrón me los sirvió de prisa para compensar el reciente incordio—, me quedé observando a Taratuta involucrado en sus modestos menesteres allá al otro lado del establecimiento. ¿A quién escondía su empecinado antifaz de melancolía? ¿Esa cresta de pelo que tocada por la luz estallaba en llamas, acentuaba una identidad real? Barrault en LES ENFANTS DU PARADIS..., la máscara mortuoria de John Lennon..., un quebradizo y rítmico pierrot lunaire..., las pesadas manos blancas de Buster Keaton..., un «hollow man» de T.S. Elliot..., GILLES..., L'INDIFFERENT..., todos blanqueados por el indeleble polvo de tiza de su remota escuela. Se me agolparon las referencias culturales sin las cuales la realidad se borronea. ¿Se llamaba, en realidad, Horacio Carlos este muchacho? ¿Por qué servía aquí?

Tragando el último bocado de chorizo me dispuse a acercarme a Horacio Carlos, abrazarlo y darme a conocer. Pero me atraganté con el chorizo. ¡Qué malo estaba! ¡Pensar que podía estar comiendo ancas de rana a la provenzal! ¿Ancas de rana? Miré mi reloj. ¡Las dos cuarenta y cinco! A las dos tenía una cita con Carmen Balcells, maquinadora de suculentos ágapes y contratos para su grey! Con el primer telefonazo de la mañana me había comprometido a encontrarme con ella en el LUTECIA, porque sabía que me encantan y me aseguró que ni en Aix las preparan tan buenas. ¿Qué hacía yo en este figón, rumiando chorizos y defendiendo a un mozo espectral?

Le hice señas al dueño indicándole que dejaba el precio de mi consumo en el platillo. Afuera, en el taxi que iba de embotellamiento en embotellamiento, me acometió el temor de no ver nunca más ni a la Balcells, ni a Taratuta, ni el LUTECIA: permanecería preso en esta absurda situación cortazariana en medio del tráfico madrileño. El mozo pelirrojo resultaría ser, entonces, uno de esos seres que aparecen y desaparecen de la vida de los demás sin dejar rastro: migratorio como su abuelo, ocasional como su padre, difuminado por nombres supuestos e inestabilidad de dirección y de trabajo.

Durante el almuerzo, por cierto opíparo, no pude disfrutar del noticiero personal y literario de la Balcells ni de sus soberbias ranas por temor a que el residuo vivo del legado Schmidt, que acababa de dejar, se hubiera evaporado. Le di el bajo a mis manjares con más prisa de lo que la esplendidez de mi amiga merecía y abreviando los habituales adioses madrileños, en la puerta misma del LUTECIA tomé el primer taxi.

Bajé en la Plaza Isabel II. Me aposté en lo alto de la escalinata, desde donde veía la calle y la salida de las cantinas.

Librodot

IV

ME DI QUINCE minutos para esperar al muchacho porque no estaba dispuesto a malgastar parte de mi semana en Madrid en un plantón que no conduciría a nada. Con seguridad se había retirado a dormir siesta, poniéndole punto final a mi proyecto, porque francamente yo no tenía tiempo para seguir buscándolo por estos andurriales.

Mi atención en el presente duró poco, tal vez debido al sol, aunque un paño de sombra ya venía descolgándose desde la fachada del edificio. La polución del aire que me enhollinaba las narices y me ensuciaba de transpiración el pelo, hizo que me distrajera con una vaga imagen consoladora del reverso de este calor, de estepas barridas por el cierzo, donde un Taratuta distinto al pelirrojo de la tasca aunque también de veintitrés años, huía con la cabeza gacha contra la nevisca de Yelisavetgrad, perseguido por los gendarmes con su jauría de galgos. No: a los veintitrés años el Taratuta histórico ya estaba casado con una terrorista. Ya no vivían en Yelisavetgrad, donde nacieron, se conocieron y se casaron —estos dos herejes contrajeron nupcias sólo para dotar de papeles legales a sus probables cachorros, de los cuales mi Taratuta porteño podía descender— sino en Moscú, cuando Viktor Taratuta, que es el nombre con que más frecuentemente se lo designa, lograba escapar de uno de sus encarcelamientos.

¿En qué parte de Rusia —me lo pregunto porque me gusta imaginarme las cosas desde el comienzo aunque después no aparezcan en mi narración— queda el pueblo..., ciudad..., puerto..., aldea de Yelisavetgrad? ¿El paisaje donde comienza a aparecer el esqueleto de este cuento es un villorrio montañés de los Urales, un jardín de adelfas en la Crimea o un caserío perdido en la taiga mongólica de Siberia...? No lograba inventar un espacio para el nacimiento de esta pareja. Mi GUÍA COMPLETA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, de Jennifer y Victor Louis, no nombra ningún lugar que se llame Yelisavetgrad. Después consulté mi ENCICLOPEDIA ESPASA, que, remitiéndome de la Meca a la Ceca con referencia a distintos lugares de la Unión Soviética, muchos con nombres alterados después de 1917, lo mencionaba de esta manera:

«KIROVOGRAD, antes YELISAVETGRAD, ciudad de la URSS (Ucrania), capital de región, centro de las tierras negras en una rica región agrícola: 168.000 habitantes. Industrias alimentarias y fabricación de maquinaria agrícola. La región de KIROVOGRAD tiene 24.000 km. y 1.270.000 habitantes».

Taratuta, entonces, no era un lugareño: era ciudadano de una pequeña urbe, próspera debido a su relación con el agro, donde no era imposible el acceso a las ideas. A mí, eso sí, para efectos de lo que estoy contando, me acomoda más imaginar los primeros años de Taratuta, no en un paisaje triunfalista de trabajos agrícolas al estilo del realismo social soviético, sino, mejor, en una región rusa genérica, poética, tan abstracta como literaria, con amplios ríos y lentas barcazas, y planicies boscosas de abedules plateados. En todo caso, es muy verosímil el origen ucraniano de Viktor Taratuta —también, entonces, el de Horacio Carlos—, puesto que Hersch, hermano de Viktor, andando el tiempo se transformó en un mañoso corredor de la bolsa de Kiev, capital de Ucrania, antes de emigrar a París en pos de Lenin, de Elizaveta y, es de presumir, de los millones del legado Schmidt. Es discutible el origen judío de la familia: la ausencia de circuncisión en el caso del Taratuta porteño lo prueba, porque, ¿qué padre puede ser tan atolondrado como para privar a su hijo de un simple rito de iniciación y así hacerlo miembro de su tribu?

¿Qué importancia podían tener ahora estas consideraciones, con el calor y el aire mordiente del presumido Madrid del Mercado Común Europeo? ¿Qué hacía yo esperando a un muchacho de 23 años que ni siquiera conocía? ¿Era el espectro del terrorista barbado, ebrio, con las polémicas que estaban rehaciendo la cara del incipiente siglo veinte, el que me convocaba a la calle de la Escalinata, para que le echara el último responso antes de desaparecer defitivamente de la memoria? ¿O era el muchacho que había visto en la tasca el que me llamaba, con su conmovedora exigencia de que yo le proporcionaba un pasado, un origen, una tribu, y lo identificara, como quien identifica un objeto perdido en un montón de escombros

después de un terremoto?

Tan metido estaba en mis propias elucubraciones, planeando, sin saber que lo hacía, esta historia que aquí cuento, que no vi salir al mozo de la tasca. Sólo lo vi cuando llegó a los últimos peldaños de la escalinata, a un metro de mí. No tuve tiempo de preparar una estrategia para abordarlo. Sólo fui capaz, al verlo titubear mirando calle arriba calle abajo, de pedirle fuego.

—No fumo —contestó.

—Yo no debía —confesé— pero qué le voy a hacer...

—Es malo para su corazón a su edad. Está un poco gordo.

—¡Mala suerte! Todo lo bueno en la vida —le dije tratando de interesarlo por medio del gastado chiste—, es ilegal, inmoral o engorda...

No se rió. Encontró fósforos en el fondo del zurrón que llevaba colgado del hombro. Me encendió el cigarrillo mientras caminábamos juntos en dirección al Teatro Real, y circundándolo, hacia el Palacio y la Plaza de Oriente. De allí, por Bailen, bajamos a los Jardines del Moro. Nuestra charla era tan sin ilación ni propósito como nuestro paseo. No quise revelarle mi identidad. Preferí observarlo desprevenido un rato, antes de hablarle de su carta, de su posible ancestro, de mi carta devuelta. Tuve la sensación de estar junto a un ser tan frágil que era necesario seguir su corriente para no lesionarlo.

Me iba diciendo que no sólo no fumaba sino que no bebía ni comía carne. ¿Cómo era posible, le pregunté, trabajar en una tasca madrileña sin beber ni fumar, y además ser vegetariano? Me contó que hacía sólo un mes que trabajaba en la tasca —hoy, casualmente, lo habían despedido por un incidente del que no era culpable..., no sabía qué hacer con su vida, pero en fin, nunca dejaba de salir algo—, y no alcanzó a contaminarse con malos hábitos gastronómicos. Antes, vivía en esa misma calle trabajando para una señora que veía la suerte, una vidente con muchos poderes, declaró. A él solía emplearlo como médium o para otros trabajitos..., pero tuvieron desavenencias, por dinero y otras cosas, cuando la Zonga se cambió de residencia. Consiguió trabajo inmediatamente en la tasca vecina porque conocía al dueño de cuando acudía a consultar a la *Zonga* para que le limpiara el prana. Este señor a veces lo llamaba para suplir cuando le fallaba un mozo y nunca le mezquinaba un buen plato de sobras, porque lo conocía como una persona honrada y trabajadora.

—Quédate a trabajar conmigo —le había dicho.

Y se había quedado. ¡Por desgracia, el patrón era una persona muy distinta cuando se trabajaba para él! ¿Qué hacer, ahora? A veces le daban ganas de volver donde la Zonga. Pero no se decidía pese a que ella le había dejado todas las puertas abiertas. Lo escudriñé para ver si me reconocía como el causante inmediato de sus recientes dificultades. Tenía el rostro como cerrado, pensé, como de masa, sus rasgos apenas débiles grafismos superficiales. Parecía no verme. Nos sentamos en un banco en los jardines del Moro, bajo un olivo de Bohemia cuyo aroma se había hecho enajenante con el largo calor del día. No escondió cierto orgullo al confiarme que gran número de las clientes de la Zonga eran damas muy encopetadas, condesas, marquesas, amantes de toreros, actrices —él solía verlas en los números atrasados de HOLA—, en fin, de lo más granado. Algunas le habían impuesto sus manos sobre la frente, sobre el pecho..., incluso sobre los muslos..., sí, el trabajo donde la Zonga, no podía negarlo —y sonrió maliciosamente—, tenía sus compensaciones. La Zonga lo hacía caer en trance en un sillón y la marquesa o quién fuera, lo tocaba en la oscuridad con sus manos suavísimas, y a veces, cuando el amante invocado en la penumbra acudía a hablar por la boca de Tahoca, la marquesa o actriz, nerviosa, a veces histérica, hundía un poco sus largas uñas escarlata en su piel..., y eso era, bueno, sumamente excitante, me confesó.

—¿Quién es Tahoca?

—Yo.

—¿Ese es tu nombre?

—Cuando nos íbamos a casar quiso ponerle mi nombre al ESTUDIO PARAPSICOLÓGICO. Aunque yo le dije que debía llamarlo INSTITUTO LA ZONGA. Dijo que no, porque sonaba a

instituto de belleza y eso le quitaba seriedad. ¡Nunca quiso pagarme nada por el derecho a usarlo! ¡Y ella, cada vez que aparece su nombre en una revista o un diario, les escribe cartas furiosas exigiendo que le paguen qué sé yo cuánto como indemnización!

—¿Tahoca? ¿Quién es Tahoca?

Lo sentí rodar irresistiblemente, como por una pendiente, al contarme sus problemas. Pero no respondió mi pregunta.

—Una marquesa muy rica le dio permiso para que armara una casita al fondo de su parque, en el interior de una manzana de El Viso. Otra marquesa le regaló un pabelloncito precioso que era suyo pero estaba en el jardín de su marido. Cuando se separaron la Zonga le aconsejó que se lo llevara todo, todo, sin dejar nada suyo en la vida de ese hombre que la había hecho sufrir tanto, porque si quedaba algo suyo podía hacerle maleficios. La Zonga, que le tenía echado el ojo al pabellón, se puso feliz con el regalo. Me ofreció pagarme una buena suma por desarmarlo, porque era ensamblado y machihembrado como esas casas para armar de los niños, y quiso que después lo armara en el jardín donde la marquesa la invitó, en El Viso. Trabajé dos meses. Pero no me pagó nada. Peleamos y busqué un trabajo con menos problemas en la tasca..., pero ya ve usted...

La brisa del atardecer, por fin, movió las ramas del olivo. Un rayo de sol cayó sobre el copete de mi amigo produciendo una conflagración memorable aunque momentánea.

—No tiene derecho a usar mi nombre.

—¿Cómo sabe que se sigue llamando TAHOCA el estudio?

—Fui a ver la placa.

—¿Tu nombre es Taboca, entonces? Raro el nombre. No es español. ¿De dónde eres?

No quería, quizás no podía contestar mi pregunta:

—Nadie tiene derecho a apropiarse de ningún nombre de otra persona. No me importa que la Zonga me estafe, pero usar mi nombre..., en manos de ella un nombre es peligroso.

—¿Por qué?

—Usa los nombres para todo, para llamar al marido de una dienta cuando se le va con otra..., a una actriz le consiguió que se le declarara el banquero de que estaba enamorada, a veces lo escribe muchas veces en un papel y después lo quema..., le sirven para perseguir..., para vengarse. Puede querer vengarse de mí porque no quiero casarme con ella.

Pensé un minuto antes de lanzarle la pregunta:

—Dime la verdad, ¿no te llamas Taratuta?

No me contestó porque seguía hablando inconteniblemente de la Zonga, con los ojos vidriosos, con bolitas de espuma en las comisuras de los labios. De repente se detuvo y me interpeló:

—¿Usted cómo sabe?

Guardé silencio. El crepúsculo hacía que el Palacio de Oriente formara un todo ostentoso y dorado con las nubes, un fragmento monumental de cornisa en la arquitectura del cielo. Le dije la verdad a mi compañero. Lo hice poco a poco, empezando por reconocer que yo había sido el bienpensante que causó su problema en la tasca. Esto, lejos de enrojecerle la cresta de rabia como temí, pareció dejarlo desarticulado como un pelele que apenas se sostenía sobre el banco. Le dije, después, que yo era no sólo aquel que había escrito la crónica en el Diario ABC que su amiga le señaló, sino a quien él le había dirigido una carta llena de perplejidades hacía unos meses. Un ligero rosicler de vida tino su máscara mientras yo hablaba. Se quedó atento aunque sin permitir que mi información lo invadiera. Ya no era un mimo de grandes manos lacias colgando entre sus mangas demasiado largas, sino un hombre que quiere decidir lo que debe pensar de sus asuntos. Cuando terminé mi perorata quiso saber:

—¿Por qué no me contestó?

—Dime primero por qué te haces llamar Tahoca.

—En realidad no tiene importancia: Taratuta, ta, Horacio, ho, Carlos, ca..., es muy simple.

¡Claro que era simple! Y transparente. Todo en él lo era. Entonces le conté la historia de

nuestra correspondencia, comenzando con la sorpresa y el placer que me había procurado su confianza. Le contesté a vuelta de correo, le aclaré, pero esa carta me fue devuelta con PERSONA DESCONOCIDA EN ESTA DIRECCIÓN escrita en el sobre.

—¿Escrita?

—Escrita.

—¿No con un timbre?

—No: escrita.

—¿Cómo es la letra?

Pensé un rato, para evocar los grafismos en que jamás había reparado. Logré recordar que la caligrafía era muy complicada —sí, complicada, no compleja, maticé— llena de rúbricas y ornamentos. Se lo dije.

—Claro. Su letra.

—¿De la Zonga? —le pregunté, atrapado por la intriga.

—Yo todavía estaba con ella entonces. Debe haber escondido esa carta para que no la viera y *se* la devolvió a usted porque produce muy malas vibraciones quemar el nombre o la correspondencia de otras personas. Siempre está con miedo de que yo desaparezca. Usted podía llamarme para que me fuera con usted.

—¿Adonde?

—No sé. A alguna parte donde yo encontraría cosas que hicieran que no la necesitara a ella..., y como ya no es joven...

—Sin embargo fue ella que te sugirió que me escribieras. ..

Ahora enrojeció con rencor:

—La *Zonga* me hizo escribirle porque quería que le metiéramos un juicio a usted, por el asunto del nombre. ¡Ella siempre con el asunto de los nombres! Le habló a la esposa de un abogado y le preguntó si era posible ganar un juicio por difamación del nombre de un abuelo. Fue cuando salió su artículo diciendo que el señor Taratuta era un pillo..., por eso le interesó el artículo y me hizo escribirle para sondear qué clase de persona era usted. También porque jamás había creído que Taratuta era mi verdadero apellido, heredado de mis antepasados..., y como yo no sabía ni eso, ni siquiera la hora de mi nacimiento, ni la fecha, que nunca he tenido muy segura..., bueno, no podía hacer nada conmigo... No tenía como agarrarme ni dominarme y trataba de dominarme de otras maneras. Cuando descubriera cuál era mi apellido verdadero, quién era yo en buenas cuentas, me obligaría a casarme con ella para que no me escapara: Tahoca era un nombre falso, poca cosa para trabajarlo. Es una mujer elegante, la Zonga. ¡Da gusto lucirse con ella! ¡Hay que ver cómo la miran! Si ganábamos el juicio contra usted podríamos recibir mucha plata y vivir en paz, sin depender de todas estas idiotas que vienen a consultarla: así se hacen las cosas en los países modernos como Estados Unidos, me explicaba. A sus amigas marquesas les decía que a mí me conservaba porque era un buen médium..., y para los mandados: se reía y les guiñaba un ojo cuando decía esto. Pero no le gustaba nada estar enamorada de mí. Por eso me disminuía.

Yo le daba vergüenza como marido porque no tenía futuro..., no tienes ni futuro ni pasado, me decía cuando se enojaba conmigo porque yo salía sin ella, o no quería decirle dónde iba o me juntaba con amigos que ella no conoce... ¿Soy un niño para que me esté vigilando?

Se detuvo. Después me pidió:

—Quiero ver su carta.

—¿Para qué?

—Quiero leer lo que usted me contó.

—Te lo puedo contar ahora. Eso y mucho más.

Movió la cabeza como para indicarme que no era eso lo que quería. Pero se sentó a escucharme. En cuanto abrí la boca para dar comienzo al relato que más abajo me dispongo a

hilvanar, me cortó:

—Quiero refregarle la carta por la cara. Probarle que sé muy bien que me quiso controlar, impedirme que me fuera, aislarme..., no lo puede negar porque ahí está su letra en el sobre...

Yo había traído la carta a España con la vaga intención de que, después de tantos meses, aún sería posible encontrarlo, o para poner a Carmen Balcells, que es un sabueso capaz de encontrar una aguja en un pajar si el proyecto la intriga, sobre la pista y dejarle el encargo. Tenía la carta en mi portadocumentos en el Hotel Wellington: era cuestión de tomar un taxi para ir a buscarla antes de dirigirnos a El Viso.

Librodot

V

EL TAXI NOS dejó a la puerta de una casa en El Viso escondida por una tapia cargada de enredaderas. A un costado, un muro dividía el acceso para autos del resto del jardín, formando un callejón de descuidados plumbagos. Este callejón conducía a un parque de árboles viejos en el corazón de una manzana, también separado de la mansión por un muro. Un Mercedes Benz color cáscara, agazapado como un animal que busca refugio en el fondo del pasaje, mantenía sus ojos pegados al portón, vigilando la oscuridad del parque. Horacio Carlos, y yo detrás de él, dimos la vuelta alrededor del vehículo. En el portón mi acompañante metió su mano entre los barrotes logrando abrirlo con un ligero manipuleo.

—Yo instalé este portón así es que lo conozco —explicó, y entramos.

Un gran silencio extraño a Madrid ocupaba la frescura del aire aseado por el verde de los árboles. Un diminuto pabellón apareció tras un recodo del sendero: la casa de la bruja del bosque, la cabaña de mazapán, la habitación de la familia de osos, de los siete enanitos, espacio de tantos sueños y terrores infantiles. Pero era sobre todo la meticulosa locura de un ebanista Victoriano, de maderitas recortadas como encaje, de perillas torneadas, de torrecitas y almenas cuyo fabricante jamás tuvo la pretensión de que se confundieran con la realidad sino que fueran un comentario sobre ella. La luz del porche organizaba marcialmente las sombras de los troncos del sendero, platinando el celeste de los plumbagos. Otra luz, en una de las ventanas de atrás, también estaba encendida, acaso secretamente.

—Está atendiendo —murmuró Horacio Carlos. Nos sentamos en un escaño disimulado en una oquedad de matorrales, desde donde veíamos el porche—. Trabaja demasiado para su edad y se cansa. Esperemos un rato.

—¿Cuánto?

—No sé. Un buen rato. El auto es de Melisanda Verdugo. Usted la conoce, la famosa anunciadora del tiempo en la tele. Siempre está con problemas terribles y se queda y se queda, porque a la Zonga le encanta hablar de esas cosas. Dígame...

Su pregunta para cambiar el rumbo de la conversación quedó suspendida en el aire y después la repitió:

—Dígame...

—¿Qué quiere saber?

—¿Usted, cómo sabe?

—¿Qué?

—Que existen otros Taratuta.

—Sale en los libros. Pueden existir todavía.

—¿Dónde?

—Parece que son judíos rusos de Yelisavetgrad. Después de la revolución, a esa ciudad le cambiaron el nombre por Kirovograd.

—¿Qué revolución?

¡Qué fatiga iba a ser explicarle las cosas desde tan atrás! Este ser era feérico, inmaterial, autocontenido, sus referencias tan escasas que resultaba imposible entablar una conversación o explicación adulta con él. Se puso de pie impetuosamente para partir al instante, sin otro equipaje que su zurrón, como si Yelisavetgrad quedara a la vuelta de la esquina:

—Quiero ir a conocerlos —dijo.

Lo tomé de la mano. Lo hice sentarse otra vez junto a mí. [Tanto que contarle antes que estuviera listo para partir! Comencé tratando de explicarle las dificultades para movilizarse por la Unión Soviética, el dinero, las distancias, los permisos, los salvoconductos requeridos, y sobre todo la posibilidad, casi la seguridad de que su parentela hubiera emigrado en tiempos de los pogroms, o que hubiera sido exterminada en ellos. ¡Que no fuera infantil! Las cosas no se podían realizar tan espontáneamente como él suponía: era necesario estudiar, proyectar su empresa, averiguar, hacer reservas, conseguir apoyo, escribir a las autoridades, quién sabe a qué autoridades... Pero Horacio Carlos no quiso saber nada de todo este tejemaneje. Él era un

Librodot

ser libre, declaró, y hacía lo que quería cuando quería a no ser que la *Zonga* se interpusiera con sus maleficios. Vi que su estilo era acometerlo todo del modo más directo, echándose al hombro su zurrón con un pan y una muda de ropa, y haciendo un gesto con el pulgar al borde de cualquier carretera del mundo estaba seguro que llegaría a cualquier parte, incluso a Ucrania. Su inteligencia rechazaba los cambios en el tiempo y en el espacio, porque parecía habitar el presente y el aquí continuos de la ignorancia que borra todos los matices. ¿Pogroms, revolución, Lenin, Stalin, salvoconductos? Eran palabras ajenas a su vocabulario aprendido entre adolescentes futbolistas de los baldíos de Buenos Aires. ¿Qué es un salvoconducto, me estaba preguntando? ¿Cómo podía saberlo, sentirlo, si nadie jamás le dio a leer MIGUEL STROGOFF cuando niño? ¿Qué es un pogrom? En las revistas que ocasionalmente hojeaba y en las horas transcurridas ante cualquier televisor se interesó más por el karate, por los extraterrestres y por los horóscopos, que por Siberia y por los capítulos brutales de la historia de donde habían brotado sus propias circunstancias. Lo vi inquieto, rispido, inmanejable. Ahora, nada de lo que sabía y no sabía le bastaba. En silencio frente a mí, rumiando su hipotético viaje, era evidente que esperaba algo, quizás la partida de Melisanda Verdugo, para arremeter contra la Zonga y tirarle mi carta a la cara a modo de despedida. Es posible también que esperara mis explicaciones para configurar un plan que le allanara el camino. En la palidez de su rostro, sin embargo, más plateado que los plumbagos bajo los que descansábamos, vi una certeza empecinada, ciega, que tenía la forma de una necesidad tiránica de partir ahora mismo en busca de su tribu. Lo habían dejado afuera, en la inclemencia de no pertenecer a nada, infantil con su ropa demasiado holgada, perplejo ante su falta de pares, sin padre para parecérsele o no parecérsele, en todo caso para que su fantasía tuviera ese punto de referencia. Se me apretó el corazón de piedad ante el aislamiento de este muchacho aquejado de un mal tan simple como la necesidad de que alguien le dijera: ven, eres de los nuestros. ¿Pero quién podía decírselo? No yo, por cierto, aunque podía inventarle una imagen hacia la cual ir: por lo menos para eso sirven los novelistas. ¿No sentía que se estaba haciendo mía la necesidad de Horacio Carlos, transformándome en mago cuyas palabras le proporcionarían la espada y le señalarían la ruta y el dragón y el castillo cuya conquista le daría derecho tanto a la princesa como a un lugar entre los suyos? El papel de mago, de pronto, me apeteció: la arrogancia de un escritor puede nacerlo desafiar dragones y obrar prodigios, y la desorientación de este muchacho condenado a vivir una historia sin comienzo me conmovía.

No sólo me conmovía. Desde las páginas expurgadas de la biografía de Lenin de Gerard Walter, una figura había venido postulándose como héroe, yo no sabía héroe de qué, pero esa figura avanzaba hacia nosotros desde antes que yo supiera de las ansiedades de Horacio Carlos. Ahora, sin embargo, con un destello de barbas y melena coloradas, la función de Viktor Taratuta se me aclaró: esta función, lo supe al fin, era la de acoger a Horacio Carlos y decirle: ¡ven! quedó trunca, no sólo porque es en su esencia fragmentaria, sin más comienzo que el sitio por donde parece posible abordarla, y sin otro final que una serie de conjeturas, sino porque Horacio Carlos desapareció a consecuencia del incidente con la Zonga. Así, jamás he tenido ocasión para contar el cuento completo. Es decir, de reconstituirlo para mi propia satisfacción de modo que por lo menos concrete las líneas generales de un relato.

¿Cómo concretarlas, si ni siquiera está claro, por ejemplo, cuántas veces y con quién se casó Taratuta, y si se casó, cuál de estos matrimonios fue válido? No se sabe cómo fueron sus manejos de la herencia de Nicolás Schmidt ni si fue o no expulsado del partido bolchevique. ¿Lo reincorporaron después? ¿O jamás tuvo dificultades en ese sentido? Nadie logra ponerse de acuerdo sobre la fecha en que Taratuta viajó a París con Elizaveta y si viajaron juntos..., ni siquiera está claro si todo este asunto sucedió en París, donde yo he elegido desarrollarlo no sólo porque es muy probable, sino porque me gusta que así sea. ¿Por qué se agitaron Lenin y Krupskaya como padres de una virgen casadera, en busca de un novio que no presentara dificultades afectivas ni financieras a la hora del matrimonio, que debía ser pura formalidad, parte de una estrategia para financiar las publicaciones de Lenin y allanar el camino de la

revolución? Por fin lograron desenterrar al viejo Ignatiev, leal y con todos sus papeles en regla, antiguo técnico en «expropiaciones» antes que los bolcheviques prohibieran esta práctica en la Conferencia de Londres de 1907. Todo esto tiene aire de «petit piéce», actuada por personajes caracterizados con pelucas de algodón teñido y maquillaje de carboncillo y albayalde.

Existió un Taratuta real nacido en Yelisavetgrad en 1881. Fue arrestado por primera vez a los diecisiete años al encontrarlo en posesión de explosivos: probablemente fue el mismo personaje detenido en 1903 en Crimea y condenado al destierro en Siberia durante cuatro años. Logró fugarse un año después y fue capturado en Bakú en 1905. La amnistía del mismo año lo perdonó. Al parecer tuvo dos hermanas —de las que no sabemos nada— y un hermano, Hersh, que, aunque a su manera fue tan inescrupuloso como Viktor, tiene sólo el papel secundario de factótum financiero en esta historia.

A una edad muy temprana Viktor se casó con Olga Rubinskaya, anarquista notablemente fea seis años mayor que él —su fealdad es de los escasos datos de ella que sobreviven después de casi un siglo, así es que esta característica debió ser verdaderamente notable—, terrorista y experta en la fabricación de explosivos.

Propongo la escena de una mujer mayor y poco agraciada esperando a un adolescente a la puerta de su escuela. Llevándoselo a los aledaños de la pequeña capital de provincia para enseñarle a jugar con pólvora, lo instruye en la mezcla de nitroglicerina con tripoli, o de nitroglicerina con nitrocelulosa y fulminato de mercurio, liándolo todo, o quizás metiéndolo dentro de una botella —no estoy seguro de cómo estaba compuesto el equivalente de una bomba molotov en esos tiempos—, para formar un objeto que, lanzado ante un tren o bajo un puente, lo hacía saltar envuelto en llamas. Hay sólo un paso de estas instrucciones a la temblorosa seducción crepuscular del cuerpo del adolescente dispuesto a cualquier desahogo mientras tumbado junto a la mujer entre los carrizos, acechan, con el corazón latiéndoles, el momento propicio para el estallido. Ella, ganosa, con poco que esperar de la vida por su jeta de dogo y su cuerpo de costal, arrastró al joven Taratuta de la acción terrorista al ardor de sus brazos.

¿Matrimonio? ¿Cómo habría de casarse un chiquillo de diecisiete años? Quizás matrimonio no sea la palabra justa en este caso. Pero no hay que descartar la posibilidad de que Olga, urgida por las ilusiones de la soledad y de su pasión por su lucido discípulo se las haya arreglado para encontrar algún taimado recurso que les procurara los codiciados papeles de un matrimonio legalmente válido. Esta unión —además de darle dos hijos a Taratuta de los cuales parece haber sido un padre tan olvidadizo como el de Horacio Carlos lo fue de él, y su abuelo de éste— se mantuvo como un vínculo legal que llegó a pesarle.

La vida consistía en pequeños cónclaves de amigos y parientes, algunos de ellos Taratuta, todos anarquistas, todos terroristas, todos revolucionarios y con las puertas y ventanas apretadas contra los espías de la Okhrana y el frío, se completaba, se leía, se escribía, se proyectaban operativos para desestabilizar el orden. Pero esta gente sucia y barbada también amaba, procreando una nueva generación hambrienta y dispuesta a todo, que nació, por decirlo así, con la bomba en la mano. De estos chiquillos, de todo este mundo de Taratutas juramentados con el terror, debió descender el Taratuta que por razones que no conocemos pasó a la República Argentina y abandonó su semilla en un arrabal de Buenos Aires: a la vuelta de casi un siglo, en la penumbra de un parque de Madrid, su manso retoño escuchaba boquiabierto la historia de quiénes fueron, y de quién podía ser él.

Horacio Carlos —se me olvida llamarlo por su apodo orientalista porque siento que Tahoca le calza tan poco— despertó de repente, con aire de asombro al oírme decir que Viktor fue secretario de la Organización Bolchevique de Moscú en los años 1906 y 1907. Era evidente que, pese a no tener idea de lo que era un bolchevique, lo impresionó el rango:

—¿Lo nombran en muchos libros?

—Sí..., tuvo un papel un poco...

—¿En qué mes nació?

Librodot

—No tengo idea.

—Seguro que en julio.

—¿Por qué?

—Debe haber sido Leo.

—¿Por qué?

—Por su don de mando. Los Leo son autoritarios y escalan posiciones de influencia. Por eso Viktor Taratuta llegó a ser un protagonista de la historia, como decía mi profesora...

Callé el hecho de que el protagonismo de Viktor Taratuta fue por lo menos discutible. Pude asegurarle, en cambio, que este hombre llegó a manejar cierto poder gracias a que en esos años moscovitas no perdió el tiempo en frivolidades y le dejó el trabajo sucio de la revolución a otros: se cree que fue entonces que se dedicó a enamorar y se hizo amante de la joven heredera de los millones de Nicolás Schmidt.

¿Cómo imaginarse a una muchachita «menor de edad», como dicen los tratadistas, perteneciente a la más opulenta burguesía intelectual de su tiempo,, relacionada con la nobleza y la «intelligentsia», que se engancha en el partido bolchevique y se deja seducir por Taratuta, de origen oscuro y diez años mayor que ella?

A primera vista la relación parece imposible. Pero no debemos olvidar que antes de 1917 un crecido número de personas pertenecientes a la burguesía y a la clase terrateniente, eran fervorosos partidarios de la revolución y la ayudaron con fondos, con trabajo y con diversas formas de amparo. No quedan —o no he tenido la fortuna de que caigan en mis manos aunque me imagino que existen en archivos de universidades norteamericanas— fotografías de Elizaveta Schmidt, para así ponerle un rostro a esta adolescente. ¿Una graciosa y apasionada Natasha Rostov, según está descrita por Tolstoy? ¿O el ideal de belleza rusa tantas veces repetido por Dostoyewski, viriloide, de pesada cabellera negra y con un ligero bozo?

El hecho es que en 1907 Elizaveta cayó enredada por Taratuta, que con su barba roja y sus vehemencias trastornó su cabecita, fertilizando las ideas revolucionarias que la chiquilla había oído discutir en los salones de su casa. Las hizo florecer con un apasionamiento que barrió con todos sus prejuicios, entregándose al amor de Taratuta, que a los veintiséis años conocía los secretos de estos combates: Elizabetha era «viande de plaisir» como solían decir los cínicos de estos tiempos, cuya sensualidad Taratuta habría estimulado como trampa para ella y como instrumento coercitivo manejado por él.

Pero Elizaveta puede no haber sido así. Puede, en cambio, haber sido una adolescente estudiosa, indómita y exaltada, herida por la muerte de su admirado hermano mayor, Nicolás, torturado por los carceleros zaristas. La solución que le ofreció Taratuta a su rencor, en la forma de una lucha que hiciera tambalear el trono ruso culpable de tantas desgracias familiares y sociales, debe haber comprometido todos sus sentimientos. Pero Elizaveta Schmidt actúa siempre como una sombra de Taratuta: delicados pasos de botines de cabritilla tras la imponente figura del terrorista transformado en financista.

VII

—TIENE QUE HABER sido muy linda. Muy sensual — comentó Horacio Carlos.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, los Leo generalmente se casan con Géminis y las Géminis son famosas por lo sensuales: Madonna, Lola Flores, Susana Jiménez... ¿Tuvieron muchos hijos?

—Dos. Usaron el apellido Kammerer. En el momento de huir de París, si es que huyeron y no «se fueron» sencillamente, Taratuta se las arregló con sus amigos emigrados para que le falsificaran pasaportes donde él y Elizaveta figuraron como legalmente casados, con el apellido de Kammerer. Me imagino que su descendencia debe llevarlo aún.

—¡Ah...! —exclamó desilusionado—. No puedo entender por qué un hombre tan importante como él, el financista de estos bolcheviques, tuvo que huir...

Había emprendido su defensa, y la construcción de un personaje: «el financista de los bolcheviques». Consciente o inconscientemente, ya se había adjudicado una filiación que lo hacía descender de un opulento Kammerer. ¡No sabía aún cuan opulento, ni a costa de qué! Pareció escarbar en su fantasía, arreglarse una ascendencia satisfactoria:

—¿No dice que tuvo dos hijos?

—Claro, los de Olga Rubinskaya.

—Era fea.

—Pero una ardiente revolucionaria. Me imagino que sus hijos se quedarían en los alrededores de Yelisavetgrad. No tengo noticias de ellos, aunque si viajara a la Unión Soviética trataría de informarme. Esos sí que fueron verdaderos Taratutas. Además pienso que puede haber tenido más hijos, después...

—¿Cuándo? ¿Con quién?

—Francamente no te lo puedo decir. Después de la muerte de Elizaveta en San Remo pierdo los rastros de la familia. Viktor no era un hombre de pasar mucho tiempo sin pareja: puedo conjeturar que después tuvo otra mujer y más hijos, en esa parte de su vida que la historia olvidó...

—No creo que se pueda haber casado con otra después de la muerte de una señora como Elizaveta —meditó sentimentalmente Horacio Carlos—. Lo que creo es que esos hijos que usted dice que llevaron el apellido Kammerer, cuando mayores deben haber averiguado que su padre era un hombre fuera de serie, y que a ellos, por derecho, les correspondía Taratuta como apellido. Seguro que reivindicaron su apellido original y si dejaron descendencia llevaron el apellido Taratuta. ¿No le parece?

Callé para no contestarle que me parecía embrollado además de poco probable su razonamiento para atribuirse el apellido, la tribu, y el origen. Tampoco quise discutirle las cualidades con que su fantasía adornaba a sus supuestos antepasados.

Las estrellas ya no lucían sobre los árboles del parquecito. Se alzó un tornillo de viento terroso, presagio de la tempestad que aclararía el aire, disolviendo, era de esperar, todo este enredo en que me había metido a causa de los Taratuta. En todo caso, bonita o fea, sus atributos físicos no deben haber figurado en forma sobresaliente cuando se trató de que Taratuta se enamorara de Elizaveta Schmidt.

Nicolás Schmidt había muerto en 1905. La hermana mayor, Caterina, se había casado con el abogado Andriakanis, que después de la ceremonia decidió que no existía razón legal para entregar su porción de la herencia a nadie. Un tribunal de honor, sin embargo, lo obligó a entregar la mitad de lo adeudado a los bolcheviques, que no tenían intención de dejar caer ni un solo kopek en manos de nadie que no fuera ellos. Necesitaban hasta el último centavo después de la Conferencia de Londres, que al partido le costó 100.000 rublos..., y para qué, si en ella Lenin tomó la palabra 121 veces y en más *de* una ocasión fue abucheado por la concurrencia con gritos de «¡Cállate! ¡No nos trates como a niños! ¡No somos colegiales!»... Se vieron obligados a aceptar la «expropiación» de Andriakanis puesto que la Organización Bolchevique era una entidad clandestina que carecía de recursos legales para reclamar lo

Librodot

suyo.

La otra pareja, que nos concierne y que tiene relación con mi historia del legado Schmidt, comienza a figurar en París en 1909, en la abigarrada comparsa de emigrados rusos que allí se estaban congregando. Si no se habían casado debido al impedimento de Olga Rubinskaya que aún vivía en algún punto de Rusia —la bigamia no hubiera asqueado al pelirrojo, pero bajo la vigilancia de la policía francesa que actuaba de acuerdo con la Okhrana, era aconsejable cuidarse para que no cayeran sobre él las sentencias que lo amenazaban si salía de la clandestinidad—, ciertamente actuaban en público como pareja. ¿O existía un «matrimonio secreto» de Taratuta y Elizaveta, como lo insinúa Krupskaya en sus MEMORIAS, llamando a Elizaveta la «verdadera esposa» de Taratuta? En todo caso, esta muchacha soltera y menor de edad tenía atada a su nombre una fortuna verdaderamente enorme para ese tiempo, de 250.000 rublos, que no podía tocar. Parece justo suponer que poseía además cuantiosos haberes heredados directamente de sus padres, no incluidos en el legado Schmidt, que Taratuta, con la ayuda de su hermano Hersh, colocó fuera del alcance de los ojos bolcheviques.

El 12 de diciembre de 1908, Lenin y Krupskaya, acompañados por la madre de Krupskaya llegaron a París en el tren de Ginebra, con su equipaje de baúles maltrechos y bultos reventados. En la estación misma, Krupskaya se dio cuenta de que parte de su modesta vajilla se había quebrado durante el viaje. Protestó ante los encargados, que no entendieron ni una palabra de su macarrónico francés y le dieron vuelta la espalda.

—Tengo la impresión de haber venido a encerrarme en una tumba —exclamó Lenin al bajar del tren, contemplando la plateada lluvia parisina.

Debe haber sido sólo una primera impresión, suscitada por las depresivas contrariedades de los meses anteriores: su fracaso en la Conferencia de Londres, su fuga a esconderse en Finlandia donde se enfermó, y su huida a pie por los hielos del Báltico hasta llegar a Suecia acosado por la policía. Después de mucho llegó a Berlín y siguió a Ginebra. Pobre, perseguido y derrotado además de enfermo, se instaló en Suiza. Pero terminaron por trasladarse a París.

Es de suponer que pronto se desvaneció su lúgubre primera impresión de París porque en ésta, la más prolongada de las quince visitas que en su vida hizo, llegó a ser su ciudad predilecta, la capital de la inteligencia y la discusión, y la cuna de las revoluciones. La tranquilidad para el estudio y para las amistades la transformaron en lo contrario de una tumba: el París de esos años fue el escenario de la única pasión amorosa de la vida de Lenin. Pero su idilio con la bella revolucionaria Inessa Armad, con sus lindos ojos castaños y su habilidad para tocar la APASSIONATA en el piano, no pertenece a la historia que estoy contando.

Lenin y su familia se instalaron en un departamento del 24 Rué Beaunier, en un tranquilo barrio burgués vecino al Parque Montsouris. Los espejos sobre las chimeneas estimularon brevemente la modesta dosis de romanticismo de Krupskaya. Desembalaron y ordenaron los enseres transportados desde Ginebra, catres de fierro, algún sillón raído, cajones acomodados como asientos, repisas improvisadas con planchas de madera, la mesa cubierta con hule negro donde trabajaba Lenin, ambiente pobre, desmantelado, transitorio como carpa de gitanos, sin ninguna aspiración a la gracia. Pero poco a poco, como siempre, se fue organizando alrededor de Lenin una atareada aunque plácida vida de actividad femenina destinada a proporcionarle un adecuado ambiente de trabajo y las pocas comodidades que este asceta necesitaba para que su pensamiento y su pluma no tropezaran con inconvenientes inútiles.

Al principio hacían una vida muy aislada. Pero al cabo de un tiempo la presencia *de* Lenin en París atrajo a una nube de rusos, estudiantes melenudos, terroristas rechazados de todos los trabajos, revolucionarios dispuestos a cualquier subversión, conspiradores, sicarios de la Okhrama o de los bolcheviques, gente que anhelaba el cambio, que amaba a la clase obrera, desarrapados, chúcaros, vociferantes, miembros de facciones irreconciliables de la

Librodot

Social Democracia. La abigarrada noche parisina, animada por los tranvías atestados y por las farolas de gas de los bulevares, se pobló de figuras sombrías bajo chambergos o chabkas, de humo de pipas, de fetidez de piel mal curtida, de voces retumbantes y palabras incomprensibles que acompañaban —en algún rincón de café, ya tarde por la noche, agotado el vodka y las rencillas— la brillante nostalgia de una balalaika. Esos hombres que un minuto antes hablaban de falsificar pasaportes, cruzar fronteras disfrazados de monje, dejaban deslizarse una lágrima por sus hirsutos pómulos tártaros.

Krupskaya dice en sus MEMORIAS:

**Los emigrados políticos rusos estaban llegando en bandadas a París de todas partes de Europa. Ahora Lenin rara vez permanecía en casa. Nuestra gente se pasaba el tiempo sentada en los cafés hasta muy tarde por la noche. Taratuta era un gran aficionado a la vida de café y poco apoco los demás rusos que iban llegando fueron adquiriendo sus mismos hábitos...»*

¿No se advierte una nota de reproche personal en este párrafo de Krupskaya —que proyecta todo el ambiente de una época y esboza apenas, pero suficientemente, la personalidad de Taratuta—, más allá de desaprobar la pérdida de tiempo para los trabajos de la revolución en que incurrían estos «flaneurs»? ¿O la inquietaba, tan secretamente, que durante toda su vida no dejó ningún testimonio que lo pruebe, que desde un rincón de café los famosos ojos castaños de Inessa Armand estuvieran admirando a Lenin mientras en su casa ella *se* quedaba descifrando códigos o cifrando proclamas para enviar a los obreros rusos? ¿Culpaba a Taratuta por impulsar toda esta frivolidad? Instalado en la penumbra de su café de la Avenue d'Orleans, Taratuta no sólo bebía su copa de ajenjo flotando entre las coronas de humo perfumado de su puro, sino, cuando se le soltaba la lengua con el alcohol, deliraba sobre fantásticos negocios en la Bolsa. Lo que probablemente, se decía, explicaba la nueva riqueza de sus atuendos y lo manirroto para invitar a rueda tras rueda de copas. A estas alturas ya no era secreto para nadie que Taratuta especulaba en la Bolsa, aunque los más ingenuos creían que era con el fin de acrecentar los dineros bolcheviques, de cuyo Centro era tesorero. Pero a Lenin no lo engañaban. A un amigo, celoso de la moralidad del partido, le contestó cuando le hizo llegar una carta protestando por la probable conducta de Taratuta:

*—*El Centro Bolchevique no es un internado para señoritas. La revolución no se puede hacer con guantes blancos. Un sinvergüenza puede ser útil justamente por ser sinvergüenza. Lo mejor de Taratuta es que nada lo repele. Dígame francamente, ¿usted viviría del dinero de su esposa, heredera de un rico industrial? ¡No! ¡Ni yo tampoco! No podría sobreponerme a mi desagrado. Pero Taratuta lo hace y con eso ayuda las finanzas del partido. ¡Es irreemplazable!'*

Estas palabras del sagaz Lenin indican que seguramente estaba al tanto de los manejos de su tesorero con la herencia de Elizaveta, y de que el relativo boato burgués con que se había aficionado a vivir provenía de la fortuna del industrial Schmidt. Lenin había cumplido cuarenta años en París: era un hombre enfermizo, inapetente, torturado por el insomnio y los dolores de cabeza. Sin embargo los rusos harapientos que hasta tarde entraban y salían de su departamento se disputaban cada una de sus palabras, y la policía francesa oculta en los portales de las casas de enfrente daba cuenta a la Okhrana de todos los nombres. En los cafés, algunos melenudos llegaban a pelearse por él, o en contra de él, porque la violencia *de* las discusiones era la salsa de la vida: cuestionaban a Gorki, que se acababa de negar a escribir para el siguiente número de PROLETARI, o acusaban a Bogdanov por pelearse con Lenin a raíz de haber declarado: «Dios no existe, pero lo construiremos como un ser social por medio de los esfuerzos colectivos de la humanidad». «La metafísica no tiene nada que ver con la revolución», le contestó Lenin, desautorizándolo.

Antes de este distanciamiento, había sido tan grande la admiración que Bogdanov le profesaba a Lenin, que escribió una novela, ESTRELLA ROJA, curioso antecedente, si se le mira desde la óptica de hoy, de la ciencia ficción política. Es verdad que su tono panfletario causa risa por su ingenuidad sicofante. En esta novela Bogdanov pinta la vida en el Planeta Marte —el planeta rojo, acotó mi amigo Horacio Carlos, que parecía más al tanto de las estrellas que de las revoluciones—, regido por una ciencia universal de la organización basada en las

Librodot

matemáticas. En ESTRELLA ROJA, Bogdanov habla del socialismo perfecto, con ciudadanos y organización impecables, del Planeta Marte. Los marcianos, con el fin de predicar e implementar su socialismo en la Tierra, debían robarse a un terrícola y llevárselo para indoctrinarlo en el planeta rojo. A su regreso a la Tierra, el neófito debía enseñar los secretos de la perfección del socialismo marciano para que los terrícolas lo imitaran. Era muy difícil encontrar a la persona apropiada, que debía reunir por lo menos estas tres características: ser ruso, ser social demócrata, y ser bolchevique. «¿Por qué no nos robarnos a Lenin?» sugieren los marcianos. Pero prefirieron no llevárselo porque su ausencia de la Tierra podía causar demasiadas injusticias en este planeta, que eran mantenidas a raya por su presencia.

—¿Por qué los marcianos no se robaron a Taratuta, entonces...?

Los comensales del café donde se estaban discutiendo este y otros temas relacionados con la revolución del proletariado, soltaron una carcajada: conocían demasiado bien las bombas de aire que eran los sermones ideológicos del elegante tesorero de los bolcheviques, tanto a propósito del futuro de la clase obrera como de sus propias proezas.

La nube de proscritos que andaban al garete por París no hablaban de otra cosa que de la revolución, obsesivos, ariscos, dispuestos a emborracharse hasta el fin, disputándose las piltrafas del último chisme llegado de Moscú. Comparado con la placidez suiza y con la indolente sensualidad italiana que conoció en su visita a Gorki, retirado en Capri, París le parecía a Lenin una ciudad hecha de puro nervio y músculo, el centro más adecuado para la acción revolucionaria. Su vida no presentaba características llamativas: era un ruso más, de apariencia más bien modesta y de salud delicada, que salía en bicicleta en la mañana para dirigirse a la sala de lectura de la Bibliothéque Nationale. Allí pasaba los días escribiendo y leyendo, completando un libro que pensaba que llegaría a tener un gran alcance: MATERIALISMO Y EMPIRISMO CRÍTICO. Amaba sobre todo su bicicleta. En los días de sol la sacaba a la acera y, en mangas de camisa, la limpiaba y la aceitaba. A pesar de esta simple distracción, era abrupto y desesperado, siempre a punto de caer víctima de su propia pasión descontrolada. De la Bibliothéque Nationale, regresaba en la tarde al discreto departamento que ocupaba con su familia. De vez en cuando, en la noche iba al cine con Krupskaya para hacer un breve interludio recreativo. Se dice que prefería las películas de un joven cómico inglés llamado Charlie Chaplin, a quien celebraba mucho. Pero su disfrute, como todo en él, no era simple: necesitaba justificaciones, explicaciones, razones. Puede ser de Chaplin, o de otro cómico entonces de moda, de quien Lenin observó:

—«Expresa una actitud escéptica o satírica hacia lo convencional, e intenta dar vuelta al revés todo lo que comunmente es aceptado, desfigurándolo con el fin de demostrar la ausencia de lógica en nuestros hábitos diarios. ¡Complicado pero interesante!»

Lenin rara vez se quedaba hasta el final de una función cinematográfica. Con Krupskaya, salían antes de que terminara, para volver a encerrarse en su estudio, inclinado sobre su mesa de hule negro y sus libros que al fin y al cabo era el único sitio donde podía luchar cuerpo a cuerpo consigo mismo sin destruirse. Un día recibió una tarjeta postal de una amiga con una reproducción de la GIOCONDA. Le contestó al instante:

—"No entiendo tu GIOCONDA. Ni el rostro ni el vestido me dicen nada. Creo que existe una ópera de ese nombre y una novela de d'Annunzio. Simplemente no comprendo nada de todo esto que me has mandado. No olvides escribirme explicándomelo».

Me atreví a comentarle a Horacio Carlos, un poco nostálgico por mi familiaridad con tanta información que los años habían llegado a transformar en «trivia», que los hombres que entonces «conducían el destino de los pueblos» como dicen los periódicos, igual que los economistas/estadistas/empresarios de hoy en nuestros países, parecían desdeñar cuadros, óperas, novelas si no se trataba de obras «útiles» porque incidían en los procesos históricos, y sobre todo si no era posible reducirlas inmediatamente a lo racional. No aceptaban que muchas de estas obras, misteriosas, soslayadas, apenas traslúcidas, pueden ser la cristalización más visionaria de los deslumbramientos de la cultura. Cavilé —con una amargura que mi compañero pareció no sentir porque se distrajo vigilando el pabellón iluminado de la Zonga—

Librodot

sobre mi propio trabajo de novelista, sobre esta historia imperiosa que no puedo dejar de escribir aunque no estoy seguro para qué «sirve» ni por qué lo hago y pese a que sé que su débil vocación de eternidad alcanzará a lo sumo un par de decenios antes de transformarse también en «trivia». ¿Para qué tanto afán si son las desalmadas actividades relacionadas con el poder las que ahora lo suplantan todo, proponiéndose a la fantasía como la opción más enloquecedoramente seductora?

—¡No, señor! ¡Cómo se le ocurre! —exclamó Horacio Carlos y mi corazón se inflamó de agradecimiento, sin adivinar en qué parte de mi inspirado discursito mí amigo había conectado su humanidad.

No deja de ser curioso considerar que en 1910, mientras meditaba la revolución, Lenin, visionario, omnívoro, obsesivo, debió haber recibido algún sibilino mensaje de la tarjeta de la GIOCONDA, para él racionalmente incomprensible: al poco tiempo requirió a su corresponsal que justificara el haberle enviado justamente esa tarjeta. Le escribió:

—¿Has olvidado tu GIOCONDA? Dijiste que me la explicarías. Pero a pesar de mis repetidas exigencias en ese sentido no lo has hecho. Escríbeme y no te olvides de esto.

Librodot

VIII

UNA TARDE, DÍAS después del matrimonio de Elizaveta con Ignatiev —Lenin y Krupskaya se decidieron por este candidato tras largos conciliábulos, no se fuera a repetir el fiasco del matrimonio de Caterina—, Lenin regresó cansado después de una jornada de trabajo excepcionalmente productiva en la Bibliothéque Nationale. Lo sorprendió encontrar al conserje de su edificio esperándole en la puerta. Con un respeto poco frecuente, este altivo personaje precedió a Lenin escaleras arriba haciéndole venias y llamándolo:

—¡Excellence!

Al entrar en su departamento Lenin le preguntó al círculo familiar reunido en la sala, qué diablos de bicho podía haber picado al conserje. En torno a la chimenea cuchicheaban Krupskaya y su madre, y Taratuta e Ignatiev, mientras Elizaveta, pensativa, bordaba como sólo saben hacerlo las señoritas de buena familia. Creyó que los cuchicheos eran provocados por alguno de los pequeños trastornos caseros que Krupskaya solía evitarle. Claro que esa misma mañana Krupskaya lo siguió a la calle, echándole en cara mientras Lenin preparaba su bicicleta, que había tenido que cruzar medio París en dos ocasiones para ir a la Compañía de Gas con el fin de explicarles que era urgente conectar el departamento de la Rué Beaunier para que la familia no muriera de frío.

—¿Qué quieres? ¿Que te acompañe a la Compañía de Gas? ¿Para qué, si mi francés es tan incomprensible como el tuyo?

Sin lograr que Lenin alterara su horario de trabajo, Krupskaya lo vio montar en su bicicleta y alejarse rumbo a la Bibliothéque Nationale, mientras ella trepaba la escalera a terminar una traducción para el partido antes de preparar su tercer viaje a la Compañía de Gas. Allí le dijeron que era imposible conectarle el gas sin ser avalada por el conserje del edificio. Regresó agotada, vencida, con el abrigo pesado con la lluvia de la tarde. Ahora mismo, sentada sobre un cajón, tenía los pies sumidos hasta el tobillo en una palangana de agua caliente con mostaza que según su madre era santo remedio para los resfríos. Taratuta, entretanto, con la mirada perdida en otra parte, se acodaba en la repisa de la chimenea, donde el espejo devolvía su espectacular perfil de pajarraco bajo el ala del chambergo. Ignatiev, de bigote amarillento y dientes ruinosos de nicotina, entreabría la cortina para atisbar, como un villano de sainete, la marquesina del cine de enfrente y el gentío que bajo el gas de la calle volvía de prisa hacia sus casas protegido por sus paraguas.

—¿Qué pasa? —preguntó Lenin.

—Nada... —contestaron algunas voces.

Mientras le servía una taza de té, la madre de Krupskaya le explicó que cuando su hija le pidió al conserje que subiera para concretar lo necesario para arreglarse con la Compañía de Gas, quedó tan escandalizado con la pobreza del menaje, las sillas rengas, el sillón destripado, la carencia de adornos mínimos, que puso el grito en el cielo diciendo que se negaba a avalar a gente que vivía como gitanos, que seguramente no iban a ser capaces de pagar ni el gas, ni el alquiler del mes siguiente, por lo que él era directamente responsable ante el propietario. ¿Quién podía creer en la honradez de una familia Ulianov «quelconque», por cuya puerta desfilaba una farándula de patibularios que tenían nerviosísima a la gente decente que vivía en los demás departamentos? Lo que es él, no avalaba a nadie hasta dar cuenta a la policía de este asunto, y para allá partía ahora mismo. En cuanto salió el conserje, Taratuta, poniéndose su gabán desapareció a toda carrera en dirección contraria, diciéndoles a las mujeres.

—¡Esperen! ¡Ya vuelvo!

A su regreso, veinte minutos después, Taratuta encontró a la policía interrogando a la familia. Permitió que la desaforada verba de los franceses se atropellara durante un rato. Pero al ver que el policía tomaba a Elizaveta del codo sin miramientos, se adelantó, arrebatándosela de un tirón.

—¡Cuidado, Taratuta! —exclamó Krupskaya.

—¡Lea esto! —gritó el pelirrojo agitando los documentos que traía ante la nariz del

Librodot

gendarme—. ¡Lea esto para que sepa con qué clase de familia tiene el honor de tratar!

El gendarme y el conserje fueron palideciendo a medida que leían el estado de cuenta fechado esa semana, del CREDIT LYONNAIS, que Taratuta había ido a traer de su casa en el edificio recién construido en la calle perpendicular a la Rué Beaunier. Este papel certificaba que M. Vladimir Ulianov, «gentilhomme russe», tenía a su favor un saldo de cerca de un cuarto de millón de francos. ¿Para qué explicarles que se trataba del dinero de los peligrosos bolcheviques, de donativos recientes, de la parte del legado Schmidt depositada a la fuerza por el marido de Caterina, de las cantidades que Elizaveta, señora de Ignatiev, ya había comenzado a transferir a esa cuenta? Las autoridades, explicó la madre de Krupskaya riendo, con la taza de té trepidante sobre el platillo que sostenía, se retiraron haciendo venias y exclamando:

—¡Excellences..., excellences...!

Seguramente ya no volverían a molestarlos.

Lenin se rió con la historia. Preguntó:

—¿Cuándo haremos el traspaso del resto del dinero, Elizaveta? Si mis cuentas no me engañan, todavía falta más de la mitad.

—Esa es la mitad que está en valores. Mi hermano dice que por ahora la bolsa está muy baja, aunque estima que muy pronto debe subir. Dice que no conviene mover nada de lo que está a nombre de Elizaveta hasta dentro de unas semanas, cuando las cosas se estabilicen. Sería absurdo perder miles de francos por atolondrados. Al fin y al cabo todo lo de Elizaveta pertenece al partido —replicó Taratuta.

Elizaveta sonrió al oírlo. Tosió un poquito, y volvió a inclinarse sobre el bordado. Lenin le dijo:

—Quiero reunirme con Hersh y contigo, Elizaveta, para finiquitar de una vez por todo el asunto del legado, que ya me tiene aburrido. Supongo que Ignatiev también tendrá que estar presente en nuestra reunión.

—Sí. Hersh me dijo que es necesaria la presencia del marido legal.

Lenin dejó su taza vacía encima de la mesa, dio las buenas noches con una pequeña venia y entró en su despacho donde se encerró a iniciar el trabajo nocturno que lo mantenía sereno durante las horas del insomnio. Las mujeres se quedaron hablando muy bajo para no molestarlo con el rumor de sus comentarios.

Ignatiev, cojeando, abandonó su rincón junto a la cortina, acercándose a Taratuta para murmurarle algo al oído. Escuchándolo, el pelirrojo movía su cabeza negativamente, haciendo, por fin, un gesto de rechazo con la mano. Lenin, envuelto en bufandas y chalecos, salió de su escritorio para pedirle otra taza de té a su suegra, que administraba el samovar. Segura señal de que se está resfriando, pensó Krupskaya: ¡esta segunda taza hará más difícil su sueño cuando quiera descansar! No dijo nada para no perturbarlo. Lenin, al tomar el platillo, afirmó:

—Algo pasa.

—No, nada —respondió Ignatiev, retrayéndose como un molusco. Un minuto más tarde, entonado después de despachar su taza de té hirviendo, se acercó a Lenin: —Estaba preguntándole al compañero Taratuta si sería posible. .., bueno, como reconocimiento por mi participación en esta boda de la que no intento aprovecharme..., pero pensaba, digo, tal vez..., que tal vez: Taratuta lograría convencer a la compañera Elizaveta que aceptara una invitación mía..., para ir al cine..., aquí al frente. Es bien poca cosa. ¿Cómo va a ser posible que eL marido no reciba una mínima compensación por este trámite nupcial tan importante para el partido?

—¿Qué dices, Elizaveta? —le preguntó Lenin—. ¿La delicadeza de tus gustos burgueses te permitirá aceptar este insignificante sacrificio por el bien de todos y así tranquilizar a Ignatiev? Mira que se podría presentar a nuestra reunión en el banco y echar por tierra todos los planes.

Elizaveta corrió a refugiarse en el gran abrazo de Taratuta. Ambos sabían el peligro que

entrañaría una repentina, aunque poco probable, jugarreta de Ignatiev, que tenía poder sobre los papeles de la transferencia de lo que quedaba del legado. Elizaveta dijo desde su refugio:

—Accedí al matrimonio con Ignatiev siempre que fuera sin condiciones. No quiero ir al cine.

Elizaveta sollozaba en los brazos de Taratuta. La gente reunida se miró con ojos intranquilos. En vista de que las cuentas bancarias habían crecido inmensamente con las especulaciones suyas y de Hersh y no quería arriesgarse a la curiosidad de Lenin que podía ponerlo todo en peligro, Taratuta la consolaba mientras le sonreía a Ignatiev, tramando una solución: algunos pequeños sacrificios, desde luego, iban a ser necesarios.

—Todo esto me parece una soberana estupidez — exclamó Lenin y salió del salón dando un portazo.

Se quedaron discutiendo qué cosa, según Lenin, era la soberana estupidez. ¿Que Ignatiev se empecinara en llevar a Elizaveta al cine? ¿Que ella se negara? ¿Que Ignatiev apareciera poniendo dificultades en el banco? ¿Que la madre de Krupskaya, que no entendía ni los más elementales principios de estrategia, alegara que estaba muy bien que Elizaveta no fuera al cine con Ignatiev porque su compromiso verdadero estaba con otro? Krupskaya, echándole otra jarra de agua caliente a la palangana donde tenía sumidos los pies, no dejaba de cuchichear en el oído de Elizaveta. Con los ojos vidriados por el llanto que retenían, miró a Taratuta cifrando su pregunta en ese lenguaje mudo con que suelen entenderse los seres entre los que existe pasión. Cuando vio el ligero gesto de asentimiento de Taratuta, que había vuelto a calarse el chambergo y acodarse en la chimenea, Elizaveta se levantó. Se acercó al espejo para ponerse su sombrero que parecía una enorme boñiga de terciopelo y lo atravesó, para fijarlo a su peinado, con la estocada rabiosa de un larguísimo alfiler rematado con un escarabajo de azabache. Ignatiev se adelantó al ver que las cosas iban saliendo a su gusto. Tomando del brazo a su esposa que, con el ceño fruncido, no se despidió de nadie porque era como si los odiara a todos, salieron de la habitación, dejando al grupo completamente mudo hasta que Taratuta concluyó:

—(Todo sea por la revolución!

No pasó más de media hora sin que, después de unos golpecitos en la puerta, reapareciera Elizaveta, con la boñiga de terciopelo en la mano y su peinado llovido y deshecho. Todos se arremolinaron alrededor de la llorosa heroína, que confesó haber agredido a Ignatiev con su alfiler de sombrero en la oscuridad de la sala de espectáculos cuando el viejo colocó su mano con intenciones cochinas sobre su rodilla.

—¿No vas a matarlo? —exigió Elizaveta a Taratuta, completamente descompuesta, amenazando con el alfiler a su amante, que retrocedió—. ¿Dónde está tu honor?

—No sé de mi honor. Mas bien sé de mi humor — contestó riendo nervioso.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo —con la intervención de Lenin que al oír la discusión salió de su despacho—, tratando de aclararse respecto a si el honor, en este sentido, era o no una categoría pequeño-burguesa. Llegaron a determinar que en realidad no había sucedido nada. La pequeña ira de Elizaveta no era más que un resabio de prejuicios enemigos de la revolución, a la cual serviría sobre todo quedándose callada, sin atraer sobre ellos el interés de la Okhrana. Ya se vería qué pasaba en la reunión del banco.

—Si no aparece Ignatiev, yo sé imitar su firma —dijo Taratuta.

Lenin no oyó esto porque estaba declarando que Elizaveta, al volver con Taratuta, reafirmaría el hecho de que su matrimonio con Ignatiev no fue más que un trámite desagradable, pero seguramente menos desagradable que la suerte que debían encarar a diario las heroínas anónimas de la clase obrera. Al salir, Lenin se detuvo ante la mesa, de donde tomó el alfiler de sombrero de Elizaveta. Examinándolo atentamente durante un segundo preguntó:

—¿Y este adminículo, para qué sirve?

Cuando le ofrecieron una explicación, dio un bufido desdeñoso. Descompuesto de rabia clavó con una estocada enfática el alfiler en un pan que había sobre la mesa: hasta después

que salió, el escarabajo quedó vibrando en la punta del alfiler, como esperando que se aclarara la atmósfera para aterrizar sobre la corteza del pan horneado por la madre de Krupskaya.

Librodot

IX

NO RECUERDO EN qué punto de mi narración —puede ser durante el equivalente oral de lo que escribí en el capítulo anterior, pero no es imposible que haya sido antes— Horacio Carlos cortó para siempre esta historia. En el largo rato en que la estuve contando, de vez en cuando me interrumpía, no para interrogarme sobre tal o cual persona o circunstancia, o para pedirme que ampliara sus conocimientos acerca de un hecho importante, sino para subrayar mis palabras relativas a Taratuta con un entusiasta «¡Qué tipo macanudo!» o «¡Qué buena jugada!», como quien aviva la proeza de una estrella de fútbol. Yo no me daba cuenta a qué se refería, ni qué era lo que suscitaba su admiración. Quizás porque mi «afflatus» literario era autosuficiente, autoreferido, mi entusiasmo narrativo se había transformado en algo totalmente autónomo respecto de mi interlocutor. Me pregunto si era la astucia financiera de Taratuta lo que causaba su asombro. O el supuesto ardor de sus ideas revolucionarias a las que este muchacho carente de dirección e instrucción puede haber adherido allí mismo sin entender de qué se trataba. O a su habilidad para exaltar con su retórica de café a los grupos tantas veces desalentados que se reunían en París a tomar copas que terminaban en reyertas que, recuerdo, describí con un entusiasmo florido. ¿Qué le parecía Lenin y su proyecto de dictadura del proletariado, su fuerza, su estrategia, su asombrosa inteligencia encauzada en los rieles de hierro que se fijó? ¿Era humano o inhumano, democrático o dictatorial, moral o inmoral, defendía a toda una clase hasta ahora aplastada, o sólo a aquellos que luchaban contra el régimen y se colocaban de esta manera cerca del poder? ¿Cómo juzgaba su honradez tan verdadera aunque tan peculiar, en la cual el fin justifica los medios cuando el fin es el que él se propone? No lo sé. La verdad es que parecía que todas estas conjeturas le pasaban por encima.

Nada le interesaba realmente, ni para bien ni para mal. Con lo que sí había enganchado, en cambio, era con la figura de aquel personaje que llevaba su apellido, transitando tan fresco por las páginas de los libros que él no leía, y por la historia que otros, como yo, recordábamos, sabíamos, escribíamos: me pregunto si esto fue mérito —o falla— de mi narración de aquella noche en El Viso, cuyo texto justo no recuerdo. Pese a su simplicidad y desinformación, sentí que Horacio Carlos había encontrado en mis palabras el refugio que venía buscando desde siempre. Me alegré, ya que esta clase de identificaciones no son nunca más que ejercicios de la fantasía. Una serie de pelirrojos sucesivos de los que nada sabía, hasta llegar a este Taratuta de talla sobrenatural del que ahora sabía algo, le bastaba, indicándole el camino a Yelisavetgrad donde se imaginó que tenían que vivir otros del mismo nombre y la misma tribu. A mí, egoístamente, me incomodó que su interrupción me impidiera llegar hasta el final de mi «afflatus», para así «ver» la forma de la historia, para entenderla, ya que yo sólo entiendo las historias contándolas hasta algo que yo siento como un final.

Horacio Carlos, de pronto, en los últimos tramos del equivalente oral de lo que aquí llevo escrito, me tomó del brazo, obligándome a agacharme con él en el escaño para que el nicho vegetal nos protegiera:

—¡Shshshshsh! Ya salen. Que no nos vean.

Nosotros, desde nuestro puesto en las tinieblas, pudimos verlo todo perfectamente. La puerta de la casita de mazapán se había abierto, iluminando con su rayo los árboles cercanos y enmarcando dos siluetas: dos mujeres, una muy alta, muy fina, prodigiosamente estilizada, de minifalda y luciendo una larga melena oscura y lisa que le caía por los hombros. Parecía tan sofisticada, de andares tan insinuantes, de hombros tan derechos y caderas tan angostas, vestida con tal exageración de la elegancia que durante un segundo temí que fuera un travesti. La acompañaba una mujer rubia, de porte y silueta normales..., de más edad, me pareció, por la sabiduría de sus atuendos bastante más discretos. Al verla apresurarse hacia el Mercedes Benz, vi que a la más alta le brillaban puntos de luz cambiante en las orejas, en el pecho, y, maravillosamente, en los tacos de sus zapatos que la encumbraban.

Horacio Carlos exclamó como si recién la reconociera:

Librodot

—¡La Zonga! ¡Qué sé yo que cita estará arreglando para ella esa Melisanda Verdugo! Melisanda me odia.

—¿Por qué te odia?

—Porque dice que yo la domino. ¡Imagínese! ¡Yo, dominar a la Zonga! ¿Tiene su carta?

—Aquí está.

—¡Ahora si que la Zonga me las va a pagar!

Sin examinarlo, se metió mi sobre en el bolsillo. Oímos retroceder el auto de Melisanda. Luego vimos volver a la mujer alta, que ya no se desplazaba en forma tan insinuante, sino a pasos inseguros sobre sus tacos altísimos.

—¿Esa es la Zonga?

—¿Es espectacular, no?

—¡Ya lo creo!

En cuanto desapareció en el pabelloncito, Horacio Carlos me tomó del brazo para conducirme a la ventana iluminada en la parte de atrás de la casa. Me asomé: era el dormitorio, tan estrecho, de techo tan bajo, tan atestado de muebles, cojines, cama, sillón, sillas, taburetes y mesa en el más fantástico desorden, que me pareció que la pobre Zonga iba a tener que caminar inclinada si quería movilizarse por ese lugar. A poco más de un metro de distancia, al otro lado de los cristales velados por el visillo de encaje, la vi tropezar con todo. Su vestimenta de chiquilla pizpireta ponía en evidencia todo lo que yo no había visto desde la distancia: que era vieja, que sus piernas no eran esbeltas sino flacas y rodilludas, que sus senos y su trasero insignificantes y un poco caídos no llenaban satisfactoriamente su vestido de minifalda. Lo que tenía ante mí no era una modelo de revista de modas, sino una caricatura. Su maquillaje era una máscara, una abstracción de rasgos dibujados sobre papel albo, una creación artificiosa que eliminaba la posibilidad de adivinar su rostro bajo su lluvia de largo pelo negro, lamido y pesado. Una imagen olvidada de la «trivia» de mi adolescencia se interpuso para hacerme entender cual era la matriz, tal vez inconsciente, que la subyugaba: la Zonga se creía Morticia, de Charles Addams, imagen de lo cómicamente sepulcral, ahora sepultada en los ESQUIRE de los años 40. Se acercó al espejo. Tomó un trapo, como si cansada de su máscara se dispusiera a borrarla:

—¡No! —exclamó Horacio Carlos en voz baja.

Me pareció que la Zonga lo había oído, porque dejó el trapo. En cambio, de un solo tirón se quitó su gran peluca color ala de cuervo. El muchacho apretaba sus ojos con sus puños:

—¡No, no, no, no, no...!

Ya era tarde.

—Nunca la había visto así —murmuró.

—¿Y cuando hacen el amor?

—Siempre en la oscuridad.

Pegó su rostro a la ventana y yo con él. A la Zonga, que se había quitado sus pestañas postizas y sus aros de brillos, le quedaba una pequeña cabeza, de mentón y nariz como de un cascanueces, pero sobre todo de señora mayor, con pelo gris muy corto. Después de buscar miopemente y de encontrar sus anteojos en el desbarajuste de objetos de las mesas y la cama, se los puso: parecía una profesora de provincia poco antes de jubilarse. Con sus contorsiones de víbora se estaba quitando el extremoso vestido de minifalda revelando su carne blanqueada por la edad, cristalina como una merluza abierta sobre el hielo de una pescadería, y su vellón púbico, tan ávido y procaz que parecía sombrearle todo el vientre, hasta el ombligo. Se puso una bata incongruente con la ropa de ultimísima moda que se acababa de quitar. Dio un suspiro de alivio al desplomarse en el sillón y tirar lejos sus zapatos con tacos de lentejuelas. Acercó la mesa cubierta con naipes que revolvió de un manotazo, juntándolas en un mazo que barajó una y otra vez. En seguida comenzó a extender el naipe de nuevo sobre la carpeta. ¿Qué quería preguntarle a los astros? Mi amigo no despegaba su cara del vidrio. En su mano temblaba el arma de mi carta.

Librodot

—Espéreme aquí —me dijo.

—¿Qué vas a hacer?

—A sorprenderla en esa facha: supongo que después no pretenderá que me quede. Y a mostrarle su carta, la prueba de que es capaz de cualquier traición para que yo no la deje...

Temí que Horacio Carlos cometiera un acto de violencia, porque cargado con mi narración y con el espectáculo de la Zonga convertida en un espantapájaros, lo vi capaz de cualquier cosa. Me dejó donde estaba. Sin anunciarse, un minuto más tarde hizo su aparición en el dormitorio de la vidente, que se lanzó a sus brazos. Él la rechazó. La Zonga, como si recién se diera cuenta de la facha en que su amante la había sorprendido, retrocedió un poco, ocultando su rostro en sus manos. Horacio Carlos le estaba gritando algo que el vidrio me impidió oír, pero pude ver la furia de sus caras, las manos de mi amigo empuñadas para abofetearla, los dedos crispados de la vidente para enterrarle sus uñas verdes, las lágrimas chorreando tanto por las mejillas de Horacio Carlos, como desdibujando el maquillaje de la Zonga. No leía mi carta, que Horacio Carlos, ahora un hombre potente y agresivo, agitaba frenéticamente delante de ella. Ella intentó arrebatársela de un zarpazo. Él la escondió, riéndose. Sentí trepidar los cristales con sus gritos. Pero no pude distinguir lo que decían. Me hubiera gustado oír los argumentos airados de un ser tan manso como Horacio Carlos, tan listo para el entusiasmo, tan reacio a condenar o juzgar, y ver en qué se había convertido ahora, poseído por el espíritu del tatarabuelo recién estrenado.

Estaba absorto en sus propios gritos, de modo que nada dijo cuando la Zonga se escondió tras una cortina, con una destreza tan teatral que *me* imaginé que iba a reaparecer en seguida blandiendo una pistola para atravesar a su amante con una bala en lo que sería un final de melodrama. En menos de cinco minutos, supongo que gracias a técnicas adquiridas por decenios de escamoteos galantes, la *Zonga* se materializó, vistiendo una nueva tenida de miniskirt, la cara empolvada, los labios negros, y en la cabeza una peluca de rizos rubios, mal puesta, pero que ella se fue enderezando al dirigirse, de mano en la cadera, hacia Horacio Carlos. Él se alejó un paso. Le decía que no. La Zonga se reía. Viendo que iba a ser difícil que Horacio Carlos se dejara tocar en este momento, la adivina tomó el mazo y se lo mostró. Horacio Carlos se alejó hasta quedar guarecido en la sombra de una cortina, o trapo, o zarandaja que colgaba de un biombo. La Zonga se sentó en un taburete junto a la mesa baja, con el mazo en la mano. Con el índice encorvado que remataba en una de sus largas uñas verdes lo llamó para que se acercara, indicándole que tomara asiento en el sillón frente a ella. Él obedeció.

La Zonga le ofrecía una pequeña cesta de piedras y cristales que sacó de debajo de su cama. Para que captara sus ondas, supuse, lo hizo acariciarlas. En la penumbra de la habitación quedó la máscara blanca de la sibila suspendida entre los espectros desmaterializados de muebles y adornos, que transformaban el diminuto dormitorio en un gran espacio lleno de sugerencias cósmicas. La Zonga eligió en la cesta un trocito de raíz de amatista, indicándole que se lo guardara. Para la buena suerte. *¿O* para producir un maleficio? Quién sabe. Lo hizo tirar las runas, una y otra vez, y con expresión de tristeza, cada vez hacía movimientos negativos con la cabeza: todo iba mal para Horacio Carlos. Seguía hablándole, señalándolo con su uña verde. Él la escuchaba sin abrir la boca. Entonces la Zonga lo hizo barajar el mazo y quitándoselo extendió las cartas sobre la carpeta. Horacio Carlos las miró atemorizado, y después, sonriente, implorante, la miró a ella. La Zonga estaba examinando atentamente el naipe desplegado. Las cortinas y zarandajas parecían moverse con el hálito de presencias atentas, confabuladas en favor, o en contra de alguien. La adivina señaló al demonio en posición dominante, y el siete de bastos, que, hasta yo lo sabía, representa esfuerzos, dificultades, inconvenientes. Horacio Carlos, que no quería ver nada, cerró los ojos. Reclinó en el respaldo de su sillón su nuca agotada. Comenzó a murmurar. Y mientras murmuraba, la Zonga iba..., bueno, me parece increíble, pero en la vasta penumbra de la habitación, vi..., sí, vi que la Zonga iba embelleciendo, rejuveneciendo; suavizadas las facciones, alisado el cutis, reorganizados los pliegues de su cuello. Suavemente para no

Librodot

despertarlo, se puso de pie. No me pareció caricaturesca ahora, ni gigante su porte: la mujer que se iba acercando a Horacio Carlos en la penumbra era joven, deseable, y su semi-sonrisa, encantadora. Cayó de rodillas junto a él para escuchar los mensajes que, transpuesto, iba a entregarle. Pero las palabras o murmullos del muchacho, sus proyectos, los retazos de sus nuevos sueños, fueron desarticulando el tiempo en la careta de la Zonga, hasta que el terror volvió a confundir sus facciones de vieja. Se abrazó de Horacio Carlos. Sin poder contenerse le tapó la boca con un beso: despertó. Al ver quién lo besaba, al no encontrar a la interlocutora de sus sueños, la rechazó de un manotazo de modo que los escombros de los años y el absurdo volvieron a caer sobre la Zonga. Horacio Carlos se puso de pie. Indicó la puerta, hacia la que se dirigió mientras ella trataba de retenerlo, llorando e intentando arañarlo con sus zarpas verdes. Pero Horacio Carlos logró desprenderse y salió corriendo. La Zonga se quedó con un jirón *de* su manga, con el que se enjugaba las lágrimas y se sonaba la nariz.

Lo vi correr entre los árboles y traté de alcanzarlo antes que llegar al portón. Sólo logré gritarle:

—Espera. ¿A dónde vas?

—A Yelisavetgrad.

—¿Así, de repente?

—La Zonga se rió. No creyó lo que le conté de mi familia. ¡Para que no me fuera! Pero me voy y no vuelvo nunca más.

Corrí tras él para que me dijera cuándo podía verlo otra vez. No quería perderlo. Estaba dispuesto a ayudarlo a llevar a cabo cualquier proyecto, por muy loco que fuera. ¿Cómo pensaba llegar al corazón de Ucrania? ¿Por qué se había peleado tan violentamente con su amiga? No supe abrir el portón que él abrió con tanta destreza. Cuando por fin logré salir, el muchacho se me había adelantado mucho y no pude alcanzarlo al llegar a la calle, pese a que corrí de un lado a otro por si divisaba su silueta alejándose por alguna de las avenidas. ¿Era que yo, con lo que urdí para su imaginación, resultaría ser culpable de algún destino atroz para Horacio Carlos? Más tarde volví a la casita. Quería ponerme a la disposición de la pobre Zonga para lo que me necesitara, no perder el rastro del muchacho, de ella, de mi historia, del legado Schmidt, de todo lo que me había ocupado ese día. Pero después de buscarla por todas las habitaciones de la casa de juguete, y entre los árboles del parque, no logré encontrarla.

No volví a ver a ninguno de los dos.

Librodot

X

—ES BASTANTE probable que jamás los haya vuelto a ver. Al escribir estas líneas me siento menos y menos seguro de poder afirmarlo.

Cuando volví al día siguiente a buscar a la Zonga, nadie contestó su campanilla y encontré el portón cerrado con cadena y candado. Llamé a la gran casa que daba a la calle, la de su amiga marquesa, la que le permitió reconstruir el pabelloncito que le regaló la otra amiga marquesa, en el sector interior de su parque. El personal me contestó que los señores se habían marchado a París. Ellos no conocían a la habitante nueva del parque porque hacía poco tiempo que vivía allí y los señores les advirtieron que era una persona un poco rara, y era preferible no molestarla.

Mi narración quedó truncada porque desaparecieron los personajes a quienes les podía interesar oírme terminarla. Mi semana en Madrid pasó rápida, como pasan en Madrid cuando el verano arrecia y todo el mundo está escapando. Pronto regresé a mi patria donde me absorvieron otros trabajos que nada tenían que ver con la Zonga —aunque reconozco en este personaje residuos de otros personajes míos, de obsesiones repetidas en otros textos, de modo que quizás parezca ajeno en estas páginas—, ni con Lenin y Krupskaya, ni con el Taratuta de entonces, ni con el de ahora.

Todos los años asisto a la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, invitado por la Feria y por mi editorial. Para mí, el contacto directo con el generoso público argentino y con mis amigos de allá, y esa vida tan satisfactoriamente urbana de teatros y exposiciones y conferencias y cafés y restoranes —distinta a la vida de mi propia ciudad que tiende más bien a lo bucólico en todo, hasta urbanísticamente— es, año tras año, revitalizador. El distanciamiento por corto tiempo, pone en perspectiva tanto mis problemas personales, como las urgencias políticas y sociales de mi país, y constituye un respiro de la agobiante «coyuntura» que tiende a ocupar todo nuestro horizonte.

Una de las amistades que con más placer frecuento en Buenos Aires es Josefina Delgado, a quien dedico estas páginas. Mujer encantadora, con sus saltarines ojitos azules y su verba literaria de petisa libre y bien informada, no desdeña un poquito de frivolidad. Es compañera inigualable para hacer largos paseos conversados por los barrios porteños, Flores y Caballito, la Boca, el puerto con sus viejos galpones herrumbados, Villa Devoto, Parque Patricios, Palermo viejo. Estos lugares, estos nombres tal vez encierran poco encanto para los porteños, que pueden considerarlos prosaicos, feos, burgueses: pero año tras año, antes de mi viaje a Buenos Aires me sorprendo pensando con entusiasmo en las calles por las cuales esta vez caminaré con Pepita.

Una tarde, dos años después de los acontecimientos relatados en los capítulos anteriores, Pepita y yo nos perdimos por unas calles arboladas de tipas en Palermo viejo, comentando, creo, un libro de Adolfo Bioy Casares, FOTÓGRAFO EN LA PLATA, a cuyo lanzamiento habíamos asistido. La conversación, como suele ser con Pepita, era animada, salpicada con su generosa risa que celebra mis salidas y responde con salidas propias, y estimula mi conversación, haciéndome sentir que todavía, a mis sesenta y cinco años puedo ser un hombre capaz de interesar y entretener: es, en otras palabras, una mujer rejuvenecedora.

No recuerdo por cual de las calles de Palermo íbamos —sería capaz de encontrar otra vez ese sitio—, deteniéndonos de vez en cuando frente a una de las bonitas fachadas casi pueblerinas de las casas bajas, una puerta y dos ventanas con adornos casi siempre excesivos y una linda mampara. Nos asomábamos a un estrecho patio lleno de plantas y muebles coherentes con un mundo distinto al de hoy, los admirábamos, nos reíamos, o nos imaginábamos que la acción de cierta novela o de una obra de teatro se desarrollaba allí.

Desembocamos en una pequeñísima plaza triangular, de esas formadas por el descuadre de tres calles, con dos palos borrachos en plena floración y un escaño. Al otro lado de la calzada en que quedaban aún, como suele suceder en Buenos Aires, sectores pavimentados con quebracho, un café de lo más corriente ocupaba la pequeña punta de diamante. Nos

Librodot

regocijamos de que estuviera casi desierto. Pepita me dijo:

—Necesito un café.

—Yo una cerveza. Hace calor.

Entramos en el café y nos instalamos en la mesa situada junto a una ventana, desde donde veíamos la plaza. En otra de las mesas un señor muy gordo leía el diario. Había bastantes mosquitos, como suele suceder en tiempo de feria, o quizás siempre, en Buenos Aires. En otra mesa, dos muchachos inmutables jugaban al naipe. Un mozo alto y lento porque era evidente que sufría de juanetes, fregaba la cubierta de una mesa, y de pronto, con la mano apoyando su trapo sobre el mármol, se quedaba como traspuesto para mirar por la ventana los autos que pasaban de cuando en cuando. Adormecida en su sitial detrás de la caja registradora, una mujer ya vieja había dejado caer sobre las teclas una manoseada novelita. El mozo que ya no era ningún chiquillo, tenía una espesa cabellera negra cortada a lo «príncipe valiente».

—Peluca —dijo Pepita.

—Peluca. ¿Pero por qué?

—Fíjate bien. ¿No ves que el lado izquierdo de la cara tiene una mancha colorada, como si se hubiera quemado y la mancha sigue por debajo del borde de la peluca, involucrando la oreja? Peluca. Toda la vida.

—¿Será muy grande la mancha? ¿Dónde se habrá quemado el pobre? Míralo ahora, inclinado, hablando con su mujer, que parece que acaba de despertar. Te das cuenta que detrás, sobre el cuello, por el borde inferior de la peluca, donde se levanta cuando inclina la cabeza, se ve un poquito de su pelo natural, que me parece que es colorado? Me pregunto si será tan grande la mancha que, con este calor, este hombre no puede prescindir de su peluca. Una cicatriz natural, por muy fea que sea, es más noble que una peluca. ¿A quién estará tratando de engañar?

—Querrá cambiar de personalidad: ser pelirrojo es un compromiso demasiado grande. Hay que tener personalidad de pelirrojo y vestirse de pelirrojo cada minuto de la vida. ¡Agotador! Si yo fuera pelirroja estoy segura que de vez en cuando me gustaría ser otra cosa.

—Probablemente. Pero siempre tengo la sensación de que la gente que usa peluca tiene algo de esquizofrénica, que no sabe muy bien quién es, que no se asume, que está ocultando una parte de sí, o quiere transformarse en otra persona.

La respuesta de Josefina fue beber un sorbito de café con los ojos fijos en la caja. Dijo:

—Mírala a ella. ¿Te das cuenta que ella también usa peluca? Pero en el caso de la mujer es pura coquetería.

—¡Pero si es tan insignificante!

—No creas. Mira al señor del diario que se levantó para ir a pagar en la caja en vez de dejar el dinero del consumo en el platillo para que lo recoja el mozo: como tantas mujeres insignificantes, es mucha mujer, y antes de engordar debe haber tenido cara de bruja. Es la propietaria del café. No debe confiar en la honradez del mozo y quiere controlarlo todo. Debe ser su sobrino o su hijo. Estos taños trabajan todo en familia.

—Mírale las manos a ella —dije—. ¿Son taños?

—O lo que sean.

La propietaria estaba tecleando en la máquina registradora. Oí el clack, clack, clack de sus larguísimas uñas verdes.

—¿Serán postizas?

—No —contesté—. Son verdaderas.

—¿Por qué? ¿Cómo sabes?

Josefina me miró, entre interesada y risueña, esperando escuchar alguna absurda teoría que probara que las uñas verdes eran verdaderas. Frunció el ceño cuando oyó mi respuesta:

—Porque conozco a este par.

—No me vengas con historias.

No le respondí. Y mientras bebía un sorbo largo de mi segunda cerveza, con la mirada

Librodot

de Josefina fija en mi expresión, mis ojos siguieron al mozo que se había parado junto a la mesa donde los dos muchachos jugaban al naipe, a mirar el desarrollo de la partida. Sí. Era él. Más lento. Mucho menos flexible, con su cintura ahora espesa. Y sus rodillas pesadas. Como a todo mozo que se respete le dolían los callos de estar tanto rato de pie. No era necesario un gran esfuerzo para reconocer a la Zonga, aunque su peluca no era ni la de las estudiadas greñas negras de Morticia, ni la de los rizos rubios que vi en El Viso, sino una peluca más moderada, de señora de barrio, color castaño: aunque se había transformado en una modesta propietaria de café, era posible reconocerla por sus largos aros centelleantes y su maquillaje de yeso. El mozo se acercó a la caja. Juntos, se pusieron a contar dinero con evidentes señales de complicidad satisfecha. Le pregunté a Pepita:

—¿Te acuerdas que una vez te hablé de Taratuta?

—No... ¡Sí! Hace dos..., tres años. Pero no me acuerdo de nada. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Sí. Acuérdate. ¿Cómo te puedes olvidar de ese nombre? —le pregunté ofendido, como si yo mismo no lo hubiera olvidado, o por lo menos dejado de lado hacía tiempo.

—¿Era un amigo de Lenin, no...?

—¿Amigo? No. En fin, por ahí anda la cosa. Este es su nieto..., su bisnieto, quizás, si es que es bisnieto y si Taratuta, por fin, se llamaba Taratuta...

—Ah sí, creo que era un asunto de una adivina en un parque de Madrid...

—Sí. Estos son los personajes.

Someramente le refresqué la memoria mientras observábamos a la pareja ordenando sus cosas porque pronto sería la hora de cierre. Elizaveta, Taratuta, los millones de Schmidt, Lenin, los rusos en París..., sí, claro, recordó Josefina después de un rato, claro que se acordaba de esa historia, sólo que no se acordaba de cómo había terminado.

—Esto que estamos presenciando es el fin —le respondí—. Se casaron y fueron felices. Con la plata que la Zonga había acumulado dentro de su colchón se vinieron a Buenos Aires y pusieron este café.

—¿No te parece un final muy pobre para esa historia tan estrafalaria?

—Todos los finales son pobres, si la historia es buena.

Josefina escudriñó incrédula a la pareja:

—¿Estás seguro de que son ellos?

—No. ¡Cómo se te ocurre! Es una conjetura, nada más.

—¿Quieres que les preguntemos?

—No. Tengo la sensación de que están ocultando algo. No quieren que los identifiquen con su vida de antes.

—Estás hilando demasiado fino.

—No, es que tengo que recapitular, recordar cómo fue la cosa, cómo fue el fin de Elizaveta y del legado Schmidt, y de Taratuta. No estoy seguro de haberlo sabido jamás a ciencia cierta.

—Cuéntame lo que sepas.

Librodot

XI

ÉSTE ES EL lugar que le correspondería al final de mi cuento. Pero debo reconocer que han quedado lagunas considerables que debo hacer lo posible por llenar antes de cerrarlo. Le conté a Pepita Delgado mi versión de estas lagunas, con todas sus contradicciones e imprecisiones. En el café de esquina en Palermo viejo, esa tarde fue prolongándose hasta la noche bajo la mirada suspicaz de los dueños que cuchicheaban en el mesón, seguramente hablando de nosotros, comentando que estábamos allí desde la tarde, y tanto para ellos como para nosotros iba siendo hora de irse.

—Aunque tengamos poco tiempo quiero que me cuentes tu versión del fin del legado Schmidt.

—Si supiera con exactitud los detalles, hace rato que te lo hubiera resumido en unas cuantas frases. Espera un poco, que ya tendré que llegar a él, y a Lenin y a Taratuta y a todos los demás personajes de que te he hablado. La verdad es que comencé a escribir todo esto con la intención de utilizar a esos personajes como protagonistas, y la gestación del 1917 como tema. Pero, poco a poco, Horacio Carlos se me dibujó como la estrella y se apoderó de la intención del cuento. Pese a los enredos en torno al legado Schmidt que nadie hasta hoy ha sido capaz de desenmarañar y pese a la historia, y a Lenin y Krupskaya y a Taratuta mismos, resultó que mi personaje inventado fue creciendo con más vigor que todos los demás, y se instaló en medio de mi narración como héroe. Es de él, al fin y al cabo, de quien estoy escribiendo. No sé cómo sucedió. Horacio Carlos brotó de mi página en blanco cuando me puse a ordenar mis notas en el momento en que por fin decidí escribir sobre el legado Schmidt. Fui descubriendo la necesidad de apoyar mi narración en este personaje que se inventaba a sí mismo espontáneamente, como para crearme un acceso a algunos hechos de la realidad. Mi héroe tiene bien poco que ver con su homónimo de carne y hueso, el que me escribió una carta que perdí y cuyo contenido no recuerdo. Esta carta, me figuro, debió ser muy distinta a la carta de Horacio Carlos indagando sobre sus orígenes, y cuyo contenido este texto incluye: pero plantó la semilla y casi instantáneamente creció en mi imaginación, resoplando como un potrillo recién nacido con todos sus órganos ya formados aunque no desarrollados, autónomo y exigente al cabo de pocos días. La verdad es que encontré a mi personaje completo encapsulado como en un grano, como en una semilla perfecta, en esos pocos fonemas sin significado que, desde que los leí por primera vez, se fijaron en mi imaginación. —TA RA TU TA.

No postulo lo que aquí escribo como un fragmento — ni siquiera como una nota a pie de página— del acontecer histórico. Los hechos centrales de mi cuento son verdaderos. Pero escenas como la del capítulo ocho están construidas con astillas de cosas leídas aquí o allá, que se refieren a tiempos y lugares distintos a los lugares donde aparecen, que he juntado para usarlos como chamiza para una sola hoguera. Puede ser, por ejemplo, que Ignatiev haya sido joven, o una persona perfectamente digna, pero la situación en que lo metió la historia me pareció tan farsesca que no pude declinar su natural vocación por la farsa. No tengo idea de cómo fue Elizaveta. Pero al repensarla como pieza activa de este relato, la veo como una ingenua que en manos de Taratuta llegó a ser muy poco ingenua.

El legado Schmidt sí que existió. Durante muchos años Lenin se vio enredado en las pugnas por retener el remanente de esa fortuna bajo su control. Es interminable la maraña de intrigas, bancos, acciones, bonos, demandas judiciales, ventas secretas para hacer pasar el dinero de unas manos a otras, y la vaguedad con que desde el principio se rodeó el monto inicial de la herencia, que nadie, nunca, pudo establecer. Algunos tratadistas aseguran que fueron tres los herederos de Nicolás Schmidt, no dos, y entonces es posible que un monto vagamente estimado en 500.000 rublos se haya dividido no en dos, sino en tres porciones iguales. El tercer heredero, probablemente menor de edad y tísico, desaparece a poco andar el tiempo y va no se vuelve a hablar de él..., en fin, toda esta primera fase de la herencia de las hermanas Schmidt no se hizo constar por escrito sino que se acordó de viva voz, al parecer

Librodot

con un abogado venal que desapareció con los datos. Se habla también de groseros errores secretariales, buscados o no, que hacen imposible aclarar las cosas.

Pero lo que sí existe es un informe policial secreto que atestigua que en 1909 el partido bolchevique recibió de una fuente inidentificable, la suma de 200.000 rublos. Si el capital heredado fue de 500.000 rublos las hermanas se tienen que haber quedado con muchos rublos en el bolsillo. Este hecho, claro, terminaría tanto con la leyenda del fervor revolucionario de estas niñas bien educadas, como con el de su ingenuidad. Es cierto, sin embargo, que ambas, no se sabe por qué, siguieron pagando cantidades insignificantes al partido bolchevique.

Siendo el gran millonario que fue, Nicolás Schmidt seguramente dejó otros bienes además del dinero del llamado legado Schmidt: propiedades, casas, valores, joyas de familia, que Taratuta se las arregló para esconder de los ojos de Lenin. No es verdad que toda la fortuna de Elizaveta fue para la revolución. Con la ayuda de su hermano Hersh y mediante quién sabe qué manipulaciones financieras, quedaron enredados en los dedos del pelirrojo muchos miles de rublos, acrecentando la fortuna secreta de Elizaveta, que gustosa firmaba los documentos que Taratuta le presentaba a espaldas de Lenin. La verdad es que parece que el amor derivó en la complicidad total de esta astuta pareja, que acariciaba un proyecto de vida ajeno a la revolución, a la dictadura del proletariado y a la acción política.

¿Cuál era la edad y el estado civil de Elizaveta? Son preguntas a las que yo, por lo pronto, me siento incapaz de contestar. Hay quien afirma que Elizaveta tenía 17 años al enredarse con Taratuta en 1907, pero nada me asegura que esa haya sido su edad correcta en ese momento. Sigo pensando que por muy liberal y revolucionaria que haya sido ella y su familia, y pese a la evidente seducción de Taratuta, esa relación es bastante dudosa. En todo caso era muy joven, ya que fue necesario casarla con Ignatiev, para efectuar el traspaso legal de sus bienes a los bolcheviques. Sin embargo, Krupskaya afirma que Elizaveta era «la verdadera esposa» de Taratuta. Curiosamente, 1910 es el mismo año en que fallece Olga Rubinskaya en una provincia rusa. ¿Por qué no se aprovecharon de este hecho para casar a Elizaveta con Taratuta, entonces, que ya libre de su primer matrimonio debe haber estado más que dispuesto a contraer este vínculo? ¿O ya estaban demasiado enredados con Ignatiev como para hacer otra cosa que conseguir papeles y pasaportes falsos, cambiar de nombre, y encaminarse hacia el sur? Parece que, poco después del matrimonio y de mi visión de ese hecho narrado en el capítulo ocho, los flamantes Monsieur et Madame Alexandre de Kammerer abandonaron el partido bolchevique para transformarse en una pareja ociosa y opulenta avecindada en San Remo. Allí, en la Riviera italiana se internaron en una clínica de lujo para enfermos del pulmón, enfermedad de la que se puede suponer que Elizaveta sufría. Tal vez la necesidad de tratar a Elizaveta fue la excusa que se le dio a Lenin como motivo para alejarse del núcleo revolucionario —si era necesario que a estas alturas Taratuta diera excusas—, y trasladarse a un clima más benigno para ponerla en manos de especialistas. Cuando abandonaron la clínica tomaron una villa fragante de cipreses y lavanda frente al mar. Vinieron años buenos, de sol, de salud, de abundancia, y tuvieron dos hijos. Frecuentaban los restaurantes de los hoteles más caros y los más opulentos casinos del balneario, donde hicieron amistades tan distinguidas que no indagaban sobre el origen de la fortuna de nadie.

Podemos imaginarnos que en los paseos de moda, Monsieur et Madame Alexandre de Kammerer les enseñaban a sus dos hijos a jugar al diávolo, vigilados por una «nanny» inglesa muy almidonada, y recorrían el «lungomare» seguidos por una pareja de arqueados galgos, que ellos pusieron de moda. Por la noche, vestidos de gala, frecuentaban los teatros, y sobre todo las mesas de juego de los casinos más lujosos, donde bajo las lámparas de cristal, Monsieur de Kammerer llegó a ser una figura temida por la audacia de sus apuestas en las mesas de baccarat.

Es más que probable que Elizaveta haya muerto después de unos cuantos años de esta vida, del flagelo que aquejó a toda su familia. Es también seguro que, en manos de Taratuta, los millones del legado Schmidt se hayan hecho sal y agua sobre el tapete verde de las mesas de juego de San Remo, porque al cabo de unos años desaparece sin dejar rastro y ya no se

Librodot

vuelve a hablar de él ni de sus millones.

Aquí, sin embargo, no terminan las suposiciones. Hay datos que indican que Taratuta, Moskovsky, Lodzinski, Kammerer, puede haber sido un agente secreto de la policía zarista infiltrado para poner dificultades en el camino de Lenin. Hay quien cree que después de la revolución de 1917, ya viejo y gastado y sin un céntimo, Taratuta volvió a la Unión Soviética, se reincorporó al partido, se casó de nuevo y tuvo más hijos, esfumándose, por último, en el anonimato de la vasta burocracia provinciana de ese tiempo.

Librodot

XII

—¡QUÉ ESTUPENDO FINAL! —exclamó Pepita.

—Espera —le dije—. Esa es la historia de cómo terminó una parte del legado Schmidt. Pero el fin de la otra parte es igualmente desgraciado. La verdad es que jamás se había llegado a estipular si la herencia era sólo para los bolcheviques, o también para los mencheviques, y las peleas entre ellos continuaron a propósito de lo que iba quedando de esa fortuna. Elizaveta, probablemente a instancias de Taratuta, reclamaba dinero que Lenin, decía ella, le adeudaba. Pero los reclamos llegaban de San Remo, me imagino que cuando las cartas sangraban el bolsillo del pelirrojo. Los mencheviques alegaban que ellos podían demostrar con documentos que Lenin había coercionado a las herederas para que le entregaran todo el monto del legado, y que había escondido una cantidad muchísimo mayor que los 100.000 rublos que decía que le quedaban. De pronto desaparecieron las actas y el dinero, hubo un escándalo, varios arrestos, y el partido le negó fondos a Lenin para seguir publicando sus periódicos.

Pronto reaparecieron los fondos escamoteados y se instauró una semblanza de orden financiero. Lenin continuó controlando lo que quedaba del legado Schmidt. Pero todo el asunto había llegado a un estado tal de confusión que el Comité Central del Partido Social Demócrata determinó poner fuera de peligro todo lo que quedaba, de lo que encargó a un comité formado por tres políticos de toda confianza. Ellos, para mayor seguridad, depositaron el dinero en una cuenta de banco en Alemania, en el año 1912. Cuando estalló la Guerra Mundial en 1914, el Ministro de Finanzas de Alemania incautó todo lo que, depositado en las cuentas, personas o instituciones de nacionalidades enemigas, guardaban en los bancos alemanes. Así, lo que quedaba del legado Schmidt, sirvió para financiar los cañones con que los alemanes combatieron a Rusia.

—¡Estoy a punto de llorar! —exclamó Pepita riendo—. ¡No puede ser! Pero no te niego que es un fin espectacular... ¡un fin muy fin!

—Creo que sí —repliqué—. Lo único malo es que creo que todavía no es el final verdadero.

—No entiendo nada.

—¿Por qué? Es muy fácil: el final verdadero está aquí, ahora, ante nuestros ojos.

—Por favor, explícame.

—En este café. Míralos... —dije señalando con un gesto a la pareja que atendía el establecimiento donde habíamos pasado ya tanto rato.

—¿Quieres que le preguntemos si él es Horacio Carlos?

—Yo me niego a hacerlo —dije—. Tienen un aire de estar dándole la espalda a algo..., si es que son ellos..., y me gusta respetar las máscaras que las personas asumen.

Pepita llamó al mozo, que se aproximó lentamente, con su bandeja de latón en la mano colgando más abajo de sus rodillas, pegada a la costura de sus pantalones. Recordé al ágil Taratuta de años atrás, con su bandeja equilibrada muy alto sobre su cabeza, y la llamarada de su pelo colorado al inclinarse para dejar las bebidas en una mesa junto a una ventana. No. No era él. Cuando se acercó, Pepita le pidió un café y un cognac.

—Vamos a cerrar dentro de un cuarto de hora —dijo el mozo.

—Me los tomo rápido. Estoy un poco acatarrada.

Al ver que se iba a alejar, lo detuvo:

—Señor... ¿Usted se llama Horacio Carlos Taratuta,..?

El rostro del mozo se cerró: no brillaron sus ojos y sus facciones parecieron encogerse, escondiéndose en la abundante carne de su rostro.

—No.

Y sin decir otra cosa, más rápidamente que como llegó, se fue donde la mujer del mesón. Todo el mundo se había ido salvo nosotros. Cuchicheando con el mozo, la cajera

Librodot

echaba de vez en cuando miradas hostiles hacia nuestra mesa. Comenzó a ordenar rápidamente su bolso, a llenarlo de cuentas, de papeles, de clips, de pequeños comestibles envueltos en servilletas grasientas. Un gesto abrupto de su mentón de bruja —observación que momentáneamente creí que aclaraba el acertijo: ¡claro que era ella!—, indicó nuestra mesa al mozo, que sin traer el pedido de Pepita se nos acercó:

—Es tarde. Vamos a cerrar y ustedes están aquí desde temprano.

Me dijo cuánto era el monto de nuestro consumo.

—¿Le pago a su señora?

—No es mi señora. No: págueme a mí.

Le cancelé el consumo y Pepita y yo nos levantamos. Ni él, ni la mujer desde la caja, nos hicieron una señal de despedida porque estaban ocupados en ordenar fajos de billetes. En cuanto salimos, oí el ruido de las puertas y ventanas del establecimiento cerrándose. Sólo quedó iluminada una ventana, aquella junto a la cual estaba la mesa donde habíamos pasado la tarde charlando. Josefina y yo cruzamos la calzada hacia la placita, ocupando el único banco, el interior del café y las dos figuras en el mesón recortadas por el rectángulo de la ventana. Seguimos elucubrando sobre esos dos personajes que podían, o podían no ser la Zonga y Horacio Carlos. ¿Quiénes eran? Se podía decir que en verdad ella no había cambiado demasiado: pero existen tantas viejas estucadas y teñidas y vestidas de manera estridente en las cajas de los cafés de barrio en Buenos Aires. ¿Esa anciana podía ser dueña del alucinante vellón púbico que vi a través de una ventana en El Viso?

¿Era verdad que a él se le veía una pelusilla colorada sobre el cuello? Pero hay miles de colorines. Y la cicatriz, esa fea marca que se le escurría por debajo de la peluca..., ¿de dónde, en qué peripecia impensable, en qué infortunado encuentro, víctima de la saña de qué antagonistas podía haberla adquirido Horacio Carlos, si es que el mozo era Horacio Carlos?

Pepita y yo nos quedamos conjeturando acerca de qué podía estar haciendo mi pareja en la prosa de estas circunstancias tan distintas a su hechizado mundo de antes. ¿Qué significaba la cicatriz que devoraba el rostro de mi amigo de otro tiempo? ¿Amigo...? ¡Si no había pasado con él más que una tarde en toda mi vida! ¡Y a ella no la había visto más que quince minutos! Sin embargo, sentí que nosotros tres habíamos estado ligados desde siempre, que éramos personajes de la misma, vieja historia de una herencia rusa hoy olvidada. ¿De qué derecho me apropiaba yo para asegurarle a Pepita que esta buena señora de la caja era la sibila que en Madrid ponía en contacto con el más allá a marquesas, actrices y amantes de toreros? Pepita opinó que la pareja se había negado a identificarse porque a él le daba vergüenza que la gente que conocía de antes supiera que estaba casado con esta señora, que en buenas cuentas era un espantapájaros. Yo opiné que escondían algún hecho delictuoso donde él adquirió la cicatriz y que, claro, no estaban casados: Horacio Carlos era muy celoso de su libertad y no le gustaba que la Zonga lo manejara. Pepita argumentó que eso era exactamente lo que hacía esta mujer:

—Mira como lo manda a recoger, a ordenar y él obedece. Ella es una reina.

Percibí algo en sus miradas, en su forma subrepticia de comunicarse, que era como un deseo de pasar inadvertidos, un celo por ocultar sus identidades demasiado frágiles. ¿Qué sucedió después del incidente que presencié en el parque de su casa en El Viso? ¿Qué habían hecho al separarse? ¿Se habían reencontrado dos días después, él contrito, ella ansiosa, en algún lugar que sabían que ambos frecuentaban? ¿Intervendrían amigos con sus buenos oficios —Melisanda Verdugo, por ejemplo, o el dueño de la tasca—, para reunidos al cabo de un tiempo porque los dos solos, cada uno por su lado, andaban como ánimas en pena? No. No fue así, le aseguré a Pepita después de un rato de contemplarlos a través de la ventana transparente, inclinados, muy juntos, sobre las cuentas de un cuaderno. Yo tenía otras ideas:

—Todo es posible, claro. Son tres o más años los que tenemos que justificar. Todo puede ser. Yo lo veo de esta manera, no creas que muy claramente ni con ninguna certeza, pero en todo caso creo que hay algunos elementos en mi teoría que no resultarían falsos si pudiéramos comprobarlos. Creo que Horacio Carlos logró de veras ir a «su» pueblo en la Unión Soviética. Trabajando, ahorrando dinero, pasando hambre y penurias, arriesgando la

Librodot

vida, acostumbrándose a vender sus servicios para cualquier trabajo, en auto-stop por las carreteras *de* Europa a través de países cuyos idiomas desconocía, así debe haber llegado a la Unión Soviética. Haciendo alguna locura inimaginable, o gracias a alguna audacia digna del «antepasado» que mi relato le propuso y con el que las, artes de la Zonga lo pusieron en contacto, logró, como un fantasma, colocarse a través de las fronteras y entrar. Lleno de ilusiones por encontrarse con su pasado real en la forma de otros que llevaran su apellido, se habrá encontrado al llegar al pueblo que nadie jamás había oído hablar de un Viktor Taratuta, y no quedaba su nombre ni el apellido de la familia ni en el recuerdo ni en los anales de nadie ni de nada. Sus parientes, judíos o no, no habían dejado rastro porque los aventó, como a su abuelo, el miedo, el hambre, la miseria, los asesinatos, los traslados de aldeas enteras de un extremo al otro de la Unión Soviética en tiempos de Stalin. Emigraron o fueron exterminados. Horacio Carlos encontró a otra gente que nada tenía que ver con él y con los suyos, que no lo reconocían ni como descendiente de un Viktor o Aron Shmuel Taratuta, ni de nadie que jamás hubiera habitado ese rincón de Ucrania. Así, el pobre Horacio Carlos se quedó sin tribu, sin los pares que tanto añoraba, sin certificación de su apellido como tal. Se debe haber puesto a buscar alguna tribu de iguales, en otros sentidos, cualquiera que fuera, dentro de las directivas que mis palabras le habían proporcionado, configurándole un pasado posible que no fuera incongruente con lo que lo seducía en la vida de su antepasado putativo. Después..., no sé..., tal vez la policía soviética lo apresaría. O más bien salió del país, de alguna manera quizás abyecta. Y en alguna capital del mundo, ya que después de la soledad en su pueblo debe haber perdido de nuevo el centro, se puede haber unido a un grupo terrorista, para jugar con explosivos como el antiguo Taratuta. Y como era un trabajador tan intenso, siempre dispuesto a todo, de tan buena voluntad, lo mandaron a algún operativo siniestro. Quién sabe dónde. Aquí mismo en Buenos Aires o en cualquier capital de América o de Europa, donde un estallido detonado por él mismo, destinado a destruir algún venerable símbolo de la sociedad, lo arrolló, poniendo su vida en peligro, marcándolo para siempre y probablemente lanzándolo a la cárcel. De ahí, me imagino, enfermo o recuperándose, al cumplir una sentencia, le debe haber escrito a la Zonga contándole sus desventuras porque la Zonga era la única persona que conocía con la que realmente tuvo una relación y por esto constituía para él un centro. La Zonga debe haber volado a su lado. Quizás sus amistades poderosas, la amante del torero, las marquesas, qué sé yo quién, en todo caso una de esas estrellas que aparecían en HOLA y de las cuales ella se había constituido en sibila y caricatura, puede haberlo ayudado a abreviar o a mejorar la situación de Horacio Carlos en el hospital. Después, con los reales acumulados por la Zonga, ambos se vinieron a Buenos Aires, porque este era el único sitio donde estaba seguro de que por lo menos su padre y su abuelo habían dejado pisadas. Y pusieron este cafecito con los ahorros que le iban quedando a la Zonga, y bueno, ahí los tienes...

Los ojos azules de Pepita Delgado, bajo el farol, eran pantallas confusas que reflejaban las peripecias que yo iba inventando. Después que terminé, ruborizada quien sabe por qué razón, se pasó una mano por los ojos como para despejarlos y dejarlos claros otra vez.

—Todo lo que me estás contando es totalmente imposible —declaró—. ¿Cómo se te ocurre que logró entrar en la Unión Soviética, para empezar, si fue tan loco como para emprender ese viaje descabellado? ¿Lo tomó preso la policía de allá. Y si lo tomó cómo y por qué lo habría soltado más tarde y puesto de vuelta en la frontera? ¿Hasta llegar, digamos que a Buenos Aires para no perdernos, y meterse con terroristas o extremistas? Si fue así, ¿tú crees que no hubiera desaparecido como tantos otros cuya falta nadie ha justificado? No..., no. Estás partiendo del supuesto de que tus palabras, esa tarde en El Viso, lo conmovieron tan a fondo, que le cambiaron el destino. Perdóname, pero me parece que te sientes demasiado omnipotente..., y quién sabe si la vida de estos dos pruebe, finalmente, que lo seas. Pero no es mucho más probable que tu amigo haya olvidado en seguida todo lo que le dijiste entonces, por la simple razón de que le importaban más otras cosas de su vida real, todo el ámbito de un ser que no conociste más que unas horas, y que su vida haya tomado un curso totalmente independiente de tu relato? Decepcionante para tu vanidad..., pero puede ser. Esa cicatriz, esa

Librodot

mancha terrible, por ejemplo, se puede haber producido en un accidente automovilístico camino de, digamos, Torremolinos, o Mar del Plata, con un grupo de amigos demasiado alegres...

Me quedé pensando un rato, observando a la pareja en el interior del café. La mujer se paró: no, claro que no era la Zonga. Esta mujer era bastante más baja y más estrecha de hombros. Imposible como travesti pese a sus aros colgantes y sus uñas verdes. ¿Y él...? Él era demasiado torpe, con la mirada demasiado dormida..., y además, esa cicatriz de dónde la iba a haber sacado un ser tan manso como Horacio Carlos. No, no eran ellos. Comenzaba a caer una garúa tibia.

—Bueno —le dije a Pepita, que con la amenaza de lluvia y después de que el mozo apagó la ventana quiso irse—. Claro que lo que te conté no es verdad. ¿No te das cuenta que lo que te acabo de contar no *es* más que un borrador, de los que uno escribe cientos, una primerísima versión que contiene múltiples posibilidades y señala hacia todas las direcciones? Tengo que limpiarlo, hacerlo coherente, verosímil, elegir, eliminar, desarrollar, y por fin escribir dos, tres, cuatro, siete versiones hasta que quede un elemento esencial de este relato aunque no esté contenido en lo que acabo de contarte, pero tal vez partiendo de aquí pueda atraparlo, hasta dar con un final.

—¿Qué no dijiste que no querías un final? ¿Que los cuentos interesantes verdaderamente no lo tienen?

—¡Ah! Pero aceptarás que hay un punto después del cual es evidente que el texto no sigue.

—Aceptado.

Nos levantamos del banco en nuestra placita. Los propietarios del café estaban alzando la ruidosa cortina mecánica de la puerta, y por debajo, con articulaciones que les ponían dificultades, iban saliendo. Le echaron llave a su negocio. Miraron el cielo y movieron la cabeza; ambos deseaban lo mismo, que lloviera o que no lloviera. Entonces la mujer lo tomó a él del brazo, y muy rápido, se alejaron calle arriba. Cuatro casas más allá se detuvieron junto a un auto pequeño estacionado junto a un árbol..., me pareció que el auto era una Citroneta. Se metieron adentro, la mujer al volante, y partieron hacia quién sabe qué continuación de esta historia. No. Claro que no eran ellos.

Al cruzar de la placita a la vereda del café por cobijarnos bajo su alero hasta que pasara un taxi, leí sobre la puerta:

CAFÉ YELISAVETGRAD.

—¡Yelisavetgrad! —exclamé triunfante.

—¿Qué dices?

—Que el pueblo donde fue Horacio Carlos a buscar su tribu se llamaba Yelisavetgrad. No te lo mencioné antes porque se me había olvidado y temí que te dieras cuenta de que me estoy poniendo un poco arterioesclerótico...

—¡Esa es una coquetería de hombre maduro...! —exclamó ella, riendo.

Corrimos a tomar un taxi que pasó por la otra esquina. Le di la dirección de Pepita para pasar a dejarla. Cuando partimos en dirección contraria a la dirección hacia donde se fue la Citroneta, Pepita me preguntó:

—*¿Tú* crees que importan...?

—¿Qué?

—Los nombres. Yelisavetgrad, por ejemplo.

—Sí. Mucho. En muchos sentidos.

Santiago, 30 de junio de 1989

Librodot

Naturaleza

muerta con cachimba

Para Carmen Borrowman y Fernando Balmaceda

I

DESPUÉS DEL BREVÍSIMO acto judicial que disolvió nuestra CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL, quedé seriamente deprimido. Acusado por los socios de utilizar para mi beneficio esta organización que desde mucho antes de afiliarme a ella estaba planteada como ajena a todo fin de lucro, mi decisión de retirarme dejándola acéfala provocó la necesidad de cerrar sus puertas en forma definitiva porque, la verdad sea dicha, yo era el único socio realmente activo que iba quedando. A pesar de la enojosa situación producida en torno a mi persona, como mi cargo era de Secretario Ejecutivo, me tocó hacer entrega de las llaves al Juez, amén de poner a su disposición nuestro escaso peculio y todos nuestros enseres.

Antes de asistir a la convocatoria hice varios llamados para inducir a los socios a que me demandaran, para poder defenderme públicamente y así abandonar la CORPORACIÓN, el banco y Santiago con mi nombre limpio. No definí este propósito, pero claro, todos olieron una situación dramática al atender a mi exhorto telefónico y se excusaron de acompañarme al acto: la Eglantina rehusó asistir al «sepelio» de algo por lo cual —usando su terminología grandilocuente de actriz retirada— ella se «había jugado entera», lo que no es verdad. Don Artemio estaba en cama según me dijo esa mujercita con la que vive y hace pasar por su segunda esposa: me mandó recado de que se sentía mal, evidentemente un subterfugio para no asistir al careo, ya que por su avanzada edad —tiene suficientes años como para recordar a Larco en todo su esplendor de dandy legendario paseándose por las calles del centro, de regreso de París o de un safari—, el finiquito le causaría mayor desconsuelo que al resto de nuestro menguado grupo. Misia Elena Granja partía esa misma tarde a las Termas de Panimávida con una sobrina de la que jamás nos había hablado, para comer bien, descansar y reponerse, tan desazonante le resultó nuestra crisis. Y así todos. Me sentí abandonado porque me di cuenta de que a nadie le importaba nuestra CORPORACIÓN, y tampoco el arte, ni Larco, y menos que nada mi destino personal. No llamé a nadie más. ¿Para qué...?

Me apersoné solo en el Juzgado para terminar el asunto de una vez y para siempre, y olvidarme de la CORPORACIÓN.

Después de la ceremonia, al salir con nuestro LIBRO DE ACTAS bajo el brazo —«¿Para qué me voy a quedar con este mamotreto inútil?» me preguntó el Juez al entregármelo— regresé a mi pieza cruzando el parque, donde alguna hoja titubeaba un instante en el aire antes de caer. Crucé el río hacia el norte por el puente de Recoleta. No pude contener un impulso melodramático y lancé al Mapocho nuestro periclitado LIBRO DE ACTAS, mi memorial de tantos meses de desvelo. Lo vi navegar un corto trecho manoteando como un suicida, pero muy pronto desapareció en las aguas contaminadas por todas las cloacas de nuestra Babilonia.

Una vez en mi dormitorio, confuso y con el corazón por el suelo, me encerré a reposar porque además de todo me dolía la cabeza con un comienzo de resfrío. Antes de adormecerme, eso sí, me levanté para llamar por teléfono a la Hildita. Sus compañeras de trabajo me dijeron que después de pedir permiso y dejar una reemplazante había salido para ir a juntarse conmigo. No les dije que fue la tristeza lo que me hizo olvidar esperarla en la puerta del Juzgado según lo convenido. Me acosté de nuevo, y como se había pasado la hora de la cita colgué el cuadro frente a mi cama y me hundí en uno de mis habituales duermevelas.

Desperté varias horas más tarde: ya sabía qué iba a hacer con mi vida.

II

DEBO EXPLICAR QUE me llamo Marcos Ruiz Gallardo. Tengo treinta y un años y si bien soy soltero, antes de estos acontecimientos estaba comprometido para casarme con la Hilda Botto Gamboa, asistente médico con especialidad en odontología periodóntica. En los tiempos no muy lejanos de que estoy hablando yo era un bancario de rango más bien modesto, pero tenía fundadas esperanzas de merecer un ascenso muy pronto, ya que mis superiores sabían valorar mis cualidades, sobre todo mi pulcritud y mi cumplimiento. Mis compañeros de trabajo solían mofarse de estos atributos de mi personalidad llamándome «el viejito Ruiz» —atributos que me hicieron merecer el cargo de secretario de nuestra CORPORACIÓN, área de mi existencia incomprensible para ellos—, ya que les parecía poco moderna mi discreta indumentaria y afectada mi dicción, de la que admito ser extremadamente cuidadoso. No dejaba de sentir en el trato de mis colegas cierto ingrediente de envidia por este perfeccionismo que me caracteriza: es fruto de más de dos años de estudios de Derecho, que me vi en la necesidad de suspender a raíz de la muerte de mis padres en un accidente de micro en la cordillera, en viaje de paseo a Mendoza y para comer bifes baratos y comprar suéters. Después, la experiencia me ha hecho confirmar lo que decía Larco: que la envidia es un tributo de la mediocridad al genio. Ahora tengo distancia suficiente para darme cuenta de que las chocarreras bromas de oficina no eran más que una forma de admiración, en realidad, un halago.

Se comprende que mis compañeros de oficina sintieran envidia de una persona de mayor cultura como yo. De algún modo deben haber adivinado que estas características mías tan poco comunes en nuestro ambiente me asegurarían rápidos ascensos. Formalizaría, entonces, mis relaciones con la Hildita, honor que su padre, cajero jubilado de este mismo banco donde le habrán suministrado informes sobre mi persona ya que mantiene buenas relaciones con sus antiguos jefes, estaba dispuesto a concederme: nadie tan capaz como él de apreciar mis cualidades de honradez y decoro.

¿Qué pensará ahora? Hace meses que no hablamos. Prefiero no pensar en la opinión que ahora tendrá de mí.

Se me nubló la vista y se me aceleró el pulso al pensar en esto después de desembarazarme de todo, hasta de nuestro LIBRO DE ACTAS. Traté de reunir fuerzas para levantarme y telefonear a la Hildita otra vez, muchas veces, hasta hablar con ella y rogarle que comprendiera por qué me sentía tan ofendido y desilusionado. ¿Quién mejor que ella, al fin y al cabo, si ella vivió gran parte de estas experiencias conmigo? Pero un peso muerto me impedía levantarme. La verdad es que paralelamente a mi necesidad, sentía un gran rechazo por el compromiso que otrora adquirí con el corazón henchido de amor, de unir mi destino al suyo. ¿Cómo había llegado a amarrarme así...? ¿Cómo liberarme? La verdad es que había mamado —como vulgarmente se dice— la caballerosidad en la cuna, y el ejemplo de mi padre, que aunque de posición modesta era todo un caballero, siempre guió mis pasos. ¡Qué difícil me parecía ahora permanecer sumiso a mi destino! ¿No tiene uno derecho a cambiar, entonces, a desarrollarse, a crecer...? ¿Cómo dejar de rebelarme después de conocer aspiraciones tan distintas al asomarme al universo de Larco?

La verdad es que el planteamiento era simple. Podía resumirse en una sola pregunta, urgentísima porque sintetizaba todas las demás: ¿cómo no comparar todo lo mío con lo suyo, el trabajo del banco con el trabajo del artista, Santiago con París, ahora con entonces, mi vida con la suya, a la Hildita Botto, por último, con la baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven, la sugestiva danesa que fue el gran amor de Larco, y del *bruzo* del opulento chileno se lucía por los bulevares de París con su melena adornada con latas de sardina para escandalizar a los burgueses?

Librodot

III

LA CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL era una de esas instituciones vetustas, ya casi olvidadas, que quizás en otra época tuvieron una actuación de cierto relieve aunque no quedan documentos ni personas que lo recuerden. Al no formar una tradición cultural propia ni identificarse con una clase o una pasión política o social, hoy no calza en la vida contemporánea y quizás no calzó nunca. Inmediatamente que la CORPORACIÓN cayó en mis manos —los socios sobrevivientes apenas se acordaban de la CORPORACIÓN, así es que a nadie le extrañó ver a un hombre que comparado con ellos era sólo un chiquillo colocándose a la cabeza y cobrando cuotas—, intenté conseguir publicidad gratuita y nuevos miembros para nuestras ralas filas, que en el momento del cobro se redujeron a ocho socios. Hacía decenios que la prensa no publicaba ni una sola línea sobre nuestro grupo. Ningún socio recordaba cuáles fueron las últimas actividades de la CORPORACIÓN ni se interesaba por organizar nuevos proyectos. ¿Cómo se iban a interesar si tampoco eran sensibles a los peligros que acechaban a nuestro rico patrimonio artístico? Abrir autopistas y avenidas, en cambio, construir ostentosos inmuebles de renta, habilitar canchas de estacionamiento y clubes deportivos, esas empresas tan modernas que hoy por hoy consiguen el aplauso general además de millonario financiamiento, eran las que en el fondo alistaban el entusiasmo de nuestros socios. Así, la cruel picota de la plusvalía tumbó sin compasión nuestras iglesitas de adobe y casonas tradicionales, derribando los orgullosos palacios de nuestra aristocracia que en algunos afortunados casos aún agracian barrios que conocieron tiempos mejores: pero nuestros socios jamás se pronunciaron en defensa de nada. No comprendo por qué se hicieron socios en primer lugar. Y menos, por qué siguieron siéndolo.

La Hildita estudió un año de periodismo antes que su ortografía la delatara como irremediablemente disléxica. A raíz de ese desengaño tuvo que optar por otra carrera, una carrera que en buenas cuentas es mucho más moderna. Con el fin de ayudarme en mis esfuerzos por revitalizar nuestra CORPORACIÓN, desempolvó de no sé donde a un compañero de aquellos lejanos tiempos, ahora reportero de un diario de la tarde, y lo convenció de que hiciera una nota —muy breve, es cierto, y me sentí un poco incómodo porque apareció en la «Sección Espectáculos»— sobre nuestro grupo.

Mejor no acordarme de los esfuerzos que me costó reunir y mantener la coherencia de ese puñado de ancianos brotados quién sabe de dónde a la voz de que se iba a tomar una fotografía. ¡Las toses y las corrientes de aire, los olvidos y los cambios de hora, las discusiones sobre ininteligibles derechos de precedencia y sobre fechas remotas! Quedaron furiosos al no reconocer sus caras hechas como de puntitos en la fotografía de grupo que apareció en el diario, todas iguales, todas blancas y planas, con la identidad y el sexo borrados, sus ojos nulos como en las mascarillas de muerto. Premunido de este recorte visité a varias personas privadas y públicas a las que conseguí acceso, con el fin de solicitar una pequeña cooperación. Coseché más consideraciones chistosas que dinero, apenas suficiente, en total, para mis gastos de locomoción de un extremo de la ciudad a otro. Sin embargo, con cheques a fecha girados sobre el ínfimo peculio que logré reunir y sobre cuotas futuras, alquilé un local que la Hildita y yo amoblamos con los desechos de los soberados de algunos socios: sofás de crin con resortes que rompían el tapiz, una mesa con la cubierta áspera de pintura mal raspada y un escuadrón de sillas misceláneas con un brazo colgando o el respaldo endeble.

En lo que sí gasté fue en mandar a hacer timbres de goma y papel con membrete, cosas que yo, puesto que tengo inclinaciones artísticas —que posteriormente hicieron que me señalaran con el dedo de la ignominia— diseñé con el mayor cuidado: dos angelotes sosteniendo un espejo de aparatoso marco que encierra el nombre de nuestra CORPORACIÓN. Debo confesar que me quedé con el sobrante de la resma que encargué, y que les escatimaba papel a los socios. Cuando me sienta con fuerza iré a tirar esos papeles al mar desde las rocas del Suspiro.

Librodot

Interesar a los Socios en la manufactura de un proyecto de actividades futuras fue una tarea muy pesada. Y no sin razón porque nuestra sociedad, tal como estaba planteada antes de que pasara a mis manos tenía poco que ofrecerles. Carecía de un programa de conferencias, paseos, trabajos, estudios, lecturas, visitas y diaporamas (que ahora se usan tanto). ¿Cómo hacer conscientes a los socios de la alta misión de nuestro grupo, cómo interesarlos aunque no fuera más que planteándoles todo el asunto como un pasatiempo culto? ¿Cómo alertar hacia nosotros los medios de comunicación si lo que ofrecíamos no pasaban de ser visitas a desmantelados museos, cosa que cualquiera podía emprender por su cuenta en caso que de veras lo deseara?

Alguien recordó que alguna vez se habló de «tours» guiados a los palacios de la gran aristocracia santiaguina, en la Alameda y en la calle Dieciocho. Pero hasta socios que presumían de vagos parentescos con esas familias fracasaron en sus tentativas de conseguir permiso. Esa iniciativa, por otra parte, databa de cuando los dueños mismos las habitaban, no de ahora, que están convertidos en sórdidos juzgados o en oficinas de carácter sospechosamente incierto, como la oficina que nosotros ocupábamos en el segundo piso, interior, de una casa en la calle Vidaurre.

Al cruzar el parque para acudir a reunirme con la Hildita sentí que mis piernas se negaban a seguir llevándome. ¿Por qué no huir, sí, huir ahora mismo en vez de presentarme a la cita recién concertada en nuestra conversación por teléfono, cuando tan comprensiva conmigo se mostró?

—Usted siempre me tendrá a su lado —me dijo.

—Gracias, Hildita.

—Es que esa gente no lo comprende.

—Quieren que devuelva todo.

—¡Figúrese!

—¿Se da cuenta de lo miserables que son?

—Tiene dedicatoria. Y además, los dos retratos...

—Alegan que no somos nosotros. Que son personajes de alcurnia, así es que mejor no tengamos esas pretensiones. Por eso, dicen, el cuadro tampoco probaría nada.

—Claro que se dan cuenta de que yo, en jamás de le jamases, me pondría un vestido tan escotado.

Le colgué sin despedirme. Comprensión, cero. ¡Podía pasarme muy bien sin su ternura y soñar noche tras noche con sardinas y Dinamarca! Me senté en el pedestal del busto del poeta Manuel Magallanes Moure para contemplar las hojas amarillas que iban cubriendo poco a poco mis zapatos. Me di cuenta de que preferiría cualquier cosa —incluso manotear en el Mapocho como nuestro LIBRO DE ACTAS— antes que dejarme ahorcar por el abrazo de la Hildita. ¿Cómo no sentirme confundido por ese torbellino de contradicciones si mis meses en la CORPORACIÓN fueron los más brillantes de mi vida? ¿Y tener en mis manos la joya de arte que tan claramente me corresponde pone a mi alcance un universo distinto a cualquier cosa antes soñada? Es verdad que esos sueños me cambiaron. Pero no por codicia, como tantos socios creen. La posesión de objetos nobles —y lo he probado de sobra— no es lo que más me moviliza, aunque no descarto su halago.

En fin, no creo que los socios me enreden en un juicio criminal, como me amenazaron: su atención no tiene garra suficiente como para emprender una prolongada querella. ¡Pero que no pretendan negarme los momentos que me aproximaron a la auténtica grandeza!

IV

TODO COMENZÓ CUANDO la Hildita y yo decidimos que las cosas entre nosotros no podían seguir como estaban y tomamos la determinación de pasar el siguiente fin de semana juntos. Los padres de la Hildita son muy a la antigua, y si bien no tengo quejas sobre la forma en que don Jorge Botto y su señora me recibían, pese a que la Hildita cumplió treinta y tres años y tiene su carrera, y da para la casa y todo, sus padres la cuidaban mucho. La casa de los Botto es bastante chica. Mis suegros nos prometían que cuando nos casáramos acomodarían el comedor como dormitorio y se trasladarían a él, cediéndonos el dormitorio principal que ellos ahora ocupan. Era natural que desearan no separarse de su única hija, tan natural como que yo, que no tengo familia, aspirara a integrarme a su núcleo. Cuando los viejos se retiraban a su dormitorio después de comida a ver la tele antes de dormirse, misia Rita le decía a su hija al darle el beso de buenas noches:

—No se acueste muy tarde, mi hijita.

—No, mamá. Buenas noches.

—Yo me voy en cinco minutos más, señora Rita.

—Buenas noches, Marcos.

—Buenas noches misia Rita. Buenas noches, don Jorge.

—Buenas noches, Viejito.

—Buenas noches.

Esos cinco minutos eran con frecuencia bastante largos. En el cuarto de al lado, la tele a todo volumen casi no nos dejaba conversar. Pronto apagaban la tele, sin embargo, pero era como si lo hicieran con el propósito de atracar la oreja al tabique que nos separaba. El mueble de asiento más grande del salón es un sofá antiguo, de modo que nuestro amor se veía limitado por incómodas maderitas talladas en forma de rosas que se incrustaban en las partes más delicadas de nuestras anatomías. Por miedo de manchar el tapiz amortiguábamos con la punta del pie en el suelo nuestra agitación para que nuestro frenesí no venciera las maderitas que se quejaban en sordina, igual que la Hildita. Estábamos entristecidos con estas condiciones de nuestro amor. Soñábamos con pasar una noche entera uno en los brazos del otro para disfrutar sin limitaciones de nuestra intimidad, con todo el tiempo del mundo para acariciarnos. Pero la Hildita siempre titubeaba. No se decidía a engañar a sus padres, que tanta confianza tenían en ella. Varios proyectos encaminados a cumplir este anhelo fracasaron. Hasta que por fin logré convencerla de que mintiéramos —no era pecado, no era falta *de* respeto, era algo natural a nuestra edad que pronto comenzaría a marchitarse—, pidiéndoles permiso para ir a pasar el fin de semana en la casa de una amiga en Viña del Mar, que por suerte no tenía teléfono: se trataba de una amiga de sus tiempos de periodismo, una chiquilla más suelta de cuerpo que las primas con que habitualmente salíamos a misa y al teatro, tan cuidadas como la Hildita.

Tomamos una micro que en lugar de llevarnos a Viña nos llevó, como lo teníamos planeado en secreto, a Cartagena. Estoy de acuerdo con que Cartagena dista mucho de ser un lugar ideal. Pero como la Hildita vivió en Viña cuando don Jorge trabajaba en esa sucursal del Banco, los Botto tienen muchas relaciones en la Ciudad Jardín y a la Hildita le dio no sé qué que por casualidad nos vieran juntos y se pusieran a hablar de más.

Cartagena, en cambio, es un balneario netamente popular. A costa de parecer pretencioso debo declarar que los amigos con que nos juntamos jamás irían a pasar sus asuetos en Cartagena porque los trenes excursionistas del domingo repletan el balneario de gente bulliciosa, con picnics que dejan inmunda la playa. Pero en invierno —fue en un mes de julio muy destemplado que descubrí a Larco— es muy distinto: un rinconcito solitario y melancólico y lleno de ecos.

V

Librodot

LAS NUBES ESTABAN bajas sobre el mar sin horizonte cuando llegamos, y todo tenía un aire desteñido, como una vieja acuarela vista a través de un vidrio que no se limpia hace años. Los vetustos caserones de tabla con terracitas y galerías de vidrio de cuando Cartagena era un balneario de moda, remontaban las colinas, ahora convertidos en pensiones con letreros y en hotelitos clausurados por chapas de fierro atornilladas sobre las ventanas. Vimos un hotel abierto en Playa Chica y nos bajamos de la micro porque ese sector, sabíamos, es el de más categoría. La terraza que rodea la playa azotada por el oleaje estaba desierta. Aunque a la Hildita y a mí nos protegían nuestros buenos impermeables y paraguas, nos empapamos porque las olas que devoraban la playa barrían también las avenidas, y los nubarrones se revolvían allá arriba revelando grandes jirones celestes. Nos inscribimos en el hotel, la Hildita con un nombre supuesto como si se tratara de una artista de cine, y subimos furtivos a la habitación que nos indicaron. Nos encerraron, por fin solos, sin que nadie se inquietara por lo que dos personas perfectamente adultas podían estar haciendo.

Supongo que será frecuente que las cosas sucedan así cuando, después de ansiarlo tanto, uno por fin se encuentra a solas con su amor: todo, entonces, es menos que lo esperado, más deslucido, menos excitante que la ilusión. Miré a la Hildita desvistiéndose al otro lado de la cama. Sus codos nudosos se enredaban al desabrochar su ropa interior y sus movimientos poco agraciados parecían disimular su cuerpo en vez de ofrecérmelo. Luchaba dentro de su camisa de dormir para ponérsela antes de desvestirse igual que en los internados de monjas, como para que ni un solo centímetro de su carne me provocara malos pensamientos. Y cuando salió del cepo de sus calzones caídos por debajo de la camisa hasta los tobillos, se refugió en la cama con la sábana hasta el mentón. Encima de la sábana quedó aislada su cara con una semi-sonrisa que parecía pedirme indulgencia por sus ojitos miopes, un poco juntos, que se habían puesto colorados con el viento salino: en cuanto comencé a desvestirme los cerró. No quería verme. Y yo, mal apertrechado para un lance galante, había traído mi pijama de moletón a rayas. .., preferí no ponerme una prenda que, en ese momento me di cuenta, era tan poco romántica. De un salto me refugié junto a la Hildita y la abracé.

—No... no, por favor... —susurró, tiritando.

—Para que entre en calor pues mijita.

No pudo contestar porque tenía la boca llena con mis besos. Vi lágrimas bajo sus párpados cerrados. En un acceso de entusiasmo eché hacia atrás las sábanas, dejándonos descubiertos.

—No..., no... —repetía ella tironeándose la camisa enrollada en su cintura para bajársela de modo que yo no pudiera mirarla.

—Sí..., sí: quiero verla desnuda. Míreme a mí... tóqueme... —susurraba yo en su oreja con pasión fingida porque la verdadera se me había congelado al verla tan angulosamente poco calificada para el amor.

—No..., no...

—¿Qué le pasa, Hildita linda? ¿Por qué no quiere...?

—...es cochino hacerlo desnudos...

—No sea así conmigo pues mi hijita...

—...es como... como degeneración mirarse...

Hacía demasiado tiempo que en la salita de su casa soñábamos con exactamente esta situación, que era lo que podía suceder ahora. Ella, calenturienta, me rogaba que le contara cosas, que le dijera cochinadas, que la tratara como a una ramera, que le dijera qué le había dicho a la puta con que me acosté cuando chico y qué me contestó ella, que le pusiera la mano aquí, acá, más abajo, que le hiciera cosquillas acá, usando su boca para insinuar pecados y humillaciones inconclusas debido a nuestros escrúpulos. Aquí, en el hotel, estaba también usando su fantasía. Pero para rechazarme: pasos en el corredor, balbuceaba, como si a alguien le importáramos..., una cara conocida la miró al entrar de mi brazo al hotel..., le daba asco el olor a caldillo de congrio que subía desde la cocina..., no, no, a ella no le gustaban las cosas así, en pleno día, le gustaba oscurito, con ropa, la intimidad de enagua y cierre, botones

Librodot

enganchados en ribetes de encaje, el entrevero de calzón de nylon y pantalón abierto sólo a medias por si alguien viene, sí, sí, vienen, vienen y me van a castigar, en el momento cuando el amor se iba a precipitar en la oscuridad. ¡No así, a toda luz, los dos desnudos, así no, por favor...! Hasta que le pegué una bofetada que la dejó gimiendo: ¡NOOOOOOOOOOOOOOOOO...! al llegar a la culminación.

No quiso descansar en mis brazos. Quiso vestirse inmediatamente. Lo hicimos cada uno a su lado de la cama, dándonos la espalda como enemigos, separados por el revoltijo de sábanas como por un campo de batalla abandonado. Bajamos a almorzar en silencio. El menú ofrecía como especialidad de la casa un caldillo que la Hildita rechazó con asco. Yo, en cambio, pedí un gran plato, enjundioso y fragante, destinado a cargarme de pasión para la hora de la siesta. Cuando terminó sus duraznos al jugo, la Hildita declaró que no tenía ganas de dormir la siesta porque había cabeceado en la micro. No tuve necesidad de recordar sus codos para encontrar que, claro, mejor no dormir siesta. Y como el cielo se había despejado un poco y había un solcito benigno aunque intermitente, dijo que tenía ganas de salir a turistear un rato para conocer Cartagena, le habían contado que las rocas del Suspiro eran tan lindas.

Librodot

VI

CAMINANDO CERRO ARRIBA por las calles del pueblo la Hildita se puso más contenta. Las gaviotas blancas, recién bañadas, volaban sobre nuestras cabezas, sobre los pitosporus acharolados por la lluvia. Las veletas enloquecían alegremente en los viejos torreones que la Hildita opinó que eran unos mamarrachos. Entre dos casas altas se abría un abismo estrecho como una ventana por donde la vista se precipitaba hasta el mar que batía el hacinamiento de rocas azuladas. Me detuve.

—Mire... —le señalé—. Leonardo.

—¿Quién?

—No. Nada.

—Usted no me quiere porque me encuentra tonta.

Sí. Tonta. Y también fea. Pero callé. ¿Qué otra cosa podía hacerme a estas alturas? ¿Qué me había hecho meterme con ella sino mi certeza de que por su insignificancia no podía darse el lujo de rechazarme? ¿Qué nos había mantenido juntos sino el miedo de que si nos separábamos quedaríamos solos para siempre? Seguimos caminando calle arriba. El vaho salino penetraba mi ropa hasta mi piel, donde el frío extinguió el último rescoldo que dejó en ella la pobre hoguera de la Hildita. El adiós definitivo estaba a punto de producirse. Lo postergaba para no enfrentar la vergüenza de verla ponerse más fea aún al llorar. Sonándose, dijo que le parecía que se había resfriado un poco así es que mejor no quedarse en Cartagena esta noche sino regresar a Santiago hoy mismo. Pena. Sí. Y compasión. Por ella y por mí.

Caminábamos lejos del mar, por las calles del pueblo situado encima de las lomas, detrás del correo y de la Parroquia. Cuando le contesté que muy bien, como ella quisiera, comenzó a echarme en cara que a mí no me importaba regresar esta misma tarde porque no la quería. ¡Qué lástima ser una señorita decente! Pero así eran las cosas, así es que claro, en estas circunstancias lo mejor era volver. De repente dejó de hablar y con el dedo me señaló un letrero que colgaba de la puerta de una casa baja, de fierro acanalado gris y revenido como el día, con dos ventanas que daban sobre la vereda. Mis pensamientos, sumidos en la desdicha del hombre que se confiesa a sí mismo que jamás amó, volaron a fijarse en el enigmático letrero:

—MUSEO LARCO —leyó la Hildita.

—¿Qué será? —me pregunté en voz alta.

—Un museo.

Releíamos el letrero cuando se abrió la mampara. Apareció un anciano resoplante y gordo aunque endeble, con su cara color terracota con el aire marino. La fetidez de su disnea alcohólica nos alcanzó, y al acercarse penetramos en el ámbito de vino generado por su andrajosa persona. Me preguntó festivamente:

—¿Van a entrar?

—¿Qué hay?

—Cuadros.

—¿Qué cuadros?

—De Larco.

—¿Quién es Larco?

—Era.

—¿Murió?

—Murió. Doscientos pesos la entrada.

—¿Usted es el cuidador?

—¿Quién quiere que sea?

Su actitud me pareció impertinente. Pero pagué, más que nada para entretener a la Hildita de modo que olvidara su prisa por volver a casa de sus padres y así aprovechar la noche que yo había cancelado de antemano en el hotel. El viejo abrió la mampara de vidrios con losanjes violetas y anaranjado en las esquinas, y metiendo mis monedas en su destripado

Librodot

bolsillo nos invitó a pasar.

Un inexplicable «deja vu» —locución que desconocería sin mi acercamiento al universo de Larco que empezó en esa visita— me envolvió al entrar en el museo. La discutible claridad de la tarde se asomaba por los vidrios polvorientos del exiguo patio. En la penumbra, el cuidador, con su chaleco verde-botella encima del pijama de moletón a rayas semejante al mío aunque menos pulcro, nos abrió una puerta.

—Por aquí —dijo.

En la habitación oscura abrió primero los postigos de una de las ventanas, después los de la otra: como en dos fotogramas consecutivos, antes que mis ojos pudieran distinguir qué contenía la habitación, la claridad de las ventanas reveló dos momentos del paso de una señora llevando una vianda. Sonó el timbre:

—Mi vecina... —explicó el cuidador, y desapareció para atenderla. Lo oímos afanarse en el interior con vasos y platos y corear una risa femenina.

Las paredes de la habitación donde nos encontrábamos estaban cubiertas hasta el techo con cuadros. Antes de darme cuenta de si el «deja vu» que continuaba alucinándome se situaba adentro o afuera de los cuadros, me pareció reconocer cierto olor a comida tibia sobre un mantel de hule, el aire estancado pese a las corrientes, los anteojos y el periódico junto a una botella que había dejado una redondela morada en el mantel, y una flor deshojándose prosaicamente en un vaso para lavarse los dientes...

Yo, entonces, nada sabía de pintura moderna. Al hojear álbumes de reproducciones no reprimía mi desdén por los Braque, los Picasso, los Duchamp, los Juan Gris y sus imitadores, que no dejaron huella en mí porque lo que entonces me conmovía eran los perfiles de damas renacentistas sobre perspectivas de árboles o ruinas o rocas, o las frutales muchachas de Renoir disolviéndose en luz. Pese a las inciertas alusiones que sentí en el MUSEO LARGO, en ese primer momento no supe qué estaba viendo. Todo me pareció de un feísmo atroz, grises y pardos sucios y volúmenes descompuestos que yo debía rearmar, todo muy distante de los preceptos de belleza que propiciaba nuestra CORPORACIÓN. Jirones de arpillera o de periódico, un dominó, el veteado de falso mármol de un zócalo, un damero, una botella sin transparencia, letras, notas, números volando: entonces no lo sabía pero ahora lo sé, que el propósito de esta pintura no es retratar la realidad ni las emociones, sino que consiste en una serie de intrincadas propuestas formales. De paso, le da una vigencia socarrona a los interiores donde se encerraban los pintores del París de esa época, un rincón de estudio, una mesa de café, un dominó, una botella consumida a medias, la espalda de una modelo descubierta por un kimono caído... el mundo urbano, de puertas adentro de estos anti-intelectuales y sus pequeños placeres egoístas y poco exigentes.

Mi primera reacción fue la de rechazo a este encierro parisino que reconocí sin saber que lo estaba reconociendo en una calle postergada un invierno en Cartagena. Miré a la Hildita. ¿Había sentido algo...? Iba bostezando prendida de mi brazo. Haciendo el recorrido de la habitación más que contemplando los cuadros, se acercaba a ellos y leía en voz baja: Larco, fechas entre 1920 y 1935 y los nombres de los cuadros: GUANTE DE MUJER, DAMERO CON BOTELLA, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA..., y se retiraba y pasaba al siguiente cuadro o al de más arriba, frente a los que repetía la misma parodia.

VII

CUANDO TERMINAMOS ESTA primera visita que a pesar de lo breve me resultó bastante aburrida —¿cómo es posible, me pregunto hoy, que todo un secretario de la CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL haya sido tan ciego?— nos dispusimos a partir sin comentarios. Esa media hora transcurrida en el MUSEO LARGO no estaba destinada, pensé, a trastornar de ninguna manera mi vida.

Antes de salir buscamos al cuidador para anunciarle que nos retirábamos. Tuve ocasión para echar una mirada al interior de la estrechísima casa: en una segunda habitación, dormitorio que también servía de comedor, nuestro personaje, sentado en una mesa cubierta con hule, cuchareaba su cazuela. Sobre la mesa vi la vianda traída por la señora de los fotogramas y un vaso de vino tinto vacío. Más allá, un catre de bronce bastante ostentoso. El cuidador se puso de pie:

—¿Ya se van?

—No hay mucho que ver.

—Ni siquiera han visto sus reliquias.

—¿Qué reliquias?

—Las de Larco. Las cosas que pintó en París. Ésta es su cama. Se nota que es importada, ¿no? Forma parte de las piezas conmemorativas del MUSEO.

—¿No dice que vivía en París?

—Sí. La trajo cuando vino a terminar sus días aquí.

—¿Por qué en Cartagena?

—Por la misma razón que estamos todos aquí, yo, usted, él: por pobres.

—¿Era pobre?

—Todos los buenos artistas son pobres. Él era demasiado orgulloso para hacerse bombo con su fama internacional. Cuando el público de Chile no le hizo caso a su talento aclamado en Europa, se vino a instalar aquí con sus cuadros, y aquí murió solo pero contento sin que nadie en este país de mediocres se acordara de él.

Observé al anciano, evidentemente aquejado de juanetes, con el bigote blanquizco y los escasos dientes teñidos por el tabaco. ¿Quería deslumbrarme mostrándome ese cuartito apestoso a cebolla donde se había dirigido a abrir la vitrina del rincón junto al catre? Contenía una pipa vieja, un dominó incompleto, una baraja, un periódico francés de fecha pretérita, un guante lila desteñido, una botella de Pernod vacía, y varias fotos tomadas con técnicas anticuadas de un grupo de alegres muchachos con la Torre Eiffel detrás, o un puente, o una terraza de café. Con bastante dificultad para identificarlo, el anciano nos señaló a uno de los muchachos, elegante y delgado, vestido con un traje de soberbio corte aunque con las arrugas del buen casimir de entonces.

—Éste es Larco —nos presentó señalándolo con la uña rasgada de su meñique—. Hay un cuadro suyo en el Museo de Bellas Artes de Santiago. ¿Lo han visto?

—Está cerrado.

—¿Ah, sí? No importa. No es lo mejor.

Ante nuestro tartamudeo excusándonos por no ser expertos en pintura moderna, el redoble de su estómago sonó como una despectiva réplica. No nos dejaba irnos, sin embargo, insistiendo en contarnos deshilvanadas historias acerca de las fotografías, éste es el pobre Vaché que se suicidó, y ésta la baronesa Elsa con su melena loca al viento, y aquí está la pareja Elsa/Larco en un tándem, o con cucalones y empuñando rifles, o con un pie sobre el cadáver de la bestia recién tumbada, o brindando con copas que, el cuidador nos informó, eran de Pernod.

—¿Cómo sabe usted? —le pregunté, un poco irritado con su pedantería.

—Yo lo acompañaba a todas partes. Tal como lo acompañé a vivir aquí en sus últimos años y me dejó de heredero universal. A mí también me gustaba el Pernod. A él le gustaba mucho como yo se lo preparaba: el vaso con un colador lleno de hielo y un terroncito de

Librodot

azúcar y por ahí se hace caer lentamente el agua para que así el Pernod se nuble en el vaso...

Sus ojitos de un color inidentificable pero muy brillante confirmaron su superioridad con un guiño, afirmando con desdén que hoy nadie toma Pernod, y menos, sabe prepararlo. Él mismo hacía más de medio siglo que no lo probaba. ¿Qué sabían de Pernod los pedestres pintores de hoy a los que sólo les interesaban sus innobles pugnas por figurar, peleándose premios oscuros y distinciones ridiculas? No eran capaces de darse cuenta de que NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA de Larco, por ejemplo, era una de las obras maestras de la pintura de este siglo. ¿Lo habíamos visto...? Sí, claro, era el cuadro más grande de todos... ¿Pero lo habíamos visto bien y nos había gustado? Bueno, sí, hasta cierto punto, porque cuando uno está acostumbrado a ver pintura de otra clase, es difícil...

—¡Claro que es difícil! —exclamó el viejo—. Esa es su gracia: pintura de élite, para entendidos, no para las masas incultas. Es necesario civilizar a las masas, decía él, si no queremos que nos destruyan.

¿No queríamos comprar NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA? Lo dejaría a buen precio. Sin oír nuestros delicados rechazos, el cuidador —antaño su valet, ayudante de taller, además confidente, aunque esta afirmación me pareció una mentira de lo más burda—, se distrajo espantando la mosca que se cebaba en su gruesa nariz alcohólica, y repitiendo como un papagayo cosas que su señor le había dicho en circunstancias remotas: que la fama carece de importancia, sobre todo en un país como éste donde nadie conoce a los verdaderos grandes, Juan Gris, Hans Arp, Gaudier-Breszka, Schwitters, Leger, Moholy-Nagy. El dinero tampoco le importaba gran cosa. Lo tiraba a manos llenas en fiestas de disfraces en su casa del Boulevard Raspail, en cruceros por el Mediterráneo, en excursiones al desierto africano con la baronesa o con otras damas a las que colmaba de costosos regalos. ¿Qué podía importarle el dinero? Al fin y al cabo su familia había sido dueña de todo esto, y el cuidador lo decía girando orgulloso para señalar con el brazo extendido, el contorno de los cerros de Cartagena. Nació en la opulencia y vivió en el boato y el placer, pero de su fortuna ya no quedaba más que el desolado ámbito de esta casita. La fama, citaba el cuidador, no era más que el homenaje que le rinde la mediocridad a lo que no entiende, por eso el olvido era el mayor de los halagos. Su conferencia nos retenía en la puerta del MUSEO, nosotros protegidos de la lluvia por nuestros paraguas mientras él, débilmente y sin hacerle caso al agua que lagrimeaba sobre su rostro pecoso de años y miseria, nos despedía:

—Pero no vayan a creer que Larco era como esos chascones cochinos que dicen que el arte es lo único que importa. No. ¡Vieran sus pañuelos de seda, sus polainas de gamuza! Es la vida lo que tiene que ser una obra de arte, decía: el arte es una mierda.

Librodot

VIII

EL BALNEARIO ESTABA oscuro cuando bajamos los cerros hasta el hotel. En vez de caer uno en los brazos del otro en nuestra habitación como yo tenía previsto, mientras preparábamos nuestros maletines para el regreso nos trenzamos en una discusión sobre el cuidador. La Hildita declaró que ese viejo repulsivo no tenía derecho a contar intimidades de su patrón, aunque estuviera muerto. Tampoco a darse humos de propietario de unos cuadros que quién sabe cuánto valían —¡pensar que con el propósito de humillarla afirmé que no valían absolutamente nada y que me hiciera el favor de no meterse a opinar sobre pintura!—, lo que era una falta de respeto de ese roto intruso. ¿Qué no veía que era un estafador, le grité, que esos cuadros estaban tan desprovistos de mérito que era evidente que los pintaba él para vendérselos a los turistas incautos? ¿Qué pintor verdadero se atrevería a afirmar así, tan suelto de cuerpo, que el arte es una mierda? Al final, gritándonos cada uno desde un lado distinto de la cama, no sabíamos qué punto defendía quien. Lo único que nos quedó claro es que nos odiábamos. Mejor tomar la próxima micro a Santiago.

—¿Y yo? ¿Cómo le explico a mi mamá por qué me volví...?

—Me da lo mismo —le contesté y salí de la habitación terciándome el maletín sobre el impermeable.

Compré dos pasajes de regreso. Pero elegí dos asientos separados y no nos dirigimos la palabra en todo el viaje. Un barquinazo de la micro me despertó: recordé que al comentar un óleo cuyo nombre me quedó grabado, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, el cuidador ofreció vendérmelo por una suma irrisoriamente baja. Yo me había negado a comprárselo, ofreciéndole mi sonrisa de superioridad frente a ese desbarajuste de cubos pardos. Me incorporé alarmado en el asiento de la micro: ¿y si esa pintura resultara ser una obra de arte, un cuadro digno de un museo, trabajo de un pintor genial que yo no era capaz de apreciar por ignorante, y por pusilánime me había quedado sin esa maravilla que después quizá podía haber vendido en millones...? Esta posibilidad terrible me mantuvo con los ojos abiertos como focos durante el resto del viaje, reconstituyendo cada detalle que lograba recordar de mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Era plomizo y feo.

Sin embargo, no pude deshacerme de su imagen obsesiva durante todo el día siguiente, ni siquiera en mi trabajo que realicé con excepcional desgano. Hasta que el jefe me preguntó:

—¿Qué te pasa hoy, Viejito?

—No me siento bien. Comí un congrio que no estaba fresco.

Pedí permiso para retirarme a media mañana. El jefe me lo concedió por mis impecables antecedentes. En cuanto di vuelta la esquina del banco de donde había salido agobiado, me erguí, estiré mi vestón y apuré el paso, *mi* paso ahora, porque era como si hubiera adquirido el derecho de andar airoso.

Había pedido licencia con un propósito definido ya que mi curiosidad y mi ansia no podían esperar: quería ir a bibliotecas universitarias, públicas y de institutos con el fin de informarme acerca de Larco y su pintura, consultar textos acerca de su importancia como creador y sobre su personalidad, saber si no se trataba sólo de una sórdida invención del cuidador y que jamás realmente existió. No encontré reproducciones de sus obras. El Museo de Bellas Artes estaba clausurado por razones políticas. Lo que sí encontré fueron algunas menciones relacionándolo con el grupo Montparnasse de pintores chilenos.

Tomé notas, buscando los libros a que los primeros me referían, y fui llenando un cuaderno con datos que probaban que sí, que claro que Larco existió: «pintor afrancesado, interesante, pero difícil» según los estudiosos, que ilustraban sus textos con reproducciones de las ubicuas botellas verdes, periódicos y pipas de aquellos pintores que en esa generación cosecharon una gloria auténtica.

No llamé por teléfono a la Hildita ni una sola vez en toda esa semana porque Larco y la perdida posibilidad de comprar el cuadro que, ahora estaba convencido, valía millones, ocupaban todo mi pensamiento. Tuve que reconocer que a Larco los textos lo nombraban sólo

Librodot

incidentalmente. Y en las fotografías que mostraban los almuerzos o paseos de los artistas con sus alegres amigas, la cruz que indicaba la cabeza de un glorioso jamás se dibujó sobre la suya. «Mundano», «aventurero», «frívolo», «encanto personal» eran los adjetivos que le tributaban, despachándolo brevemente en notas a pie de página en que se destacaba que sin estas características que lo perdieron hubiera llegado lejos, ya que fue «uno de los más dotados de su brillante generación». ¿Brillante? ¿Larco? Sus cuadros no tenían nada de brillante. Al contrario, eran nublados, desordenados, feos. Pero ante los textos abiertos tuve que reconocer que, bueno, al fin y al cabo qué entendía yo de estos asuntos para contradecir a los expertos: bastaba el hecho de que en Cartagena yo había encontrado una pinacoteca repleta de estos cuadros «brillantes, interesantes, difíciles», ejecutados por uno de los pintores «más dotados de su generación».

La Hildita no asistió a la reunión del viernes. Eso me daba tiempo. Así podía presentarme en Cartagena a reclamar por lo menos ese cuadro que yo tanto había denigrado y ella no podría informar a los socios de mi desdén inicial. El hecho es que a siete de los socios de la CORPORACIÓN, con sus abrigos echados sobre sus hombros para no empalarse con las corrientes de aire, les relaté mis aventuras del domingo anterior, excluyendo, naturalmente, a la Hildita para no comprometerla. Mi auditorio, debo confesarlo sin falsa modestia, me escuchó con embeleso. Don Artemio, que tenía muchos años pero buena memoria dijo que claro que se acordaba de cuando Santiago era una aldea donde todos se conocían, que el hijo de un personaje muy encumbrado de ese apellido había partido a Europa, estableciéndose en París y a la muerte de su padre dilapidó la enorme porción del patrimonio que le tocó, en cocones, en zorreaduras, en viajes, en vivir una verdadera bohemia de lujo. No recordaba, sin embargo, nos aseguró don Artemio, que jamás se dijera que fue pintor: debió ser un hobby pasajero de hombre rico, nada más.

En todo caso, al despedirme ese viernes, les dejé el bichito metido en la *cabeza.* Y partí a Cartagena temprano el sábado, no sin antes titubear junto al teléfono para marcar el número de la Hildita porque no me gusta viajar solo. Mi novia, a la que decididamente no amaba, comenzaba a hacerme falta. Pero no. Todavía no. Tenía curiosidad por ver NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA solo y durante largo rato.

El cuidador salió a recibirme pero no me reconoció. Sentí algo como un golpe de alborozo por el azar de mi encuentro con este anciano, el personaje más improbable del mundo, que ponía en mi camino la posibilidad no sólo de comprar una verdadera joya, sino, además, de comprender por qué era valiosa esa obra «difícil», y así salir de la «masa» que Larco desdeñaba para integrarme a la «élite». De nuevo me ofrecería el cuadro en venta, de modo que apropiármelo sería lo más natural del mundo. Además de todo esto, la revelación de mi descubrimiento del MUSEO LARGO significaba que yo haría un descubrimiento artístico como el que anhela todo aficionado, lo que me cubriría de gloria, y por carambola, a nuestra ya no tan agónica CORPORACIÓN.

Preferí no identificarme de entrada. ¿Qué sacaba con decir «soy el que estuvo aquí con mi novia el fin de semana pasado?» El cuidador pareció dispuesto al silencio después de abrir los postigos, porque me dejó solo en la sala de exposiciones —si así puede llamarse esa pieza húmeda, con goteras y el entablado podrido—, y se retiró al fondo de la casa donde oí el eco de su conversación con una mujer: la misma voz de la semana pasada. ¡Cómo podía adivinar uno las intimidades de un vejete como éste!

Paseé la vista por los cuadros, uno por uno, intentando empapar mi atención de ellos, con el fin de hacer coincidir las frases de los estudiosos que leí en los tratados, con lo que estaba viendo: ingrata tarea que terminó en una secuencia de frustraciones. Me detuve ante NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA: era el resumen de esta casa y por extensión de todo Cartagena, aunque nada fuera una representación real de nada. La guitarra más parecía una sierra, la botella estaba ladeada, unas cuantas letras de periódico magnificadas eran proyecciones de las gafas, la cachimba era como de plasticina, y a la derecha, arriba, había una ventana abierta sobre una usina que colmaba el cielo sin aire con sus chimeneas

estilizadas..., no era aire respirable: era pardo, gris, negruzco, ahogante como el resto del espacio plástico, más denso que los objetos que lo ocupaban, que el guante de mujer, que la botella, que la cachimba, relacionados entre sí pero independientes de una perspectiva real. ¿Eran importantes estas relaciones o eran un juego que no debía atraer la atención de una persona seria? ¿O era, en verdad, una mierda el arte...? ¿Cómo iba a ser una mierda si la realidad artificial de este cuadro tenía fuerza para absorber la realidad de toda esta habitación e incorporarla, y a mí, como uno de sus tantos trastos? ¿Cómo explicarme esta dependencia, mi atención conquistada, mis cánones de belleza —¿era belleza?— anulados por este cuadro cuya fuerza me retenía?

—Parece que le quedó gustando —dijo una voz detrás de mí.

Era él. Caminé un paso hacia la derecha para apostarme frente a un cuadro similar a NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA pero que no me decía nada. Me quedé contemplándolo para que el cuidador no fuera a darse cuenta de mi interés por la otra obra y le subiera el precio. Le contesté sin mirarlo:

—Más o menos.

—¿Por qué más o menos no más?

—Es pobre de color.

El cuidador lanzó una carcajada que terminó en una tos que lo sacudió entero.

—¿Color? —me preguntó sarcástico, todavía riendo y tosiendo—. ¿Azulino y rosado como en las tapas de las cajas de bombones?

Me dio rabia:

—¿Qué tiene de malo el azulino? Es un color muy chileno, muy nuestro, el clásico azul de lavar, o azul paquete de vela de toda la vida...

—¿Y eso qué importancia tiene? El arte no es eso.

—¿Qué es, entonces?

Dejó de toser y mirándome, comentó antes de salir.

—¡Paquete de vela!

Pensé reprenderlo. Pero me callé porque no quería perder la esperanza de volver otro día y retomando un tono más cordial en el diálogo hacerlo venderme NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, que, me di cuenta, yo necesitaba poseer. Oí la tos del viejo en la pieza donde comía. No me despedí y huí rápidamente, como un ladrón que le ha robado el alma a un cuadro.

No descansé en la micro de regreso. Cualquier vaivén me parecía una amenaza para mi vida. En mi recuerdo, que desplegaba todos los detalles de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA magnificados, no pude encontrar ni rastros de belleza. ¡Y sin embargo...! Tenía que esperar unas semanas antes de retomar el asunto de la compra, cuando pudiera asimilar la fuerza del cuadro por medio de lecturas que pensaba emprender, que de paso me servirían para dar una conferencia sobre Larco a nuestro grupo.

La micro tardaba en llegar. Llamé a la Hildita por teléfono desde el paradero mismo para compartirlo todo inmediatamente con ella. Pero misia Rita me contestó tan cortante como sólo ella sabe ser:

—Salió.

Por su tono me di cuenta que la Hildita estaba a su lado dirigiendo las respuestas de su madre.

Librodot

IX

CASI NO PENSÉ en la Hildita en toda la semana porque el pensamiento de Larco no le dejaba lugar. Me ocupé obsesivamente de él, hurgueteando en todas las bibliotecas abiertas al público, tanto que logré convencer de su grandeza a la bibliotecaria del INSTITUTO CHILENO-FRANCÉS DE CULTURA, a quién me acerqué a pedirle que por favor me tradujera ciertos párrafos relacionados con el grupo de Larco. Cuando me preguntó por qué me interesaba este pintor le confié ciertas sensaciones inasibles: era, le dije, como si todo lo que sucedía en su pintura me hubiera sucedido a mí antes. Eso se llamaba un «deja vu», me explicó, preguntándome con sumo interés si yo tenía poderes psíquicos. Le dije que creía que no, pero la invité al pleno de nuestra CORPORACIÓN el próximo viernes, al que supuse que la Hildita también asistiría. Ya veríamos qué pasaba entre las dos.

La Hildita no asistió. La bibliotecaria, en cambio, sí; llegó muy temprano y arreglada y hablando de cartas astrales. Sin la presencia de la Hildita la presencia de la bibliotecaria me debe haber parecido superflua porque no la recuerdo más que a su llegada, y al final, cuando me hizo una seña de despedida antes de que terminara la reunión. Expuse mis experiencias sin disimular mi novedoso entusiasmo por un pintor cuya obra sin duda era «difícil», tratando de ajustaría a un aceptable vocabulario de aprobación. En todo caso, quedó claro que para mí, ahora, Larco era uno de los grandes creadores desconocidos de nuestro siglo, aunque yo mismo no estaba demasiado seguro del por qué.

—Ruiz —me interpeló al final don Artemio, cuando ya los tenía cansados de tanto hablarles de Cartagena—. ¿Quiere explicarme por qué fue tan tonto y no compró el cuadro que el cuidador le ofreció? Según lo que usted dice, era una verdadera ganga. Y ahora que usted piensa publicar artículos sobre su descubrimiento seguro que Cartagena se va a llenar de compradores y cuando usted, o cualquiera de nosotros a quienes debían pertenecerles los primores, queramos comprar una pintura de Larco, ya no va a quedar ninguna, o lo que es peor, sus precios van a estar por las nubes.

Dejé pasar un minuto de silencio inspirado en el que me di cuenta que lo que iba a ofrecer como razón no había sido el motivo de fondo de mi rechazo, pero que ahora, al contestarle a mi público, tenía derecho a apropiármelo:

—No compré —dije pausadamente, para darle todo el peso posible a mis palabras—, no compré porque creo que el papel de esta CORPORACIÓN, si tiene algún proyecto valedero, es, justamente, impedir que el cuerpo de una obra importante como la de Larco se disperse. Nuestra misión más alta es conservar y valorizar lo que nuestros artistas están produciendo o han producido. En el caso de Larco existe un lamentable olvido, por un lado, y por otro el error de permitir la tenencia de obras de arte a personas que no saben apreciar su valor. En ambos casos la integridad de las obras se ve amenazada. ¿Cuántos cuadros de este gran artista habrá vendido por un puñado de pesos ese cuidador? Debemos apresurarnos a salvar los otros, a darles el rango que merecen, a llevar su importancia al primer plano de la conciencia cultural de la nación mediante una campaña de prensa, hasta lograr una oficialización de ese museo que no debe permanecer en manos de quien está.

Una salva de aplausos acogió mis palabras que, me di cuenta después de mi arrebato, cortaban mi derecho personal a comprar. El entusiasmo reinó entre nosotros. No hubo quien —incluso la Eglantina que es envidiosa y siempre le está encontrando los peros a las cosas— no me felicitara, no sólo por la trascendencia de mi descubrimiento sino por ser ejemplo de hombre probo al rechazar adueñarme de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. La admiración general me hizo sentirme tan ligado a la pintura de Larco que quedé yo más convencido que nadie de que en verdad sentía lo expuesto en mi discursito cívico. Inmediatamente nos pusimos de acuerdo para hacer una gira el sábado siguiente a Cartagena. Olvidándolo todo porque en los momentos de triunfo es tan fácil ser magnánimo, llamé a la Hildita, que esta vez acudió al fono con un simpático ¡hola! Sintió mucho no poder acompañarme al paseo porque había comprado entradas para llevar a sus padres a ver LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ, como yo

Librodot

había prometido hacerlo pero jamás me llegó la ocasión. Adiviné que en este caso su respuesta no era mentira, sino verdad, pero que se estaba sirviendo de ella para castigarme. Que la llamara a mi regreso para que le contara cómo me fue. Como la Hildita no es rencorosa accedió a mi ruego de llamar por teléfono a su amigo, el periodista gráfico, para que nos acompañara a Cartagena, fotografiara la casa, las reliquias y los cuadros de Larco, y ofreciera un reportaje completo de esta novedad a la prensa. La bibliotecaria del INSTITUTO FRANCÉS, que amenazaba ponerse demasiado pegajosa, me llamó por teléfono esa misma noche para acoplarse a la comitiva, pero la despaché diciéndole que por fin no se hacía el paseo. Don Artemio se presentó con su «segunda esposa», y todos hicieron la vista gorda, tan entusiasmados estaban con el programa. La señora Elena Granja trajo a dos sobrinas vejanconas que no estaban en mis libros. ¡Nunca he podido averiguar de dónde las saca! Yo aporté a Perico Retamal, un compañero del Banco que a la larga quizá podía servirme, aunque su rango en el escalafón era tan modesto como el mío, pero se tentó cuando le soplé al oído que este museo podía resultar una mina de oro. Era un sábado asoleado cuando partimos, un grupo casi juvenil de todos los socios con sus familiares y amigos, con radios portátiles y «personal stereo», y canastos de cocaví para comerlo en la playa. Nuestra sana intención era hacer la visita, admirar lo que hubiera que admirar, y si hacía un sol tan lindo como a nuestra partida, almorzar en la arena para regresar en una micro no muy tarde y así evitar el fresco que es tan traicionero en esta época del año.

La excursión se llevó a cabo tal como fue planeada. Es verdad que a nadie le gustaron los cuadros pese a mis doctas explicaciones, tanto que durante el almuerzo después de la visita al MUSEO —almorzamos en un restorán porque corría un viento helado y nadie quiso bajar a la playa—, me interpelaron duramente al respecto, alegando, incluso, que este paseo había resultado ser un gastadero de plata y nada más. ¡Los cuadros de Larco, ni regalados! No podían valer nada esos adefesios que daban risa. Todos estuvieron de acuerdo en que no eran del tipo de trabajo que nuestra institución debía propiciar y proteger, sin que nadie se aviniera a explicar en qué podía consistir la protección de un grupo tan desprovisto de poder como el nuestro. ¡Qué justificada esa anarquía de cubos, me exigieron, esos trapos pegados, ese revoltijo de letras y números! ¡Todo era horrible! ¡Y con el tiempecito que estaba haciendo capaz que ellos, que ya no estaban para estos trotes, se resfriaran! ¡No era de extrañarse que una chiquilla inteligente como la Hildita se hubiera aburrido conmigo! Sí, sí, que no lo negara, todos comentaban que hacía semanas que no nos veían juntos.

Perico se fue a mojar los pies en el mar para no tener que defenderme. Después del almuerzo dejé a los socios dormitando hasta la hora de partida de la micro en que teníamos pasajes, enfundados en chalinas y sobretodos, en la galería de vidrios que sirve de comedor en ese hotel. Remonté, ahora solo, los cerros hasta el MUSEO LARGO. El cuidador me abrió, completamente borracho. Quiso abrazarme de gratitud por traerle tantos «clientes» que le llenaron los bolsillos con las monedas de la entrada. Había comprado una botellita para celebrar.

—¿Celebrar qué? —le pregunté.

—La vida, mi buen señor.

Lo seguí al interior, donde me dejó solo y al cabo de un rato lo oí roncar. Recorrí morosamente la sala llena de cuadros preguntándome por qué un gran artista pinta deformaciones. ¿No dijo el mismo Larco que la vida es bella? ¿Por qué no pintar esa belleza? Feos, sí, inexplicables también, esos cuadros. Pero la verdad era que jamás en mi vida se había sentido mi imaginación tan *poseída* por algo. ¿Existía, entonces, la emoción estética, que yo experimentaba solo intermitentemente y en una forma tan enclenque? Me paré frente a mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA para desgranar en mi memoria todo lo que había leído. Pero mi emoción se quedaba atascada en cosas como las goteras que, me fijé, habían estropeado más de un cuadro. Sería necesario comenzar por un arreglo del techo para salvar el MUSEO y mi cuadro. ¿Cómo comprarlo hoy mismo y aparecer con él bajo el brazo para encarar a los socios furibundos? ¿Cómo convencerlos de que pese a que ellos, y que yo, no

Librodot

entendíamos nada, se trataba de un descubrimiento artístico de gran importancia?

Pensé en la Hildita como refugio para mi soledad. La rechacé porque sabía que se iba a poner de parte de los socios: me emplazaría a justificar mi compra... no, la Hildita no tenía lugar dentro de mis perplejidades. Como no toleraba mi soledad fui a despertar al cuidador para que me contara historias relacionadas con Larco. ¡Aunque no fuera más que para comentar el asunto de las goteras! NOS sentamos a su mesa donde ya había dos vasos con huellas de tinto, y llenó otros dos, limpios. Prorrumpí en doctas manifestaciones de admiración por NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. El cuidador me interrumpió:

—¿Cómo se le pueden ocurrir tantas tonterías? El arte no vale nada, nada, ni lo que vale un vaso de..., de limonada, que es lo que el idiota del médico me recomienda que tome —dijo, y echando hacia atrás la cabeza bebió al seco su vaso de vino tinto—. Si le gusta tanto ese cuadro, se lo regalo.

—No lo puedo aceptar.

—¿Por qué no, si es mío?

—Está equivocado. Ese cuadro pertenece al patrimonio artístico nacional, no a usted, ni a mí...

El cuidador lanzó una carcajada. Se me hace difícil repetir la cantidad de improperios con que me cubrió: qué me figuraba yo, un pobre ignorante..., un mediocre como yo pretendía venir a enseñarle a él que había convivido con los maestros..., a Larco no le importaba un comino el respeto de los ignorantes..., hubiera podido obtener grandes sumas para poner todo esto bajo la protección de la UNESCO, pero Larco no lo permitió porque no era un hombre de masas, sino de élite. ¡Que me fuera, gritó, levantándose y abriéndome la puerta de calle! Mientras me gritaba que no me atreviera a volver nunca más al MUSEO LARCO con mis teorías ridículas, descolgó el letrero que se cimbraba al viento encima de la puerta. ¡Éste ya no era un lugar público donde cualquiera podía venir a importunarlo! ¡Era *su* casa! *¡Sus* cuadros! ¡Y él podía cerrar el acceso a su casa si se le antojaba!

Librodot

X

EL AMIGO PERIODISTA de la Hilda cumplió su promesa de tomar fotos de nuestro paseo. El viernes siguiente ella se presentó en la reunión como si nada hubiera pasado entre nosotros, a vender fotos en nombre de su amigo para que así conserváramos un recuerdo. Tuve que hacer un esfuerzo para no agarrarla y besarla delante de todos cuando al despedirse, para disimular ante los socios, me dijo muy mundana, como si yo no fuera más que uno de sus tantos amigos:

—Llámame uno de estos días a ver si nos vemos... —¡Y eso que nos hablábamos por teléfono, y a veces hasta nos encontrábamos para tomar un helado juntos, aunque manteniendo nuestras relaciones en un plano distinto al de antes!

Quise emborrachar mi pena por su frialdad con otras preocupaciones..., sustituir lo que su indiferencia amenazaba transformar en obsesión, por compromisos de mayor intensidad. En la micro de regreso del infortunado paseo yo no había dejado de hablarle al oído a Perico Retamal, exaltando no la calidad artística de la pintura de Larco, cosa que lo tenía muy sin cuidado, sino las posibilidades comerciales del asunto: estaba todo a un precio tan ridículamente bajo —¡por favor, que no se dejara engañar por las opiniones de personas anticuadas como los socios...!— que si no nos dábamos prisa un día de estos el maldito cuidador se lo vendería todo a cualquier mercachifle que golpeara en su puerta. ¡Entonces, adiós negocio! ¿No podríamos comprar nosotros y advertirle a la prensa de la importancia del hallazgo para que nuestros cuadros subieran a su justo precio y entonces liquidarlos con una sustanciosa ganancia? ¿Qué le parecía? Perico respondió que claro, que estaba muy bien siempre que las goteras que habíamos visto no estropearan la mercadería. Me dolió el uso de esa fea palabra para referirse a la obra de un espíritu selecto. Pero eso mismo me dio impulso para que al día siguiente me acercara al gerente del Banco con el fin de solicitar un préstamo para la restauración del Museo. En la salita de espera —que es donde se toman las determinaciones importantes de la vida— me palpitó el corazón preparándome para enfrentar a ese personaje de voz ronca y pronunciación golpeada, como de argentino. Al sentarme frente a él por suerte me contuve a tiempo y no le hablé del MUSEO LARCO, porque me di cuenta de que se moriría de risa. Además, en el momento de hablarle, tuve el tino de disminuir a la cuarta parte el monto solicitado a título personal, con motivo de inciertas «dificultades familiares». Me dijo que ese préstamo era muy sencillo siempre que me consiguiera un aval. Perico se prestó encantado siempre que fuéramos a medias en todo, a lo que accedí.

El resto de la semana lo pasé soñando vagamente, ardientemente, como un adolescente sueña con la mujer amada, con mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Me hablaba a mí mismo del cuadro, o a veces le hablaba a la Hildita, explicándoselo más que nada para convencerme a mí mismo, y dándole una dimensión heroica a los amores de Larco con la baronesa Elsa von Freytag-Lorin-ghoven —¡cómo me gustaba paladear ese nombre al pronunciarlo, como un abracadabra que me abría las puertas a tiempos más prodigiosos que el presente!— cuyo amor, estaba convencido, había inspirado la gran obra de Larco. A veces me reunía con la Hildita para pasear con ella por el parque, pero sin tocarla: si nuestros brazos por casualidad se rozaban, ella daba un respingo. Y a la hora en que los bancos bajo los árboles comenzaban a llenarse de parejas, me decía que tenía que irse porque en casa ya no les gustaba que saliera conmigo. Preferí no decirle ni una palabra sobre el préstamo. Ni explicarle mi intención de juntarlo con nuestros ahorros destinados a comprar muebles para nuestro dormitorio. ¡No me importaba nada mentir, ni apropiarme de lo que no era estrictamente mío, porque se trataba de salvar la pintura de Larco, e incluso, con suerte, quedarme por lo menos con mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA? Una especie de mística había comenzado a arder en mí, aunque sin que su llamita revelara la índole de lo que alumbraba. Lo único que sabía era que poseer mi cuadro era algo más ansiado, más emocionante para mí que poseer una casa, o un auto, o una cabaña en la playa, cosas normales que un hombre de mi posición y mi edad codicie, pero que ahora a mí me dejaban frío.

Librodot

Así es que un buen sábado me metí todo el dinero en el bolsillo y tomé la micro a Cartagena para ir a entregárselo al cuidador. Revisamos la casa de arriba a abajo, anotando los trabajos más urgentes para afrontar ese invierno tan lluvioso, y le dejé una parte importante de mis haberes para que contratara a los obreros que dijo conocer entre la escasa población que fuera de temporada frecuentaba los bares del balneario. Al despedirse, me dijo:

—Déle saludos a su novia.

—No tengo novia.

—¿Cómo no? ¿Y esa chiquilla tan interesante que vino con usted la primera *vez...?*

—Ah, sí, la Hilda Botto. Ahora me veo poco con ella.

—Lástima.

Me callé mi propia lástima que quiso aflorar a mis labios para corear la suya. Al regresar me atreví a ir directamente a la casa de la Hildita aunque lo tenía prohibido. Sus padres me recibieron felices, agitando el suplemento dominical de un diario de la tarde que traía un artículo a todo color ilustrado con fotografías de la casa de Larco en Cartagena y de sus cuadros: *Descubrimiento en Cartagena.* Una reseña de nuestra CORPORACIÓN y su paseo lo acompañaba, y datos de la vida de Larco tomados de una hoja mimeografiada que repartí con ocasión de mi conferencia, además de una noticia sobre mí, que me identificaba como «notable experto». Le transmití los saludos del cuidador a la Hildita. No pareció conmoverse. Pero comenzó a interesarle mucho todo el asunto de Cartagena cuando durante la semana recibimos cartas y llamados telefónicos de gente ansiosa por ir a conocer el MUSEO LARGO —declaré que estaba clausurado por reparaciones—, o hacerse socios de nuestra CORPORACIÓN. Yo, para mis adentros, me prometí que no volvería a la costa sin la Hildita, cuyos padres, después del artículo que ponderaba mi buen ojo para descubrir una «veta de oro» —le hice notar a Perico lo apropiada de esta imagen—, me volvieron a abrir de par en par las puertas de su casa.

—¿Me va a acompañar a Cartagena? —le pregunté a la Hildita.

—¿Qué más dijo de mí el cuidador?

—Que parece una madona, —le mentí.

—¡Y usted que me dice que tengo cara de laucha!

—Para hacerla rabiar cuando estamos peleados. ¿Va a acompañarme...?

—Uno de estos sábados. Pero de día no más.

—Aunque sea, mi linda.

La Hildita asistió a la reunión de ese viernes, que juntó tal cantidad de nuevos socios que casi no cabían en nuestra sede. Con el artículo, los socios antiguos parecían haber olvidado tanto su animosidad contra mí, como su desaprobación de la pintura de Larco, y a mi entrada me aplaudieron y me rogaron que hablara. ¡Si pudiéramos conseguir para todas nuestras actividades la publicidad que los diarios le estaban dando al MUSEO, qué distinto sería el prestigio de nuestra CORPORACIÓN.

Dos sábados después organizamos otro paseo a Cartagena. Seleccioné un grupo de los más insistentes, entre los que se contaba la bibliotecaria del INSTITUTO CHILENO-FRANCÉS, y también me llevé a Perico Retamal que al fin y al cabo era mi colega en este asunto. Ya en la micro de ida le estaba dando sus datos personales a la bibliotecaria para que le confeccionara su Carta Astral. Además, nos acompañaron algunos de los socios más venerables, como la señora de don Artemio. Y como la señora Elena Granja, sin ninguna sobrina esta vez. Pero mientras subíamos la pendiente camino del MUSEO se tomó del brazo de la bibliotecaria, anexándosela, al parecer, como sobrina ocasional.

La Hildita y yo nos quedamos un poco atrás. Me permitió que la tomara del brazo porque los cerros, dijo, eran tan empinados. Nos adelantamos al llegar a terreno llano donde Perico, que se desempeñaba como guía porque ya había hecho la visita, se desorientó. Al acercarnos por la callejuela no vi el letrero del MUSEO y no reconocí la casa. ¡Cómo, si habían pintado la fachada color azulino estridente, ese color paquete de vela que llaman, como el color con que antes pintaban las cocinas en el campo porque dicen que espanta las moscas!

Me quedé pasmado ante algo tan repugnante y artificial, que nada tenía que ver con los grises y ocres atenuados —¡ahora venía a descubrir el refinamiento de esos colores de Larco que al principio me parecieron tan turbios!— de los cuadros del MUSEO. A mi espalda el grupo de visitantes cuchicheaba. Golpeé violentamente la cristalera, gritando a todo pulmón: «¡Abra...! ¡Abra...!» La Hilda apretó mi mano para calmarme. En Santiago estaba lloviendo, pero en Cartagena el sol resplandecía implacable sobre el azulino de la fachada. El cuidador nos abrió con una sonrisa de oreja a oreja, saludando a la Hildita con un piropo que no me di el trabajo de oír. Ella no le contestó. En el zaguancito el grupo apretado parecía una multitud. El cuidador me invitó en voz baja:

—Venga a ver.

Pedí a los visitantes que por favor fueran a gozar de los cuadros mientras yo despachaba unos asuntos con el cuidador. Pero la mayoría, intrigados, nos siguieron, dispuestos a contemplar antes que nada las maravillas que el cuidador y yo tal vez nos disponíamos a ocultarles. Firmemente tomados del brazo, como si intuyéramos la adversidad, la Hildita y yo cruzamos el siniestro patio lleno de yuyos y cardenales, tan muertos que parecía que ni la Primavera iba a poder resucitarlos. En el dormitorio el anciano se acercó a la puerta que lo separaba de la diminuta cocinad Detrás nuestro se alzó el rumor expectante del grupo cuando el cuidador por fin pulsó la perilla. Abrió: ya no era cocina, era un cuarto de baño, muy modesto, es cierto, pero cuarto de baño al fin. Las paredes eran azulinas. Había olor a cemento porque la obra estaba fresca.

—¿Y esto...? —pregunté.

—Pinté la casa y me hicieron este baño —declaró muy ufano. Y siguió en tono de confidencia: —Me daba vergüenza que toda la gente que con el artículo va a venir para acá sepa que Larco no tenía baño.

—¿Con qué plata lo hizo?

—Con la que usted me trajo.

Le di una patada al tablero de abajo de la puerta. Como era de madera terciada se astilló y en el grupo una mujer dio un grito. Arranqué de un tirón la cadena del water y lancé la perilla de loza al espejo, que se quebró.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ese color asqueroso...! —gritaba yo.

Me abalancé sobre ese ser ignorante, apenas más que un mendigo, que repetía como un loro lo que su patrón había dicho y se proponía disimular con un cuarto de baño la miseria injustificable de ese titán que fue Larco: lo empujé sobre la cama, remeciéndolo. Los hombres del grupo nos separaron. Dejamos al cuidador acezando y pálido sobre la colcha. Salí gritando, con todo el grupo siguiéndome:

—¡Azul asqueroso! ¡...asqueroso...!

Afuera, en la vereda, junto a la puerta del MUSEO, el grupo trató de convencerme de que ese azul no era tan asqueroso como yo decía. En todo caso no era como para agredir y causar escándalo, y un color, al fin y al cabo, no era más que un color y no importaba nada. Entre Perico y la Hildita me tenían agarrado de los brazos mientras yo trataba de encontrarle algún sentido al ultraje de ese azul, de ese baño, gritando que ni la vida de Larco ni su pintura habían sido así. Estábamos apiñados en la vereda porque hacía frío y como suele suceder en la costa, comenzó a nublarse porque sí y el viento comenzó a levantarse, y todos vestidos de gris en la vereda, iguales al día mirábamos la fachada azulina que rehusaba ponerse gris y entristecerse como nosotros.

XI

EL PASEO FUE un fracaso. A medida que bajábamos los cerros mi cólera se iba apaciguando, sobre todo porque el brazo de la Hildita apoyaba el mío. Le dije al grupo que todo era culpa mía, porque fue prematuro organizar una visita antes que la restauración estuviera completa. En la micro *de* regreso cuchicheaban, temerosos de haberse metido en una

Librodot

empresa que les quedaba grande..., preferible interesar a Bellas Artes en el asunto. Algunos socios nuevos, resentidos después de su exploración de la sala de exposiciones donde no entendieron absolutamente nada, opinaron que tal vez fuera preferible no pertenecer a nuestro grupo porque en realidad las pinturas de Larco no eran para tanto y con razón ya nadie lo recordaba.

Al otro día Perico no me saludó en el Banco. Supe que les había advertido a mis colegas que no se metieran conmigo porque yo era rabioso y aficionado a los negocios raros..., que yo, en fin, era bastante raro: mi afición desmedida por la pintura —todos habían leído en *Descubrimiento en Cartagena* que yo era un «notable experto», y se sabe que los expertos en cosas raras son, ellos también, raros— era suficiente para certificarlo. Pasaron algunas semanas durante las que quién sabe qué voz se correría entre los socios de la CORPORACIÓN que comenzaron a disminuir su asistencia a nuestros viernes y después se ausentaron totalmente, de modo que la Hildita y yo nos reuníamos solos en nuestra sede una vez por semana esperando que los socios volvieran. Le echábamos llave a la puerta para caer uno en brazos del otro. En la incomodidad de los destripados muebles de oficina y las corrientes de aire y el miedo a que alguien llegara, encontramos por fin una felicidad que jamás habíamos conocido. Cuando le confesé que había dispuesto de la pequeña suma que guardábamos para nuestros muebles de dormitorio, me contestó como en un trance que qué importaba, que todo lo suyo era mío. Desabrochándome la camisa recorrió con la punta de su lengua un poquito áspera toda la longitud de mis clavículas.

—Nuestro nidito de amor—, así se refería la Hildita a la oficina de la CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL.

Hacía semanas que ya nadie aparecía los viernes. Una tarde, cuando pusimos la lámpara del escritorio en el suelo contra un rincón de modo que la luz agigantara teatralmente las sombras de las sillas, y de pie uno en los brazos del otro nos contorsionábamos despeinados y con la ropa hecha una calamidad, alguien golpeó la puerta. La Hilda dio un gritito. Traté de disimular preguntando con voz amenazante:

—¿Qué quiere?

—Soy yo —anunció un conocido trino.

—¿Quién...? —pregunté para ganar tiempo.

—La Eglantina. Abra, pues, Marcos, que me estoy helando aquí en el corredor.

—Ya voy.

—¿Con quién está?

—Con nadie.

—No me venga con cuentos. Oí la voz de una mujer.

Y golpeó con insistencia el vidrio de la puerta donde yo había escrito con cuidadosa letra gótica el nombre de la CORPORACIÓN. Esperó. Después:

—¿Hildita...? —preguntó con la voz melosa que había hecho llorar a tantos radioescuchas de Indoamérica—. ¿Está ahí?

—Sí —contestó la Hilda sin que yo alcanzara a taparle la boca con la mano: tenía la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué está haciendo encerrada sola con Marcos?

—Estamos ordenando los muebles... —respondí y arrastré ruidosamente un sillón, dejando caer un cenicero y volviendo a acarrear cualquier cosa para crear cierta verosimilitud mientras la Hildita se componía la blusa y se ordenaba un poco el pelo.

—No mienta.

—Le juro.

Dejamos pasar unos segundos de silencio, ella esperando que abriéramos, nosotros esperando que se fuera.

—Hilda.

—¿Qué? —murmuró ella, sollozando.

—¿Cómo es posible?

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Esto no puede seguir así. —La Eglantina sacudía la puerta. Nosotros, al otro lado, distinguíamos su abundante silueta nadando como un ballenato en el cristal esmerilado—. Es una indecencia. Voy a tener que acusarla a su papá. No quiero tener responsabilidades si pasa algo. Y me indigna, verdaderamente me enfurece, Marcos, que un hombre de su categoría se aproveche para transformar en..., transformar en prostíbulo nuestro local, que mantenemos a costa de toda clase de sacrificios. Me voy a ver en la triste obligación de acusarlo a los demás socios para que lo destituyan.

El bulto de su figura se consumió en el cristal. Esperamos un rato, mudos, temblorosos, odiándonos. Después, sigilosamente, abrí. Allí, separada de la puerta, nos esperaba la Eglantina con su carota empolvada descompuesta y un paraguas en ristre como el Ángel Exterminador.

—Tenía que verlo para creerlo —murmuró, y dando vuelta la espalda se alejó bamboleándose por el corredor.

Librodot

XII

VOLVIMOS A LA oficina para recoger nuestros abrigos y paraguas y huir a perdernos, no sabíamos dónde. Sonó el teléfono:

—¿Quién habla?

—Larga distancia: Cartagena.

—¡Yo no tengo nada que ver con ese asunto!

—Dígale eso a la persona que llama. Lo comunico, señor. ..

—Señor... —titubeó una voz femenina distinta al otro extremo de la línea.

—¿En qué puedo servirla?

—Está mal, señor. Van a llevárselo al hospital.

—¿Quién?

—Soy la que le lleva la vianda...

—¿Qué le pasa?

—Me dijo que lo llamara. Usted es don Marcos, ¿no es cierto?

—Marcos Ruiz Gallardo.

—Eso dijo. Que venga antes que se lo lleven, dijo.

—Mejor que se lo lleven si está mal.

—Es que quiere que se lo lleven a una clínica buena, dice. Dice que usted le prometió.

—Yo no le prometí nada.

—...dice que usted es el único caballero que lo entiende. Por eso cuando hizo testamento la semana pasada le dejó la casa y todos los cuadros a usted. Prefiero tirarlos al mar antes que esos rotos de la Municipalidad que no entienden nada se queden con ellos..., eso decía. Ha estado bien loco...

—¿El notario tiene el testamento? Me voy en la primera micro que salga.

Cuando le participé a la Hildita lo que me dijo la señora de la vianda se puso muy nerviosa. Andaba con un poco de plata en la cartera: mejor que me la llevara por si acaso. ¿Y el cuidador..., y los cuadros..., qué pensaba hacer? Y ella, ¿qué iba a hacer si la Eglantina ya hubiera telefoneado a su padre para acusarla?

Tomamos un taxi hasta el paradero de la micro de Cartagena. Que le dijera a don Jorge que nos íbamos a casar en una semana más, le sugerí. Pero, ¿cómo? ¿Con qué? ¿Yo también estaba loco? No, no, yo no estaba loco, era cuestión de liquidar un par de cuadros, de los menos valiosos. ¿No se daba cuenta? Claro, ¡el pobre cuidador! ¡Si me había legado todos los cuadros de Larco entonces no eran locuras nuestras fantasías! ¡Hildita de mi alma! No, no los iba a vender todos ahora.

Para empezar, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA —sentí un salto del corazón al pensar en ese nombre, en ese cuadro, ya, o casi ya, mío—, me tendrían que matar antes de venderlo. La Hildita dijo que ella quería uno con una flor así como caída encima de una mesa, le gustaba porque la flor era rosada, su color favorito. Tuve que correr para tomar la micro que iba saliendo y desde la pisadera alcancé a gritarle que le diera mis saludos a sus papas, que mañana, en cuanto regresara, iría a hablar con ellos. La Hildita se quedó llorando porque no sabía qué iba a pasar.

Era la primera vez que hacía este camino de noche. Pasaban los pueblos archiconocidos, las tabernas, las casas perdidas en la oscuridad del campo que a esta hora maldita tomaban aire de aparición, como si de ellas fuera a salir el cuidador, horizontal y con los pies por delante. En ese mismo momento podía estar agonizando. Yo no llegaría a recibir sus últimas palabras ni a ofrecerle mi consuelo. Probablemente iba a ser necesario liquidar un par de cuadros rápidamente para financiar su enfermedad y su entierro. ¡En fin...! ¡Pobre viejo...! Un desperdicio pasarse la vida al lado de un genio para solucionar sus necesidades básicas, pero sin acceso a su parte genial, sin entender por qué lo amaron tanto las mujeres y por qué lo envidiaron tanto los hombres. No me proponía vender *tocios* los cuadros, claro. Si la Hildita quería la flor rosada, bueno, se la regalaría gustoso, como una especie de joya de compromiso

Librodot

muy especial. Dejaría para mí —además de NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA— otro cuadro más, para mi escritorio, porque pensaba tener un escritorio con paredes de madera oscura en la casa que compraría con el dinero ganado en la venta de los cuadros de Larco.

¿Dónde vivía el cuidador?

Jamás se me había ocurrido preguntarlo. Lo mejor era ir donde la vecina de la vianda. Al pasar vi la puerta del MUSEO entreabierta. Por la rendija un gato flaco y negro huyó hacia la calle y se perdió en la oscuridad: un par de ojos dorados se quedaron mirándome. ¿Qué ignorante dejaría la puerta así? ¿No comprendían que con tanta prensa sobre el MUSEO LARCO podían entrar ladrones a desvalijarlo? El mar atronaba allá abajo, en la playa. Al empujar la puerta, se sumó a ese trueno el trueno de mi corazón, alarmado con la idea de que quizás ya no quedara nada, ni siquiera mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Oí ronquidos en el dormitorio.

—¡Viejo sinvergüenza! ¡Durmiendo en esa cama conmemorativa perteneciente al museo!

Avancé unos pasos hasta el dormitorio. Una ampolleta colgando de un hilo echaba su luz extenuada sobre la cama. El cuidador se había tendido entre las sábanas inmundas de pintura azulina, no encima de la colcha, cosa incomprensible si fue un ataque que lo tumbó, la cabeza volcada sobre el almohadón, la pipa caída de su boca andrajosa que aún parecía chupar un poco. ¿Pipa?

La tomé de la sábana para evitar un incendio. Jamás había visto fumar al cuidador. Miré la vitrina. — claro, no estaba. ¿Cómo iba a estar, si yo tenía su ascua en mi puño, y su fragancia configuraba un ámbito especial dentro del dormitorio? Otra figura, que era el cuidador y no era el cuidador, en un «deja vu» de mesas de hule, dameros, botellas, periódicos, guitarras, se desvaneció antes que yo pudiera identificar su cara, y yo, demasiado timorato para reconocer el instante del embrujo, no pude detener esa silueta. Me acerqué al anciano. Tenía olor a vino. La pintura azulina de sus manos estaba fresca.

—Está en las últimas —susurró una voz femenina detrás de mí. Me di vuelta y reconocí a la señora enlutada porque traía una vianda y tenía olor a vino.

—¿Qué podemos hacer?

—El médico fue a buscar una ambulancia para que se lleve a don Felipe y termine sus días tranquilito, bien cuidado en el hospital, el pobre. Con su permiso, voy a ordenar aquí un poco.

Sacudió la colcha y estiró la sábana y le limpió la baba como a un niño, y sacó la bacinica fétida de debajo de la cama y la tiró al escusado. Después guardó la pipa en su sitio en la vitrina y escondió la botella de tinto casi vacía, un gesto de pudor ante esta vergüenza de solitarios que ella conocía.

—Espérese afuerita que voy a barrer.

Pasé a la sala oscura, llena de cuadros de la época de oro que Larco compartió con el anciano que agonizaba en el cuarto de al lado. Permanecí quieto un segundo, atento a las voces de sus cuadros, mis cuadros ahora. Primero iba a ser necesario ayudar al cuidador a morir la muerte decente a que aspiraba: si no fuera por su existencia insignificante, al fin y al cabo, yo no conocería a Larco y mi vida sería más pobre. Encendí la luz..., grité: todos los cuadros estaban colgados en los sitios que les correspondían, pero anulados bajo una máscara hermética de pintura azulina, como si la mano manchada del cuidador no hubiera podido soportar que los cuadros lo sobrevivieran y los hubiera desactivado con un manto azul e impenetrable. ¿Con qué derecho...? Derecho sí, porque lo hizo con cosas de su propiedad. ¿Pero por qué la burla, entonces, de legarme esta muda serie de lienzos azulinos? ¡Viejo cruel, egoísta como todos los viejos! ¿Con qué derecho destruía algo que estrictamente no era de su propiedad porque no lo entendía, sino que formaba parte del patrimonio de la cultura nacional, acaso mundial? El arte es una mierda..., una mierda..., una mierda..., era el eco de mi pulso acelerado. ¡Este acto demostraba la verdad de la terrible frasecita! Con el índice toqué la superficie del cuadro más próximo: mierda azulina. Todavía húmeda. Quedé mirándome el

Librodot

dedo sucio para aplazar el momento de la búsqueda. ¿Dónde estaba mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA? No necesité buscar muy lejos para ver que el suyo era el único lugar vacío en esas paredes de locura. ¿Quién lo había robado o escondido, y dónde, y cómo, y qué habían hecho con él? ¿El cuidador lo había destruido, quemado, vendido, tirado al mar desde las rocas del Suspiro al ver que yo me interesaba? ¿O alguno de los socios más sórdidos de la CORPORACIÓN emprendió un viaje subrepticio a Cartagena en medio de la semana para mercarle el cuadro al vejete por una migaja, y volverse con la obra maestra bajo el brazo? ¿Quién..., Perico..., la Eglantina..., la Hildita misma, pensé en un momento de extravío? No. Era más simple pero más brutal: se trataba del ajuste de cuentas final del cuidador —ahora venía a enterarme que se llamaba Felipe—, que en su impotencia no quiso que lo sobrevivieran obras cuya trascendencia envidiaba, mientras él se hundía en la nada sin hacer ni una olita. Años de servicio, tal vez de humillación, sin duda de resentimiento ante la orgía para la que él preparaba la mesa y la cama, pero en que no participaba, sólo barrer y recoger los desperdicios al otro día. Ira. Envidia. Pura saña destructiva para eliminar el paso de Larco por la vida y quedar sólo él, Felipe sin apellido, como el poderoso destructor. No, el arte no era una mierda. Esa frase era sólo un viejo chiste de Larco. Pero la verdad es que existía gente capaz de convertir lo que no entendía en mierda azulina.

No oí llegar la ambulancia. Corrí al dormitorio con la esperanza de que quedara algo de luz en su marasmo y que me diera un indicio, que me explicara su acción. Los camilleros iban sacando al cuidador envuelto en la sábana salpicada de azulino. La señora de las viandas, rezando, se afanaba por cubrirlo. Vi su perfil de cera dibujado en la penumbra, sus ojos cerrados como los de un cadáver. Pero no era cadáver todavía: la cachimba que la vecina había devuelto caritativamente a su boca echaba un humito de placer intermitente. Al pasar junto a mí, abrió sus ojos, inmensos, un segundo. Vi un concho azul, azulino, porque sabía que yo estaba allí para despedirlo. Después los cerró. Le tomé la mano. Pese a su edad ese hombre no estaba listo para partir todavía porque sus ojos, dos puntitos de miedo brillante, conservaban un residuo de placer y de burla.

—Don Felipe... —murmuré, apretándole la mano.

Me contestó con una risita que no contradijo el miedo de sus ojos:

—Quiero preguntarle... —balbuceó.

—Pregúnteme lo que quiera.

—¿Vio mi cuadro en el Bellas Artes?

¿Su cuadro? ¿Suyo en qué sentido? ¡Claro que suyo! Así de simple. *Su* cuadro. ¿De quién si no? Y como adiviné qué era lo que quería oír, le mentí:

—¡Claro que lo vi!

—¿Estaba bien colgado?

Había revivido un poco. Compadecí su arrogancia tan brutal que tuvo que sepultarla durante medio siglo en una callejuela escondida en los cerros de Cartagena. Volví a mentirle gustoso:

—*Muy* bien colgado. Una sala casi entera para usted. En una pared un Matta y nada más. En la del frente, un Larco y nada más. Todo el mundo en la inauguración estaba hablando.

—¡Que aprendan estos hijos de puta! —y al reírse se le cayó la cachimba de la boca y su cabeza se volcó sobre la almohada.

Los camilleros avanzaron con él ante los sollozos de la vecina que alzó su paraguas porque iba a llover. Lo acompañé unos pasos hasta la ambulancia. Lo oí canturrear apenas:

«El arte no vale nada
nada
ni una limonada
nada,
ni una limonada...»

Cuando se fue la ambulancia regresé a la casa para despedirme de la vecina. *Mi* vecina,

ahora:

—Voy a irme al hospital para acompañarlo —dije.

—Espere.

Y se metió no en el MUSEO sino en su propia casa. Salió dos minutos después llevando un paquete grande, cuadrado, hecho con papel de diario amarrado con pita. Me lo entregó.

Sobre el diario del envoltorio, una mano temblorosa había escrito en grandes letras azulinas: PARA MARCOS RUIZ GALLARDO Y su NOVIA. No necesité abrirlo para saber qué contenía. Reconocí las proporciones, y también el peso aunque jamás lo había tomado. Seguí a la señora hasta el interior del MUSEO porque me invitó a deshacer el paquete. Lo deposité sobre el hule de la mesa y lentamente lo fui abriendo: claro..., mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. Los rombos y cuadrados grises y pardos y verduscos desordenados como siempre pero con un cambio deslumbrante: en el ángulo derecho, arriba, donde la ventana se abría sobre chimeneas estilizadas, todo había cambiado. Un mundo distinto ocupaba ese espacio ahora. En colores profundos, como de viejas joyas, amatistas, zafiros, granates, una mano diestrísima había pintado un minucioso paisaje de rocas y de mar que reconocí como el Suspiro, y sobre ese paisaje, de medio perfil como en los retratos italianos del Renacimiento, en traje de princesa recamado de pedrería, la Hildita, bella como sólo los ojos de ese hombre la vieron, se volvía hacia mí. Al lado derecho y también de medio perfil y con una gallardía que le hacía honor al apellido de mi madre, estaba yo, de jubón de terciopelo color guinda, vuelto hacia ella. Entrelazábamos nuestros dedos sobre *el* reborde inferior que imitaba madera, en que se leía: EL CABALLERO MARCOS RUIZ GALLARDO Y su DAMA, firmado Larco en letras azulinas: la pintura de la firma estaba fresca. Nos bañaba una luz cálida, dorada, la luz de la belleza que bañaba también la mesa de hule, y la habitación, y la casa.

Librodot

XIII

HACE MESES QUE me siento feliz aquí, en mi casita de Cartagena, paseando, leyendo el diario, dedicado a mi trabajo, frecuentando los bares frente a Playa Chica casi vacíos en las tardes fuera de temporada, para beber una cerveza y jugar al dominó con algún amigo. Larco me legó tanto esta propiedad en que vivo como la alucinante colección de cerca de cien cuadros anulados por pintura azul paquete de vela, que el tasador estimó carentes de valor.

Cuando el notario de Cartagena me leyó el testamento sentí que el espectro de Larco por fin me atrapaba. Esta sensación no me produjo temor sino más bien placer. Todo era mío ahora, es cierto, pero a condición de que nada se dispersara, constituyendo el MUSEO LARGO de Cartagena del que yo sería propietario y curador. Como jamás se hizo catálogo del contenido del museo, sólo yo puedo decidir qué hubo y qué no hubo, qué se dispersó o no se dispersó.

Cuando convoqué a los socios de la CORPORACIÓN para participarles la noticia de la muerte y del legado —yo estimé que ese legado nos honraba a todos—, al principio se mostraron un poco recelosos. Pero a media tarde los ánimos comenzaron a encresparse, hasta que los ancianos, tiritones, acezantes y demasiado colorados, se pusieron a apilar sospechas y más sospechas sobre mí, culminando en las más innobles injurias. Me acusaron de querer apropiarme de la herencia y quién sabe de cuánto más, aprovechando el desgraciado vicio etílico del cuidador. No lograban entender que el cuidador y Larco eran la misma persona y dudo que incluso hoy, cuando han tenido seis meses para reflexionar, se den cuenta de cuál era la situación, que ahora por suerte carece de importancia. Me acusaron, por fin, de que para adueñarme indebidamente del tesoro —esta casita, unos muebles en estado calamitoso, la vitrina y su contenido, los cuadros estropeados con pintura azulina, casi todo sin valor, traté de explicarles—, yo había utilizado ilegalmente el prestigio de LA CORPORACIÓN PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO ARTÍSTICO NACIONAL, sin el cual, dijera lo que dijera, yo no hubiera tenido acceso a una persona del rango de Larco, ni a los bienes que ¡miren qué casualidad! vinieron a parar en mis manos. Además, continuó don Artemio en voz baja para no herir las sensibilidades femeninas, todos estaban al tanto de mi falta de delicadeza al utilizar la sede de la CORPORACIÓN para comprometer a cierta dama que prefería no nombrar, que ahora con razón no se atrevía a mostrarse. El leguleyo, hermano de don Artemio, moderno y planchado y con un maletín de ejecutivo de esos que hacen click al cerrarlos, dictaminó que para empezar sería necesario tasarlo todo y dividirlo en tantas partes como socios tuviera la CORPORACIÓN. A mí me tocaría una de esas partes, eso era lo justo, aunque dadas mis conocidas mañas yo seguramente terminaría quedándome con la parte del león. Fue cuando el tasador certificó, a la vuelta de su viaje a Cartagena, que todo era pura mugre y no valía nada, que furiosos me dieron la espalda porque estimaron que los había puesto en ridículo y disolvieron la CORPORACIÓN para evitar responsabilidades. Se olvidaron de mí con la crueldad con que sólo pueden olvidar los ancianos: no puedo negar que esto me entristece porque yo quería a la CORPORACIÓN, y me hubiera gustado verla cubrirse de gloria.

Como no me sentía con resistencia para oír a mis compañeros de trabajo llamarme «Viejito» ni una sola vez más, ni tampoco para escuchar los gritos de trombón desafinado del gerente, presenté mi renuncia por escrito aduciendo problemas de salud y explicando que por eso me había visto obligado a retirarme a Cartagena en busca de clima. Recibí una respuesta impersonal del gerente aceptando mi renuncia pero recordándome mi deuda, y amenazándome que si no pagaba puntualmente él mismo se encargaría de hacerla recaer sobre mi aval, que entonces tendría derecho a perseguirme legalmente hasta los confines de la tierra para hacerme pagar el monto completo, con intereses y todo.

De mis ex-suegros putativos no me despedí. Había tenido la intención de presentarme en su casa con un ramo de flores para manifestarles mi agradecimiento por su hospitalidad, tan prolongada que había llegado a sentirme como un verdadero hijo, un miembro de esa familia tan sólidamente constituida. Pero en nuestra última entrevista en el parque la Hildita

Librodot

me rogó no ir a explicarles nada porque su mamá había caído con jaqueca a la cama y ni abría los postigos de su dormitorio. Y ella, Hildita, con sus propios ojos, anoche vio la sombra de su padre cargando un revólver por si yo me aportaba por la casa, porque yo había traicionado la confianza que él depositó en mí. ¡Y ahora salían con el cuento de que la herencia, de que hablaron como si se tratara de un tesoro, resultaba ser un montón de basura al que mejor sería atracarle un fósforo! ¡Cuadros azulinos! ¡Había que ver para creer tamaña lesera! Y lo que era esa famosa NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA que decían que era un retrato de la Hildita con «ese pelafustán mal nacido», sería necesario devolverlo al museo cuanto antes si no queríamos que él mismo avisara a los carabineros, porque allí pertenecía pese a la dedicatoria. ¡Que no nos hiciéramos la ilusión de que esa pareja principesca era nuestro retrato! ¡La Hilda desde guagua tuvo cara de laucha y yo parecía gato empachado con ese bigotito ridículo que me estaba dejando! Juraba que si el maldito cuadro caía en sus manos recortaría ese retrato estilo antiguo que aparecía en la ventana del lado derecho, arriba, para venderlo, porque hasta un niño podía darse cuanta que estaba bien pintado y era valioso! ¡El resto, al fuego, porque todo era una porquería!

La Hilda lloró a mares cuando me acompañó a devolverle las llaves de mi pieza al propietario. Balbuceaba que las cosas entre nosotros ya no podían seguir como antes, ahora que yo no tenía ni trabajo ni futuro. ¡Y yo tan tranquilo sin que ella, ni el Banco, ni la CORPORACIÓN, ni las malas lenguas que decían que yo no era honrado, me importaran nada! Me acompañó a la micro para ayudarme con mi maleta y con el cuadro en su envoltorio, y se le torcía la nariz igual que a las mujeres retratadas por Larco cuando se limpiaba el llanto con el puño. Yo sabía qué tenía que hacer, porque en esa despedida vi con los ojos de la imaginación un espacio vacío en la sala de exposiciones, que le correspondía a la obra maestra que la Hildita me pasó por la ventana de la micro.

No me aburro, aquí en Cartagena. De día trabajo. Lo que hago no es complicado y me deja el pensamiento libre: me siento al sol en cualquier parte donde no estorbe ni llame la atención y con un gangocho sobre las rodillas pongo un cuadro azulino encima: con aguarrás y un trapo, lentamente, con mucho cuidado, desprendo la pintura azulina, intentando no estropear lo que pintó Larco hace tantos años, que se ha endurecido abajo. No es difícil limpiar la superficie. Eso sí, hay que tener paciencia. Si no considero que el Larco que aparece es un Larco de primera —lo cuelgo en la pared a los pies de mi cama y lo someto a la prueba de quedarme observándolo durante días para ver si es o no capaz de avasallar mi mundo y absorberlo—, llamo por teléfono a un coleccionista de Santiago, de esos que hacen remates de pintura chilena que quién sabe de dónde sacan, y se los vendo. Y sigo limpiando sin vender hasta que se me acaba la plata: compro una tela de la dimensión del cuadro recién limpio, la pinto azulino, la coloco en su marco y la devuelvo a su espacio en la sala de exposiciones. El cuadro limpio, eso sí, lo escondo debajo del catre para sacarlo de noche y dormirme mirándolo. No hay problemas de preguntas indiscretas de parte de los coleccionistas o compradores, a los que les encanta el misterio de los datos exclusivos. Ha ido reapareciendo muy, muy lentamente, poco a poco, lo que Larco creó: cada cuadro limpio es como resucitar un trozo suyo, y con eso niego su arrogancia, ese terror a su propia potencia que lo llevó a esta especie de suicidio azulino.

Me gusta vivir pobremente. Así tengo poca necesidad de vender cuadros. De vez en cuando —a pesar de todo se ha corrido la voz—llega algún aficionado a pedirme que le venda un Larco. Yo me hago el desentendido, asombrándome porque cuadros de Larco hace tiempo que no salen al mercado, y yo tengo uno sólo, digo, NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA, que no está en venta. Me niego a mostrarlo, y me niego a dejarlos entrar en el MUSEO alegando que está en reparaciones. Así permanecerá por largo tiempo, o por qué no, para siempre. La verdad es que pienso que no vale la pena mostrarle la obra de Larco al público, para que la mire al pasar y la olvide. ¿No basta con que una sola persona, yo, la admire en toda su profundidad, para resucitar a Larco, no sólo el Larco esplendoroso, sino también al emocionante cuidador borracho que inventó para derrotar la incomprensión?

Librodot

Cuando salió de debajo de la pintura azulina el cuadro con la rosa caída encima de una mesa, ése que tanto le gustaba a la Hildita, la llamé por teléfono para que viniera a llevárselo. Se puso muy contenta. Me trajo algunos libros de referencia que le pedí porque los necesito para escribir mis notitas sobre pintura, y a veces —no muy a menudo para no mosquearlo— sobre Larco, que me publican los diarios de la tarde y llevan mi firma, y debajo, «De nuestro corresponsal en Cartagena». Hicimos el amor en la cama de Larco, con nuestro retrato vestidos de cortesanos colgando a los pies de la cama. Después, ella se fue para que sus papas no la echaran de menos, pero volvió a las tres semanas y se quedó a pasar la noche, y otra vez se fue. Yo me quedé en Cartagena, con la barba crecida y fumando la cachimba que ahora es mía. Compré un jarro y le puse unas flores arrancadas en una reja del vecindario para instalarlo en el centro de la mesa. También compré un tablero para jugar a las damas. Cuando la Hildita volvió a la semana siguiente no le pregunté cómo había justificado su ausencia nocturna frente a sus padres y ella no me lo contó. Sentado a la mesa yo leía el diario de la tarde que traía un párrafo mío y bebía mi vaso de vino que dejaba una redondela morada en el hule. Le serví vino y le enseñé a jugar damas y compartimos la vianda que me trajo la vecina. Cuando la Hildita volvió a Santiago bajé a la tienda que vende ropa americana de segunda mano y compré un kimono de seda anaranjado, que dejé caer sobre el respaldo de la silla donde ella generalmente se sienta. Cuando vino a verme otra vez me dijo que la habían despedido de su trabajo. Sus padres se pusieron furiosos hasta que ella los calló diciéndoles que había sido una tonta obedeciéndoles tan ciegamente, que estaba perdiendo su juventud, y que como ya no quería seguir estropeando su vida, se iba. Se habían puesto a llorar desconsolados.

—Quédate aquí —le dije.

—Bueno.

Se quitó la blusa y se puso el kimono. Terminamos la botella de vino, jugamos una partida de damas y colgué a los pies de la cama el cuadro con la flor rosada que es de su propiedad. Lo fui reemplazando por otros a medida que avanzaba la noche, guitarras rotas, botellas, las gafas y el periódico de siempre, una manzana, unos guantes, envolviéndonos en la pobreza descartable de su verdad: así, fragmentada, reordenada en la obra de Larco, tiene más fuerza que la realidad cotidiana que la nutre. Y muchísima más que mi NATURALEZA MUERTA CON CACHIMBA. La verdad es que mi apreciación de ese cuadro ha llegado a enfriarse. Como sabemos qué detalle lo estropea —el mensaje de Larco a nosotros, que nada tiene que ver con la pintura misma—, hemos decidido que la Hildita irá a la capital a comprar colores y a su regreso nos ocuparemos en restituir las chimeneas en el lugar que ahora ocupan los príncipes de pacotilla que ya nos dijeron todo lo que nos tenían que decir.

Mientras escribo estas líneas alzo la vista y veo a la Hildita de espalda, su nuca frágil, sus orejas traslúcidas, el kimono deslizándose de su hombro izquierdo, tan lindo como el de la Baronesa Elsa, mientras su mano ociosa juega con un pétalo caído sobre el hule: en momentos así, el torrente de nuestra sangre circula con la fuerza que nos da saber que no somos más que parte de la visión de un artista verdaderamente singular.

Septiembre-Diciembre, 1988

Librodot